

II CERTAMEN

Microrrelatos feministas

de la Universidad de La Rioja

IRATXE SUBERVIOLA
NOELIA BARBED
(Editoras)



Iratxe Suberviola Ovejas
y Noelia Barbed Castrejón
Editoras

II Certamen
Microrrelatos feministas
de la Universidad de La Rioja

UNIVERSIDAD DE LA RIOJA
2023



© Las autoras y los autores, 2023

© Universidad de La Rioja, 2023

ISBN 978-84-09-53585-9 (rústica)

ISBN 978-84-09-53586-6 (pdf)

Depósito legal: LR 945-2023

Diseño de cubierta: Servicio de Relaciones Institucionales y Comunicación
de la Universidad de La Rioja

Imprime: Gráficas Pevisa

Impreso en España – Printed in Spain

Prólogo

Este libro, que recoge las narraciones presentadas al II Certamen de Microrrelatos Feministas de la Universidad de La Rioja, es una necesidad.

El negacionismo de la desigualdad y la violencia que aún hoy, en pleno siglo XXI, rodean a la condición de mujer en España se está extendiendo. Dos días antes de que las editoras del volumen me invitasen a escribir este prólogo, un buen amigo verbalizaba, mientras nos tomábamos un café, un pensamiento cada vez más generalizado: “No te digo que en otros países la mujer no esté oprimida, pero en España no es así. Aquí tenéis libertad y derechos garantizados”. Llevado a extremos, efectivamente, aquí no existen leyes que legitimen nuestra lapidación, ni que nos prohíban acceder a la educación, por ejemplo, como ocurre en otros lugares del mundo. Pero eso no significa que nuestro entorno esté totalmente libre de opresión, desigualdad y violencia. Algunos de estos aspectos se pueden cuantificar en cifras exactas extraídas de gélidas estadísticas. La violencia es la más nítida: 1212 mujeres asesinadas desde 2003, 28 en los primeros seis meses de este año (Fuente: Delegación del Gobierno). La desigualdad también emerge en las estadísticas de numerosos organismos. Las cifras descendentes de la presencia de mujeres en los distintos niveles del ámbito universitario no dejan lugar a dudas: somos el 56% del estudiantado que comienza una carrera universitaria, el 43.6% del personal docente y solo el 25% de quienes llegan a la gobernanza (23 rectoras de un total de 91). Pero ¿y la opresión? ¿cómo podemos cuantificarla en sus diversas formas: invisibilización, cosificación, acoso psicológico...? Las estadísticas enmudecen ante un concepto tan complejo, tan abstracto, tan multiforme... y sin embargo, como nos demuestra nuestra propia experiencia diaria, tan real.

La obra que tienes entre tus manos, editada por Iratxe Suberviola y Noelia Barbed, contribuye a rellenar ese hueco y a completar la radiografía de la vida de las mujeres en nuestro tiempo. De ahí su

necesidad y su pertinencia. Lo hace mediante el lenguaje y la narrativa, dos instrumentos fundamentales de la conceptualización humana. Los casi 400 microrrelatos de diversas nacionalidades toman tres palabras (mujer, igualdad y cuerpo) para dar forma y luz a lo que no trasciende en las estadísticas, toda esa corriente subterránea de sentimientos, sensaciones, pensamientos, deseos, miedos, esperanzas, debilidades y fortalezas que habitan en las mujeres del siglo XXI y en la imagen que de ellas tiene la sociedad.

Los tres relatos ganadores conforman una narrativa en tres actos que resume bien la dicotomía en que nos encontramos, el abismo entre nuestros deseos y nuestra realidad. El primer relato nos habla del silenciamiento y la invisibilización secular que conocemos bien y contra los que la autora sitúa a un niño valiente cuya ingenuidad nos entenece. El segundo invierte los roles habituales para motivar una reflexión sobre la igualdad, aunque no sea la que deseáramos. El tercero cierra el círculo con la muerte de una mujer, de una madre que abandona el mundo intentando evitar el sufrimiento de su hija, representando a cada una de esas 1212 mujeres reales asesinadas a manos de sus parejas.

Estos tres hermosos relatos dan paso a un coro de voces diversas, internacionales, que ofrecen una imagen plural, caleidoscópica y nítida de las mujeres, tanto interior (sus sentimientos, su psique) como exterior (su lugar en la sociedad) en toda su diversidad actual.

En estas páginas se pueden encontrar microrrelatos inteligentes, incisivos, tiernos, emotivos, estimulantes y reveladores sobre la violencia física y la desigualdad que aún sufrimos. Pero me gustaría dirigir la atención hacia dos de las palabras clave propuestas como tema del concurso: mujer y cuerpo.

La conocida cita de Friedrich Waismann, “lenguaje es el cuchillo con el que cortamos los hechos”, nos revela la capacidad de la palabra para imponer interpretaciones diversas de una misma realidad. Estos dos términos, mujer y cuerpo, son un buen ejemplo de ello.

El primero, “mujer”, nos alerta ya, al observar sus acepciones en el diccionario y compararlas las de “hombre”, sobre algunos sesgos en su conceptualización. “Mujer”, igual que “hombre”, son palabras polisémicas. La primera acepción de “mujer” (1. Persona del sexo femenino) y la cuarta (4. Esposa o pareja femenina habitual, con relación al otro miembro de la pareja) tienen su correlato en la entrada del diccionario para “hombre” en sus acepciones 2 y 5 (2. Persona del sexo masculino; 5. Marido o pareja masculina habitual, con relación al otro miembro de la pareja). La RAE ha querido así evitar asimetrías, pero el uso cotidiano le contradice. La expresión “mi mujer” (como sinónimo de “esposa” o “pareja”) es frecuente en nuestras conversaciones habituales (4905 entradas en el Corpus del Español Actual-CORPES XXI). “Mi hombre”, sin embargo, no ha logrado equipararse en el uso cotidiano a ese significado de pareja (250 entradas en CORPES XXI), siendo más frecuente la expresión “mi marido” (4918 entradas). Las “mujeres” pueden ser posesiones, los “hombres” no. Muchos de los microrrelatos de este volumen denuncian esta representación de las mujeres como seres débiles y como meras posesiones, luchando contra esas imágenes con la fuerza de las palabras y proponiendo narrativas alternativas.

La palabra “cuerpo” también ocupa un lugar central en este volumen. La socióloga María Ángeles Durán usa a menudo una metáfora muy clarificadora de la situación profesional de las mujeres. Habla del tiempo “expropiado” para explicar como la cultura de los cuidados, que tradicional y culturalmente recae sobre nosotras, nos expropia un tiempo esencial para poder avanzar en nuestras carreras. Esta metáfora se puede extender también a la representación del cuerpo femenino. Sorprende y a la vez reconforta, porque saca a luz lo que se intuye pero raramente se nombra, que muchos de los relatos hablan precisamente de la “expropiación” del cuerpo femenino, que pierde su privacidad y se convierte en un objeto público. Los microrrelatos nos muestran un cuerpo-objeto que se presenta a veces como incompleto o imperfecto, cuando no cumple con los cánones de belleza establecidos; sexualizado, pudiéndose observar, ocultar, poseer, comprar y violentar a voluntad, sin pedir permiso; que no existe hasta que llega la primera menstruación (“Ya eres mujer”); que se considera estropeado (enfermo) cuando pierde su

capacidad reproductiva (“La han vaciado”, “Ha entrado en la edad crítica”-menopausia); que deja de pertenecernos para convertirse en ocasiones en una incubadora de seres humanos; que se cosifica hasta el punto de quedar reducido a ser el objetivo comercial de una industria que nos dicta desde la niñez a la senectud cómo debemos ser y lo que debemos parecer, ocultando nuestros verdaderos cuerpos bajo capas de maquillaje, tintes y dietas adelgazantes. En definitiva, un cuerpo expropiado.

Este libro revela estos aspectos incómodos de la realidad, poniendo el foco sobre todo lo que todavía queda por conseguir, pero constituye también un grito colectivo de esperanza, unánime y polifónico al mismo tiempo, escrito por mujeres y hombres que comparten un mismo compromiso por lograrlo.

Lorena Pérez Hernández

Aclaraciones de las editoras

En primer lugar, las editoras quieren mostrar su agradecimiento a todas las personas participantes que han enviado sus escritos al II Certamen de Microrrelatos Feministas. Han sido más de 400 los relatos recibidos desde 20 países diferentes, colaborando, de ese modo, en la internacionalización de nuestra Universidad de La Rioja, por lo que un GRACIAS de corazón a los y las autoras.

Por otro lado, aprovechamos estas líneas para aclarar que, aunque la gran mayoría de los escritos han sido publicados en este libro, hemos considerado conveniente la eliminación de alguno de ellos por no cumplir las normas del certamen, superando el número de palabras (150) o no incorporando alguna de las palabras requeridas (mujer, igualdad y cuerpo). Además de ello, el jurado también ha propuesto la eliminación de aquellos relatos con errores ortográficos o que no tenían una temática feminista. Clarificar que, la decisión de no publicación de dichos relatos no tiene por qué estar relacionada con una baja calidad, por lo que esperamos que los autores y autoras sean comprensibles con la deliberación del jurado, ya que prescindir de alguno de ellos no ha sido fácil.

En este número, teniendo en cuenta la cada vez más creciente incorporación de la inteligencia artificial en las artes y las ciencias, nos apetecía incorporar a modo de juego, un relato realizado por el chat GPT, introduciendo las normas del certamen.

No podemos terminar sin mostrar nuestra gratitud a los miembros del jurado: Maribel Martínez López, Olaya Fernández Guerrero y Remedios Álvarez Terán, por su profesionalidad e implicación en la difícil tarea de seleccionar los escritos ganadores entre un importante número de relatos de gran calidad.

II Certamen de Microrrelatos feministas de la Universidad de La Rioja

Prólogo	5
Aclaraciones de las editoras.....	9
Microrrelato realizado por la Inteligencia Artificial	25
1 ^{er} Premio del jurado.....	27
Inocencia	27
2 ^{do} Premio del jurado	28
Como un fantasma	28
3 ^{er} Premio local del jurado	29
Escondite.....	29
Microrrelatos.....	30
La lucha de Ana	30
Del dicho al hecho	31
Los cuerpos, el cuerpo	32
Ser	33
Sueño.....	34
Una entrega sin precedentes	35
El amanecer.....	36
Con qué poco se es mala madre y con qué poco se es buen padre	37
Sofía.....	38
Yo, ya había dejado de existir	39
El portazo	40

Viaje en el tiempo: de la Ilustración a la actualidad.....	41
¡Mujer tenía que ser!	42
Pura igualdad.....	43
Caricias	44
Ana y Enrique	45
Un cáncer a prueba	46
Cuerpos	47
Un viaje en metro.....	48
Pensamientos	49
Tarde con la abuela	50
Poderosa Hécate	51
Mi mecánica preferida	52
Manuela o la concordia	53
La lucha.....	54
Silencio	55
Su propio cuerpo	56
Mujer en llamas.....	57
Controladas e infelices	58
Elección perfecta.....	59
Reconexión. Sanando lo invisible para transformar lo visible .	60
Corporalidad en llamas.....	61
Yo, mujer	62
Hija de inmigrantes	63
Perder es ganar	64
En un desierto lejano.....	65
Las locas.....	66
La criolla.....	67
El último golpe.....	68

Igualdad de género	69
Misantropía	70
Y todo a media luz.....	71
Una silueta de delirio	72
El flujo del vivir	73
Tránsito	74
La fábrica.....	75
El espejo fatuo.....	76
Algo debe cambiar	77
Me lo merezco.....	78
Obediencia	79
Deuda saldada.....	80
Los cuentos envejecen	81
Reconocer al enemigo.....	82
La magia de un pincel.....	83
Querida Ana	84
Cuerpo de mujer	85
Conocimientos adquiridos	86
Ojalá algún día no sorprendiera el final	87
Cada lucha cuenta hasta el final.....	88
La Visita	89
Una niña como yo	90
Metamorfosis.....	91
Mujer déjame que te cuente	92
Una de tantas	93
El marciano.....	94
La felicidad de compartir.....	95
“ná de ná”	96

For Sale	97
Cena caliente	98
Baby Shower.....	99
Apariencias	100
El padrastro	101
Transorinar	102
Aspiración	103
Ejercitando cuerpo, mente y derechos	104
Progreso	105
La Ecuación	106
Los otros cuerpos	107
Alas	108
Oferta de empleo	109
Aequalitas.....	110
Con H de mujer.....	111
Quitapesares	112
Nora	113
Mujer.....	114
Sociedad estereotipada.....	115
Una ley más justa	116
Hoy el sol brilla más.....	117
Ilusiones.....	118
Presentación a la Junta General de Accionistas.....	119
La marcha de Ariadna.....	120
Mujeres	121
Alas de Empoderamiento	122
Fui valiente: volví a casa sola	123
Una epopeya	124

Cándida.....	125
¿Quién dijo besos?	126
A tiempo.....	127
Gracias a Marina	128
Impasible	129
Mirada de mujer.....	130
Amar(se) Mujer, igualdad	131
Una mujer a las puertas	132
Bajar la mirada	133
La voz de las letras	134
Homenaje	135
Luces y sombras	136
Avanzando hacia la igualdad	137
NN y el rescatista.....	138
Cada Mujer.....	139
Sustantivo propio.....	140
La fuerza femenina.....	141
La luna llena	142
Introducción al derecho, perdón, al revés	143
Galimatías.....	144
Sólo para el sexo	145
La horma de su zapato	146
Esa madre.....	147
La mar de feliz	148
El juego termina cuando aparecen todas	149
La flor y la bruja.....	150
Palabras.....	151
Un harén muy particular	152

Dos en uno.....	153
Mi cuerpo roto	154
Semen.....	155
Carta anónima encontrada en un puente	156
Siempre Emmeline	157
Inequidades	158
La nota.....	159
Primer y último día	160
Realidades	161
Salida de emergencia	162
CRISPR-IZA	163
Caricias al alma	164
La Igualdad	165
La buena nueva	166
“Por mí primera... y por todas mis compañeras”	167
Deseo.....	168
Excavadora	169
Juzgados de familia.....	170
La fe de la sargento Ibáñez.....	171
Valientes pioneras.....	172
Sin ataduras.....	173
Igualdad.....	174
Despertador.....	175
El consomé del tirano.....	176
El ascenso	177
Una invención prodigiosa.....	178
Camarada Pegasina	179
La Mujer de ayer, de hoy y de siempre	180

Intimidad	181
Orgullo de mujer	182
Cuando todos duermen	183
“Muñequita”	184
Naima	185
La caza	186
De mujeres con hombres	187
Ella soñaba con ir	188
Dilema vital.....	189
El desierto.....	190
Shopping.....	191
Soy.....	192
Mi colmena.....	193
Igualdad ente igualdades	194
Vida en la vid	195
Menú a la carta	196
Sobrante	197
Una mujer de doscientos metros.....	198
Nuria.....	199
Cambalache.....	200
Érase una vez.....	201
El problema	202
De cero	203
Mi hermano mayor	204
Matanza.....	205
El cuarto regalo	206
Es que se le murió Chuchito	207
Sobremesa con intelectuales jugando adivinanzas.....	208

Hola	210
Dora Pain	211
Nuestro bloqueo.....	212
“El cuerpo social”	213
Pepito grillo	214
Nuestro puente	215
Fusión	216
El reflejo en el espejo	217
Condena	218
La llamada que no pude hacer	219
Tortuga de Venus	220
Esperando mis alas.....	221
El lobo feroz.....	222
A través de un cuento de verano	223
Hacia siglos	224
Mentoría.....	225
Amor a primera... ..	226
Brillará	227
Conversaciones con mi abuela.....	228
Ilimitado	229
Redención.....	230
Viva sin vivir.....	231
Estrella.....	232
“Prisionera”	233
Ataduras	234
A contracorriente	235
“Bella” La Pastora	236
Me contaron un cuento.....	237

Secretos que nunca debieron estar ocultos.....	238
Abrillantada	239
Infidelidad	240
Casa de muñecas.....	241
Un jersey a rayas	242
Desaprender	243
Renacer	244
Un deseo	245
Emneogenesis	246
Donde deje mi nombre	247
Dicotomía	248
La simplicidad de la belleza	249
Los titiriteros	250
Vértigo.....	251
Sabiduría que llega rozando los cincuenta.....	252
La aventura de amar tu cuerpo.....	253
Yo decido.....	254
Alas mojadas	255
Una mujer extraña	256
Para qué todavía	257
Anhelos.....	258
Una pregunta normal.....	259
Radiografías.....	260
Asiento	261
Pedazos	262
Igualdad natural	263
Dulcinea.....	264
Galopando.....	265

Colina que ya no es montaña	266
La casa del árbol	267
El susurro del río.....	268
Hendí el espejo.....	269
El cambio llegará	270
Tú puedes parar esto.....	271
Tras Julia	272
Sin miedo a nada	273
El poderío	274
La aportación de Carmen	275
No soy como las otras chicas.....	276
Madre e hija	277
Meandro.....	278
Huellas.....	279
El recuerdo	280
La Cena De Mamá.....	281
Libres	282
Equilibrando diferencias.....	283
Herencia	284
Compartimos tus metas	285
Metamorfosis	286
Sin palabras	287
Grito.....	288
Grabado a fuego.....	289
Violeta	290
Margarita Morada	291
La abuela	292
1932.....	293

La blanca paloma.....	294
Un paso detrás de otro	295
Toma de conciencia.....	296
Legado	297
Nueva Ariadna	298
Adiós a aquella vida.....	299
Debo de estar soñando	300
Promesas de ocho de marzo	301
Infierno patriarcal.....	302
El sacrificio de Isaac.....	303
¡Auxilio!	304
La había(n) conseguido	305
Hermanas	306
Ella sigue ahí.....	307
Palabras.....	308
Soy tan feminista.....	309
“Oye, mujer”	310
La huida	311
Historia de marineras.....	312
Esas mujeres.....	313
Escenas de despacho.....	314
La decisión de Miranda	315
Lo que pensé	316
Yo confieso	317
La lucha que no debemos perder.....	318
Lo que el mundo espera de mí.....	319
Volando por la igualdad	320
Feminismo en llamas.....	321

Inmaculada Concepción	322
El amor es igual	323
Reflejo.....	324
Mensaje	325
Palabras que matan.....	326
Reflejo.....	327
Sobre el suelo helado	328
Empoderando a Miss Daisy	329
Y después, hacia dónde	330
Épica	331
Trascendencia.....	332
La primera	333
Teoría vs realidad	334
Ocupar espacio	335
Quimera.....	336
Vivir un sueño.....	337
De la tierra al cielo.....	338
Entiendo	339
Preparada	340
Comida familiar	341
Una decisión, un cambio	342
“Ser o no ser... empresaria”	343
Erupción.....	344
Futuro visible	345
Melancólicos anónimos.....	346
El legado	347
Me llevó tiempo comprenderla.....	348
Sequía	349

El presente y el futuro	350
María	351
La activista	352
1791	353
Yo la conocí	354
Límite de roles	356
Anarquía interseccional	357
Personas que dijeron amarlas.....	358
La Décima Musa	359
Ella	360
La mayor igualdad debe ser intelectual... ..	361
Luchando por vivir.....	362
El día a día	363
Ojalá	364
Mi extraño y pequeño mundo	365
El tango del encuentro	366

Microrrelato realizado por la Inteligencia Artificial

Había una vez una mujer valiente que luchaba por la igualdad de género. Su nombre era Ana y su voz resonaba en cada rincón del mundo. Ana comprendía que el cuerpo de una mujer no debía ser objeto de control ni opresión.

Con pasión y determinación, Ana desafió los estereotipos establecidos. Elevó su voz en favor de la libertad de elección, de una sociedad que abrazara la diversidad y celebrara el cuerpo en todas sus formas. Se rebeló contra aquellos que intentaban definirla por su apariencia física y se negó a permitir que el patriarcado la silenciara.

Con cada paso que dio, Ana allanó el camino para que otras mujeres también alzaran su voz. Ella demostró que la igualdad no solo reside en las leyes, sino en la mente y el corazón de cada individuo.

1^{er} Premio del jurado

Inocencia

Aletheia (Madrid)

Educación infantil, cinco años. Hace casi cuarenta. Siguiendo una programación que hoy no aceptaríamos, hablábamos de diferencias externas entre el hombre y la mujer. Ellos enseguida lo llevaron al terreno de los padres por ser su fuente más próxima y conocida:

- Los papás tienen bigote y barba.
- Las mamás se pintan.
- Los papás se afeitan.
- Las mamás se ponen medias y tacones...

El más adelantado de la clase fue un paso más allá, reflexionando sobre la fisiología del cuerpo de ambos:

- Los papás tienen pene y las mamás no.

Recibió la contestación inmediata, casi furibunda de otro:

- Pues mi mamá no tiene pene, pero tiene cepillo.

Y en aquella bendita confusión, en aquella defensa espontánea e inocente del cepillo materno, con la que el niño quiso poner a su madre al mismo nivel que el de cualquier padre, me pareció ver una maravillosa reivindicación de la igualdad.

2^{do} Premio del jurado

Como un fantasma

María Astilleros Tena (Pamplona)

Se despierta dolorido, las piedras del sendero clavándose en su espalda. Al levantarse, ve que la calle está extrañamente oscura y empieza a caminar, tragando el aire abrasador a bocanadas. Quiere quitarse la chaqueta, pero algo le cubre hasta los pies. Nervioso, tira con fuerza, pero la tela parece adherida a su cuerpo y se le enrolla en las piernas. A su alrededor, nadie parece verle. La vida abarrota la calle mientras él no sabe si podrá dar el siguiente paso. De repente, algo le paraliza. Tiene que moverse para asegurarse de que aquel es su reflejo, observándole como un fantasma de sábana negra. Quiere gritar, pero apenas sale un gemido, su voz ha desaparecido como su piel, sólo es un bulto entre una multitud cuya indiferencia ha sido tantas veces la suya. Una mujer le observa a través del enrejado, ambas miradas en igualdad de condiciones.

3^{er} Premio local del jurado

Escondite

Lucía Ramada Oliveira (La Rioja)

Mamá era la mujer más fuerte del mundo, y siempre llevaba en la muñeca la pulsera que le hizo Pamela en clase, cuyas cuentas deletreaban la palabra IGUALDAD: no se la quitaba por nada del mundo. Era su joya favorita, totalmente personalizada y hecha con mucho amor y cariño.

Ese día mamá y Pamela jugaban al escondite: “Papá hoy es el monstruo. Escóndete en el armario para que no te encuentre y te daré muchas chuches de premio si ganamos”, le dijo. Pamela corrió con entusiasmo hacia dentro, mezclándose con los preciosos vestidos y los zapatos de mamá.

Papá entró corriendo a la habitación. Hoy, como muchos días, era el malo. Mamá suplicaba, tal vez para distraerle. No sirvió, ya que de un bofetón el cuerpo de mamá cayó al suelo. Y Pamela fue encontrada. El monstruo había ganado el juego. No habría chuches esta vez.

Microrrelatos

La lucha de Ana

Martínez (La Rioja)

Había una vez una joven llamada Ana, que se cansó de vivir en un mundo donde su cuerpo era juzgado y criticado constantemente. Decidió unirse a un grupo de mujeres que luchaban por la igualdad y la aceptación del cuerpo femenino tal y como es.

Juntas organizaron eventos y manifestaciones para concienciar a la sociedad sobre la importancia de valorar a las mujeres más allá de su aspecto físico.

Mediante su activismo feminista, Ana aprendió a aceptar y amar su cuerpo, y a defender el derecho de todas las mujeres a hacer lo mismo. Aprendió que la verdadera igualdad solo se lograría cuando se dejara de objetivar y sexualizar el cuerpo de la mujer.

La lucha continúa, pero Ana y sus compañeras están decididas a seguir adelante hasta lograr un mundo donde el cuerpo de la mujer sea valorado por su fuerza, su resiliencia y su belleza única.

Del dicho al hecho

Esteban Torres Sagra (Jaén)

Empecé deshaciéndole la cama una noche y he terminado haciéndosela todas las mañanas. Me engatusó con sus ideas sobre igualdad. Según decía: “ambos géneros solo nos diferenciamos en el cuerpo”.

Predicaba poliamor, solidaridad y reparto de tareas y rompió, a pedradas, varios techos de cristal -y algunos escaparates-. Nos apuntaba a todas las manifestaciones a favor de la mujer y de otras mil cosas. Pero luego, mientras escribía las pancartas, yo debía preparar la comida, lavar y tender la ropa; poner, quitar la mesa y fregar los platos.

Descubrí que estaba a favor de todos los animales, excepto de los que daban solomillos y chuletones.

Aquella falacia explotó el día que comprendí que cualquier teórica es pura demagogia si la práctica no la acompaña.

Y la gota que colmó el vaso fue comprobar que, en nuestra pareja, tan abierta como él preconizaba, solo abría la puerta de su lado.

Los cuerpos, el cuerpo

Gloria Fernández Sánchez (Madrid)

La propiedad privada, la igualdad, no existen en el cuerpo de las mujeres. He de adelgazar para ser aceptada, de maquillarme para ser admitida.

Mi soma está hipotecado por los hijos, quienes se asientan en mi matriz e hincan en el pecho. Es durante el parto cuando soy y no soy yo. Después debo perder peso ágilmente, pues nada me exime de intentar ser agradable a la vista ajena.

La anticoncepción me absorbe. El organismo, que habría de ser filtro de placeres y sede de pensamientos, crepita tan pesaroso, tan gran obstáculo, que ansío la vejez.

Aunque toda mi vida ha constituido una lucha contra la senectud. Los varones que pueden escapan con jovencitas, pues la mujer mayor es juzgada sólo bruja y fastidio. A pesar de haber sido la enfermera de todos, nodriza y esclava de los demás cuerpos. De todos los cuerpos.

Ser

María Celeste Viollaz (Argentina)

Ser Mujer fue doloroso para mí.

Muchas veces me juré que en mi próxima vida sería hombre. ¡Si! ¡Nunca más Mujer! Ser Mujer duele. Duele el corazón cuando las diferencias con los hombres nos mezquina derechos. Duele lágrimas que caen sin fuerzas, pero con indignación. Duele la espalda de sentir el peso absoluto del hogar. Duele la mirada de tantos sueños resignados por los demás. Duele en los músculos y tendones la rabia contenida de pequeñas y reiteradas acciones naturalizadas, que se excusan con: “si vos sos la mujer”.

Las acciones cotidianas sentidas como atropello a mi Ser Mujer me producían sublevación y un dolor casi irracional que hervía mi sangre y resquebrajaba mi corazón.

Ser Mujer dolía en el cuerpo.

Hasta que comencé a reconciliarme conmigo, a amarme, a sentirme merecedora de derechos, a conquistar la igualdad. Entonces ese dolor de Ser se fue transformando en la Celebración de Ser.

Sueño

José Luis Dandrade Suero (República Dominicana)

Soñé mirar un acantilado. La inmensidad llenaba mi espíritu. Escuché una voz. Volteé para mirar. Se manifestaba opacidad, la luz sobre un vestido, la brisa hacía mover. Sin piernas ni rostro se movía como bandera.

La mujer se paró frente al acantilado llenando su espíritu de paz. Preguntaba sobre volar. Salió de su ensimismamiento.

“¡Hola, amiga!”, escuchó. “Soy la esencia, la igualdad y la libertad “.

Vio que en lugar de piernas había alas brillantes que se extendían hacia el cielo.

“¿Cómo...?”, pensó sorprendida.

“No las necesitas para volar”, dijo con sonrisa amistosa. “Cree en ti y verás tus alas crecer”.

Así entendió que la libertad y la igualdad no dependían de su cuerpo, sino de su mente y espíritu. Con sonrisa decidida, se lanzó al vacío. Sintió la brisa y el sol acariciar su rostro. Se sintió libre y empoderada, como mujer capaz de conquistar el cielo.

Una entrega sin precedentes

RC (La Rioja)

Mujer, lo has dado todo, aún sin recibir nada a cambio. Entregaste lo que había a tu alcance, incluso aquello que se escapaba de tus manos, para cubrir todas sus necesidades. Buscando la igualdad, te convertiste en la víctima. Pensabas que esto cambiaría, pero no fue así. Aunque tuvo un final lastimoso, nunca dejaste de amarlo. “Todo irá bien”, te repetías una y otra vez, al ver tu cuerpo reflejado en el espejo, con la esperanza de que el ciclo nunca más se repitiera. Así fue como una historia acabó, y dio paso a un nuevo capítulo, donde la igualdad y el amor primaban sobre el dominio y la opresión.

El amanecer

Susana Domínguez Imaz (La Rioja)

Empezaba a entrar la luz por las rendijas. En esta parte del país amanecía más tarde que en las provincias del este.

En el inquietante y desconocido silencio del amanecer, se sorprendía de su osadía por haber denunciado al hombre al que había amado tanto, al que había seguido hasta este país remoto, donde decían que existía la igualdad, y al que todavía sentía pertenecer de algún modo, a pesar de haberla encerrado y hecho trabajar más de dos años en el burdel.

Se preguntaba si era ahora una mujer libre, si podía sentirse a salvo aquí, tal como le aseguraba la policía. Percibiendo su cuerpo tibio, solo suyo, permaneció inmóvil un rato más entre las sábanas, observando la piel de sus manos, que parecía aún más negra al lado del blanco algodón.

Con qué poco se es mala madre y con qué poco se es buen padre

Oihane Fernández Roseras (Gipuzkoa)

El día en el que Adela tuvo su primer hijo fue el momento en el que descubrió que ser padre es el camino más fácil que tiene un hombre para alimentar su autoestima. Al parir ya sintió la obligación de dejar de ser mujer para convertirse en madre. No bastaba con haberse destrozado el cuerpo en el parto, dar el pecho o bajar desde el cuarto piso de un edificio sin ascensor con el bebé en un brazo y el carrito en el otro. Sin embargo, le resultaba curioso como el padre con tal de hacer el mínimo esfuerzo ya era elogiado por la sociedad. Resulta digno de admiración que un hombre cambie los pañales o que publique una foto dando el biberón. Buscamos igualdad, pero es que han sido tantos los que no han realizado lo que les correspondía que ahora cuando alguno lo cumple es vitoreado por todos.

Sofía

María Cristina Escribano Gámir (Madrid)

Sofía anciana, madura, joven, niña; mujeres todas unidas en el tiempo, en un solo ser, estaban sentadas en el balcón de su casa con cientos de fotografías en el regazo.

Recordaba: inteligente, pero sin beca. <Mamá falleció y había que cuidar a padre y a los hermanos que debían estudiar para ser hombres de posibles>. No hubo más estudios ni universidad: se le echó el tiempo de casarse. Sofía madre, parió una hija y un hijo. En su cuna puso un cartelito: igualdad. <Estúpida>, rezongó su marido.

Hoy, 8 de marzo, Sofía sonreía; vestidito morado, zapatitos y un lacito del mismo color. ¡Ochenta años! Nada, un suspiro. Sofia, en el balcón, estaba feliz: muchas mujeres, “igualdad, libertad, ni una menos”. Con ellas se sentía al fin libre. Libre por primera vez. Ella misma en su cuerpo, en su espíritu y así moriría: con la mano en su corazón morado.

Yo, ya había dejado de existir

Txekun (Navarra)

Tumbada, en la cama del hospital, con mi cuerpo abierto en canal, postrada por el agotamiento y el dolor que producen treinta de parto, solo alcanzaba a ver las espaldas de mis familiares rodeando la cuna del recién nacido. Yo, HABÍA DEJADO DE EXISTIR, había relegado mi condición de mujer, de la que tan orgullosa estaba, para convertirme en madre.

- ¡Llora porque tiene hambre, dale pecho!

- ¡Es hora de bañarle!

- ¡Tápale, que tiene frío!, ¡Tanto no mujer, que se va a asfixiar!

¿Dónde estaba yo? No me encontraba. Había quedado reducida al sustento alimenticio de un bebé. ¿Mi trabajo?, ¿Mis conversaciones sobre política y actualidad social? ¿Por qué nadie hablaba de ello? ¿Dónde estaba mi vida?

Entre tanto, decenas de fotografías de hombres con bebés, inundaban los pasillos de maternidad del hospital, en una campaña sobre igualdad en la crianza. ¡Tarde!, yo ya había dejado de existir.

El portazo

Esther Bengoechea Gutiérrez (Palencia)

Se fue desprendiendo del inmenso peso que su cuerpo soportaba al llevar los Michael Kors, los Swarovsky o los Liu Jo, según iba recorriendo el pasillo con lentitud, pero con determinación. Tiró del pasador del pelo y sacudió la cabeza, con ansias de despeinarse y de sentirse una mujer libre. Con el dorso de la mano, limpió sus labios de rojo Chanel y sonrió con esperanza. Tras un suspiro, abrió la puerta y respiró libertad e igualdad. Sin volver a mirar atrás, dejó las llaves dentro y cerró de un portazo.

Viaje en el tiempo: de la Ilustración a la actualidad

Beatriz García Corredera (Valladolid)

Wollstonecraft abrió los ojos. Estaba amodorrada. ¿Cuánto tiempo llevaba dormida? Miró a su alrededor. No sabía dónde estaba. Su último recuerdo era el de su recién nacida hija. ¿Dónde estaba su niña?

Se levantó y salió a la calle. Dio un paseo. Parecía estar viviendo un sueño. Vio un grupo de mujeres. Se acercó. Conversaban. Las mujeres conversaban del trabajo. ¿Trabajo? ¿De qué trabajo hablaban? ¿Serían prostitutas? Se fijó en una de ellas: su cuerpo no parecía a la venta. ¿Quizás eran institutrices? Wollstonecraft estaba confusa. De algo estaba segura: si trabajaban era porque estaban solteras.

Ojalá alguien le hubiese dicho a la filósofa que aquello no era un sueño. Ojalá alguien le hubiese dicho a la filósofa que aquellas mujeres trabajaban porque eran libres. Ojalá alguien le hubiese dicho a la filósofa que había despertado en una sociedad donde la igualdad de la mujer es cada vez más real.

¡Mujer tenía que ser!

Nikita (Cáceres)

—¡Vaya hombre!, ¡mujer tenía que ser! Mujer y en España en 1950. ¿Pero tú sabes cómo está allí la cosa?

—Me parece a mí que sabes tú más de la cuenta. ¡Cada vez venís peor reciclados!

—¡Hombre Paco! Que acabo de llegar y vengo de ser hombre, blanco y de derechas, y sé muy bien lo que hay. ¿De verdad? ¿Mujer?

—Vamos a ver, de aquí a que crezcas ya habrá más igualdad, digo yo... Entonces, ¿aceptas este cuerpo o te reencarnas...? Mira, según los registros hay lista de espera para ser hombre de al menos treinta y cinco años, tú verás.

—Venga, aceptaré ser mujer. A ver si cuando cumpla los dieciocho la cosa ha cambiado. Oye, ¡pero heterosexual eh!, ¡a ver si me la vas a liar!

—Que sí hombre, que sí.

—¡Vamos allá! ¡Que sea lo que Dios quiera!

Pura igualdad

Lian Rova (Badajoz)

Ahora está de moda reclamar la igualdad en los derechos de la mujer. Derechos que se han convertido en campañas políticas, reduciéndose a palabras mudas que resuenan en el propio cuerpo de cada mujer, acalladas por el dolor de cada una... Cansadas de ver, porque no tenían derecho a sentir, llegaron a la conclusión de que seguir calladas no era la mejor solución y que tenían que luchar por aquello que no tuvieron sin saber por qué, esa deseada igualdad. Y ahora que pueden ser mujeres libres, cada una debe luchar desde su propia realidad, no podéis dejar que palabras invisibles se conviertan en la lucha de otros, gracias a vuestro llanto, porque vida sólo hay una y es vuestra, y de nadie más.

Caricias

Olatz Urretavizcaya (Gipuzkoa)

Vuelvo a sentir ese leve cosquilleo en el estómago cuando mis manos recorren entre caricia y caricia este bello cuerpo de mujer. Con ellas investigo, el pasado, presente y futuro del mismo. Las cicatrices y arrugas que son visibles y todas aquellas que el cuerpo no muestra, pero que están presentes, son parte del camino de las yemas de mis dedos. Hace mucho no reconocía mi cuerpo, lo criticaba, no lo quería. Pero no hay pasos hacia la igualdad que no comiencen en el interior de una misma. Desechando las ideas injustas sobre el cómo debe ser una y su cuerpo, y construyendo una relación sana de amor y respeto entre la mente y el cuerpo.

Ana y Enrique

Silvia Asensio García (Madrid)

Mi hermano gemelo y yo, siempre hemos sido muy diferentes, no solo por no ser del mismo sexo. Ya desde el momento del parto, en el útero, competíamos para ver quién nacía primero. Al final nuestra madre se ganó una cesárea.

Aunque, como mujer, conforme fui creciendo, tuve que demostrar continuamente mi valía, Enrique, no. Siempre luchando por la igualdad.

En ocasiones mi cuerpo fue objeto de deseo y me costó llegar a la meta deshaciéndome por el camino de algunos <<aduladores>>. A día de hoy, ambos somos médicos y nos queremos por igual. Hemos encontrado nuestro sitio y nuestros padres se sienten orgullosos de los dos.

Un cáncer a prueba

Natalia Díaz Santín (Madrid)

Aunque el cáncer le dejó un cuerpo lleno de cicatrices, decidió acudir a un casting que organizaba la Facultad de Bellas Artes. Veríamos sí así había igualdad real. Un cuerpo de mujer roto por las cirugías y sensible por la quimioterapia. Un cuerpo que no era perfecto, pero tenía valor.

Ella valía.

Sin pelo, con un turbante de colores colocado como pudo, se presentó.

Y de ahí empezaron a llamarla desde diferentes medios para entrevistarla. Eso sí, ninguna revista le dijo que formara parte de la portada. Demasiado real. El dolor vende, pero edulcorado. “Las cicatrices no gustan. Las cabezas femeninas sin pelo menos.”-le aseguraron.

Al mismo tiempo, algunas portadas de diferentes revistas de fin de semana mostraban a deportistas calvos.

Eso sí “vende”.

Cuerpos

Antigema (La Rioja)

El cuerpo como moneda de cambio, como escaparate, como discriminación.

El cuerpo como disculpa, como delito, como invitación.

El cuerpo como instrumento, como alegato, como la gran reivindicación.

Los cuerpos de las mujeres cansados, hastiados de años en los que han sido moldeados bajo unos estándares que constriñen, que adormecen. Sin preguntar, todo impuesto. Caminando bajo miradas haciendo equilibrios para agradar a ojos extraños, para ser vista sin serlo. Poniendo más que el cuerpo en cada interacción en cada momento, sintiendo que vales más que esas formas, esas texturas y esos movimientos. Anticipando el golpe y agradeciendo.

El cuerpo como comunidad, como vida, como conexión.

El cuerpo como disfrute, como soporte, como compresión.

En lucha por una igualdad sin patrones, sin comparaciones, sin opresión.

Un viaje en metro

Irene García (La Rioja)

Estaba sentada en el metro, volvía a casa después de un largo día de trabajo atendiendo a la gente a través del teléfono 016. En la siguiente parada, las puertas se abrieron y entre la multitud de gente me fijé en una mujer que entraba, que se agarró a la barra delante mío. Parecía que había estado llorando. Me fijé más en su cuerpo y pude notar que tenía algunos morados extendidos. Pensé que podría haber diferentes teorías, pero ninguna me convencía, excepto una, la que no quería que fuera real. En ese momento llegamos a mi parada, y un señor cerca de ella hizo un movimiento brusco y la chica se asustó. La peor teoría la acababa de confirmar. Disimuladamente le di el panfleto de mi trabajo, y me perdí entre la multitud bajándome en esa parada. Ojalá hubiera más igualdad y menos maltrato en el mundo, pensé.

Pensamientos

Teangui (La Rioja)

¡Qué tarde se me ha hecho! y encima empieza a llover.

Se ha alargado el café con Pili, aguantándole las quejas de su marido, mujer, que como decía mi madre, hay que ser más sufrida; en fin, más le valía cuidarse más; que menudo cuerpo se le ha quedado con los años.

Qué tarde voy y encima empapada y ahora a preparar la cena que nadie se habrá preocupado y luego hablan de la igualdad.

Qué lejos vivo y cualquiera se queja, que me empeñé yo en comprar el piso en esta zona, los mejores materiales y mucha seguridad.

Ya llego; al final de la calle estaré en casita.

¿Quién está en el portal a estas horas? Ah, Felipe el del cuarto; que tío más raro no me mira a la cara nunca en el ascensor.

- Hola Felipe, buenas noches...

- ¿Qué lleva en la mano? Mierda, un cuchillo...

Tarde con la abuela

Eduardo González Criado (La Rioja)

Les miró a los ojos y... lo dijo todo. La abuela no solía hablar demasiado.

Era una mujer reservada, ya desde pequeña. La vida le hizo así. Nadie se interesó demasiado por sus ideas o sus sentimientos y ella no quiso molestar buscando una mínima igualdad. Aprendió a transmitir sus inquietudes, sueños y preocupaciones a través de la mirada.

Abrió el álbum y un cierto brillo asomó en su mirada.

Fue pasando las páginas repletas de fotos ajadas por el devenir del tiempo. Muchas medio rotas, despegadas de aquellas hojas semitransparentes; algunas recortadas sepultando la historia de alguien que cayó en el olvido; las menos, mostrando un cuerpo oculto a la vida.

En la última, aparecían sus nietos. De nuevo volvieron a brillarle esos ojos grandes y vividos, que tanto contaron y tanto callaron.

La abuela no solía hablar demasiado. Les miró a los ojos y ... lo dijo todo.

Poderosa Hécate

More (Álava)

Se palpó los senos. Tenía miedo de la realidad que se erigía bajo sus palmas; se sentía vulnerable, vulnerable también en eso. Sus caderas, acariciadas por unas manos que lejos de buscarlas con entusiasmo, les recriminaban su propia existencia, eran grandes, prominentes, poderosas. Su vientre se volvía loco de excitación ante la presencia de sus dedos... pero ella seguía sintiendo dolor, angustia. Era una mujer poderosa e inmensa, inmensa e inmersa en un mundo de mujeres aparentemente perfectas, redondas y sin arrugas, tersas y sin pliegues, con el tamaño justo y necesario, nunca más, nunca menos. Se sentía sola, tenía la certeza de ser la única protagonista en el conocimiento de su cuerpo, la única en la búsqueda de su placer: Igualdad de condiciones para todas y para todos. El eslogan perfecto y la frase justa, pero la falacia, ahora sí, más grande, prominente y obscena.

Mi mecánica preferida

Lola Samarana (Badajoz)

Ayer por la tarde fui a un taller que me habían recomendado. Tenía que cambiar el aceite de la furgoneta. Eran las 5 de la tarde y olía a aceite quemado.

Un trabajador salió de debajo de un coche cubierto de grasa y me mandó al interior, donde una chica ataviada con un mono azul me atendió con una gran sonrisa.

Me alegré de ver una mujer trabajando en un taller de mecánica y que haya igualdad laboral también en este sector. Observé como hablaba con los clientes con mucha predisposición y aunque no entendía nada de lo que decía, quedé encantada. También me gusto su cuerpo. Lucía el mono con un cinturón elástico y llevaba los labios rojos.

Le dejé las llaves de mi furgoneta y mi teléfono apuntado en una servilleta con mi nombre. Me pareció una mujer espectacular. Estoy emocionada esperando su llamada para volver a verla.

Manuela o la concordia

Juan de Molina (Cádiz)

Me enteré que el Ayuntamiento patrocinaba un Taller de Poesía para Mujeres. Yo era un hombre, pero también era aprendiz de escritor. Así que el primer día del taller solicité a la profesora que me admitiera como alumno. Dijo que no. Manuela, una de las alumnas, dijo que, si no me admitían, ella se daba de baja. Las demás manifestaron que no tenían inconveniente, que podría, incluso, ser enriquecedor. Manuela añadió que, si pretendíamos la igualdad, ahí teníamos la oportunidad de dar ejemplo; que si había hombres que discriminaban a las mujeres, ¿qué mejor ocasión para demostrar que las mujeres no discriminaban a los hombres? La miré y no vi su hermoso cuerpo de mujer sino el espíritu conciliador de una persona segura de sí misma. La profesora terminó aceptándome. Ese día aprendí que había una nueva forma de entender el mundo. Desde entonces tengo doce amigas poetas.

La lucha

Sergio Nebrera Clemente (Jaén)

La mujer que se erigía ante la mirada del mundo era una fuerza indomable. Sabía que la igualdad era una lucha interminable, pero también entendía que era necesario defender su cuerpo como un templo sagrado. Su lucha era por la igualdad de derechos y oportunidades, por la protección de los derechos de las mujeres sobre sus cuerpos y su integridad física.

Ella sabía que el patriarcado era una presencia constante, una fuerza que manipulaba de silenciar su voz y negarle su lugar en el mundo. Pero se negó a ser víctima, a ser ignorada y maltratada. Con su voz clara y fuerte, inspiró a otras mujeres a unirse a ella en la lucha por la igualdad y la justicia.

Con su coraje y su dedicación, ella se convirtió en un faro de esperanza y luz en medio de la oscuridad.

Silencio

Rakel Ugarrita (La Rioja)

«Ya estoy aquí», grita una noche más al llegar a casa. Lo hace con la esperanza de recibir una respuesta que le demuestre que su mujer ya ha olvidado la última pelea. Ella es demasiado cabezona y eso, la mayoría de las veces, a él le hace perder los nervios. Que luego a todas se les llena la boca con la tontería esa de la igualdad, pero ya le gustaría a él quedarse en casa y que fuera ella la que saliera a partirse el lomo cada día.

Hoy parece que tampoco se va a dignar a contestar, así es que va hasta el dormitorio, se asoma y comprueba que sigue inmóvil sobre la cama, en esa postura imposible para cualquier cuerpo. Le repite que ha llegado y, ante su obstinado silencio, enseguida cierra la puerta porque tras cuatro días el olor ahí adentro comienza a ser realmente insoportable.

Su propio cuerpo

Alejandro Mata Ali (La Coruña)

Desde niña había aprendido que su cuerpo no era suyo, sino de los demás. Que debía estar siempre dispuesta a complacer a otros, sin importar su propia voluntad.

Pero un día, algo cambió. Conoció a mujeres valientes que luchaban por la igualdad de género y la libertad para decidir sobre sus propios cuerpos. Se dio cuenta de que ella también tenía derecho a eso.

Comenzó a aceptarse tal como era y a valorarse por quien era en lugar de por cómo lucía. Se unió al movimiento por la igualdad y la libertad de la mujer sobre sí misma.

Aunque aún había veces en las que dudaba de sí misma, sabía que había avanzado mucho en su camino. Sabía que su batalla no era solo por ella misma, sino por todas las mujeres a las que habían enseñado que sus cuerpos no les pertenecían.

Mujer en llamas

Lola Esteve (Cuenca)

Llega la noche y con ella, la calma. Sentada en la cama, buscando tu cuerpo. Aquel, que tanto odio, le has dado. Mal querido y dañado. Juzgado por mensajes errados y anteponiendo deseos.

Mujer en llamas, exhausta y gozosa. Exploras tu piel, con tus dedos. Despertando tu instinto. Envuelta en aquellas sábanas, que tantas veces te escondieron.

Ahora es tu momento, disfrutando de la igualdad del placer.

Controladas e infelices

Gloria Arcos Lado (Madrid)

Ahora que se encontraba tan frágil, tan vulnerable, cuando su cuerpo estaba a merced de aquel cáncer que pronto se la iba a llevar por delante, se daba cuenta de que no había sido una mujer feliz.

Aunque según sus hijos siempre veía el mundo de color rosa, ella solo creía en la gente.

Consideraba que a todos nos movía el deseo de ser felices y de tener una buena vida.

Y aunque creía en la igualdad de sexos, por desgracia ni su madre, ni ella habían conseguido que sus maridos dejaran de ser profundamente machistas.

Obnubiladas por el amor fueron utilizadas por ellos: dos hombres dominantes, controladores y manipuladores.

Y sin darse cuenta fueron ellas las que con su esfuerzo y duro trabajo sacaron adelante a sus familias.

Mientras ellos las traicionaban, bebían, jugaban a las cartas y disfrutaban de la libertad que les negaban.

Elección perfecta

Azul (Albacete)

Caminamos por las calles de la ciudad con las manos cogidas y deseamos la proximidad de nuestra piel.

En mi casa guardo una botella esperando su momento. Hoy la ocasión es especial.

Abro la botella y pongo unas gotas en los labios de Rosa. Sigo mojando suavemente sus pezones, el valle de sus pechos, el vientre, su pubis, los muslos.

Tiene los ojos cerrados y dejo que las gotas del licor se escurran por su boca entreabierta.

Mis labios comienzan el peregrinaje por cada rincón de su cuerpo y el sabor de su piel es el más maravilloso que he probado nunca. El placer la inunda y abre los ojos.

La elección ha sido perfecta, es una mujer maravillosa.

-Ahora es mi turno, María.

Sobre la cama, nosotras, la igualdad y la botella de nuestros sueños.

Reconexión. Sanando lo invisible para transformar lo visible

Cecilia Serrano (La Rioja)

Marcas de la infancia, recuerdos del pasado, que la ahogaron en un silenciado llanto.

Alma que busca un destino y un sentido a esa sinrazón que le ha anulado la emoción.

Mujer que sabe que esa adversidad la impulsó a romper las cadenas, atadas en su cuerpo, invisibles ante sus ojos, ya arrancadas de su ser.

Ahora ve y busca a esa niña, esa que eres tú, que sigue ahí. Ve y dile que has allanado el camino para ti y las que vienen después.

Has abierto los ojos y agrandado el corazón, has encontrado a otras hermanas que comparten tu dolor.

Sigue el proceso, no estás sola. Comunica, comparte, idea, baila, ríe y llora.

Continúa caminando para alcanzar esa igualdad. Confía. Sabes que juntas podéis transformar.

Corporalidad en llamas

María Serrano Martínez (Zaragoza)

Mi cuerpo en llamas, al fondo de un pozo. Quiero escapar pero mi nuevo yo no me lo permite. Grito con todas mis fuerzas a mi antiguo ser que se ha enterrado bajo las manos del desprecio ajeno.

- ¿Quién soy? ¿Quién he de ser?

Escucho a lo lejos un susurro, en medio de esta oscuridad.

- Eres una mujer poderosa, súmate a nuestro grito de igualdad.

- Serás quién tú decidas ser, sólo tú puedes responderte a esta pregunta. Tu esencia transita en un mar de diversidad, y dentro de ella, te apoyaremos para que puedas volver a la superficie.

No sé si es mi cabeza que me traiciona o mis ansias por salir de esta cárcel creada por mi misma, pero me siento fuerte y parte de algo más grande que me alienta a conocerme y a reconocermelo. Soy porque os miro y me construyo porque me veo.

Yo, mujer

Isabel Alonso Adalid (Vizcaya)

Aquí estoy. Una mujer perfecta siendo imperfecta. Si el paso del tiempo sirve de algo, es para quererme y no sentirme mal por mi cuerpo.

Este cuerpo que me ha permitido nadar en muchos mares, subir muchas montañas y andar por muchas calles.

Este cuerpo que me ha descubierto la emoción con el pulso acelerado y la magia de la piel de gallina.

Este cuerpo formado por un montón de huesos, músculos, grasa, piel y terminaciones nerviosas que sienten el calor y el frío, el dolor y el placer, el cansancio y el subidón de energía, no se merece que sienta culpa o vergüenza, solo merece que le dé las GRACIAS.

Porque me dijeron, ignorando el significado de la palabra igualdad, cómo debía ser, comportarme, sentir y vivir, pero yo aprendí a hacerlo a mi manera.

Porque siempre seré suficiente. Porque soy mía.

Yo, mujer. Queriéndome hoy y mañana.

Hija de inmigrantes

Sef (La Rioja)

Mientras sus dos hijos dormían, ella imaginaba un futuro para su hija, de la que estaba embarazada de casi ocho meses. No podía dormir imaginando el mundo al que esta pequeña estaba a punto de salir. Un mundo en el que la palabra “igualdad” sólo se aplicaba a hombres. Por eso cada noche su imaginación llevaba su mente a lugares a los que su cuerpo no podía.

Esta mujer, de apenas veintitrés años de edad, llevaba tiempo escuchando que las jóvenes de su pequeño pueblo de Marruecos emigraban a países como España o Francia en busca de futuros más justos. No para ellas, sino para futuras generaciones. Para que sus hijas no sufrieran el mismo destino que ellas. Para combatir el patriarcado con educación. Para darles voz, y que las historias de sufrimiento y sacrificio de sus antecesoras no cayeran en el olvido. Hoy soy la voz de mi madre.

Perder es ganar

Mario Sacristán (La Rioja)

El capitán Campoamor era el último de los miembros del partido que faltaba por firmar la nueva ley de igualdad que otorgaría nuevos derechos a las mujeres. Se encontraba en su despacho frente al documento en cuestión con una pluma estilográfica entre los dedos. Su subordinado, Hodio, estaba junto a él.

-¿De verdad va a firmar eso?- le preguntó. Campoamor asintió en silencio. -Nos quitará derechos a nosotros-. El capitán lanzó a su ayudante una mirada de reproche.

-Has leído el mismo documento que yo; sabes que eso no es cierto-.

-Sí que lo es- respondió Hodio. -Nos arrebatará el derecho a decidir sobre sus cuerpos, sobre qué pueden hacer y qué no, sobre adónde pueden ir y adónde no-. El capitán sonrió.

-Entonces, que así sea-. Usted nunca ha perdido una guerra. ¿Va a hacerlo ahora? Campoamor estampó su firma sobre el papel.

-Esta es una guerra que debemos perder-.

En un desierto lejano

Fernando Palacios Agrela

En una tienda de lona en un desierto lejano, una mujer anciana de tez oscura y manos huesudas mezcla ingredientes cuidadosamente escogidos en un bol de madera. Largos cabellos canos resbalan por sus hombros hasta la mitad de su cuerpo.

Fuera, al sol, aguarda en silencio un grupo de niños. La mujer ha venido desde tierras lejanas a ayudarlos.

La enfermedad lleva menguando la población desde que llegaron a la aldea subidos en camellos aquellos comerciantes con túnicas coloridas y las cabezas ocultas tras turbantes. Trajeron algo malo, o sus bestias.

Concluida la elaboración de la medicina, los hace pasar en orden, invitándolos a mostrar la lengua donde deposita una dosis mínima de líquido.

Fuera, los ancianos debaten sin conocimiento sobre un arte que ellos jamás pudieron aprender. Les desconcierta que sea una mujer quien se erija la salvadora contra la epidemia. No conciben igualdad entre los sexos.

Las locas

Eduardo José Viladés Fernández de Cuevas (La Rioja)

Creo que es bonito no entenderse. Yo soy una mujer absurda y no me entiendo, aunque no por ello dejo de disfrutar del privilegio de la locura de las cuerdas. Cuando varias personas absurdas que no se entienden disfrutan de algo absurdo que hace que se entiendan menos surgen las ideas que nos permiten derrocar a nuestros carceleros y hacernos visibles en medio de la coluvie que nos rodea. La igualdad total no implica que las mujeres merezcamos un trato especial, simplemente conlleva que merecemos un trato ecuánime. Ese logro solo se consigue enloqueciendo. Puede que la sabiduría, cansada de las vergüenzas del mundo, haya tomado la inteligente resolución de volverse loca. Solo en nuestra afable locura hallaremos la manera de escapar de nuestra esclavitud y descolonizar nuestros cuerpos. Así que, perras del mundo, acompañadme a morder a nuestros sayones y derrocar los quijotescos molinos que nos atenazan.

La criolla

Teo Torriatte (Barcelona)

Un cenotafio es un monumento funerario sin cadáver. Como el de Josephine Baker en el Panteón de París. Yo reposo justo en lo contrario. Una tumba con cuerpo, pero sin mi nombre. Como a la protagonista de la opereta La Criolla, a mí también quisieron casarme a la fuerza. Yo también me embarqué con el corazón dividido. Yo también deshojé margaritas, dudando entre lo que me habían inculcado como deber, y la libertad. Mis pensamientos vivían en una tierra prometida pero desconocida. Y cuando por fin decidí seguir mi instinto, me segaron la vida de cuajo, porque para ellos yo les pertenecía y la igualdad era un cuento chino. “Un crimen de honor” que no es más que el asesinato cobarde de toda mujer que se atreva a desafiarlos, mientras confiamos que acaben de evolucionar en su muy retrasado proceso de hominización y que por fin el mundo los condene.

El último golpe

María José Pérez Lugones (Argentina)

Los recuerdos de la niña que fue -a los seis años- reposan vagamente en su memoria.

Sin embargo, los gritos repentinos seguidos por los vidrios rotos en el descanso de la escalera, y el cuerpo de su madre en el caótico suelo, que al llorar esconde la cara entre sus manos. Quedarían enquistados para siempre en su corazón. Esa noche en la que esa mujer se hartó de pedir igualdad, y la arrancó del infierno con lo puesto. Una remembranza tan clara como una fotografía, no la olvidará.

Bajo el ala materna y a paso apurado en lo profundo de la noche, aprendió que una mujer nunca debe aceptar ser acariciada con una mano y golpeada con la otra. Un regalo de una madre a su hija sin palabras de por medio.

Igualdad de género

Ariel Alberto Díaz (Argentina)

Alisa el pantalón sobre la tabla y enchufa la plancha. La pasa marcando prolijamente la raya y lo cuelga en una percha. Mira la pila de ropa y sonríe. Tiene para toda la mañana.

Prende el televisor. En la pantalla aparece la máxima autoridad del cuerpo legislativo anunciando las nuevas medidas del gobierno.

Se escucha el llanto de una criatura. Corre, lo levanta de la cuna y lo coloca sobre un catre.

El bebé —que observa atento la pantalla—, reconoce a la mujer y dice: “Mamá”. El hombre sonríe mientras le cambia los pañales.

Misantropía

Miguel Estapé (Barcelona)

La igualdad no existe, es un prejuicio matemático. El cuerpo del hombre es, en general, más grande, más fuerte, metaboliza mejor el alcohol (menos mal) y, verdadera ventaja, el hombre se muere antes.

A la mujer, en cambio, se le reconoce una mayor destreza lingüística; lo cual tal vez no sea una virtud indiscutible, pero se debe confesar que es el rasgo principal que nos distingue del resto de animales. Lo peor de la mujer es que aumenta el número de seres.

O sea, una pandilla de animalotes borrachos y unas cotorras deslenguadas. El sexto día, Dios no estaba en forma.

Y todo a media luz

Sara de Lezcano-Mújica Hernández (Madrid)

En una revelación cuasi mística, comprendió que era superior a todos los que la rodeaban. La igualdad, para ella, era una quimera. Ella no era igual. Punto. Ella trabajaba nueve horas al día y, al llegar a casa, la vorágine de tareas por hacer y de cosas por limpiar la atrapaba como el ojo de un huracán. Porque las hormonas, o los genes, o el instinto, ¡a saber!, la aguijoneaban para para que todo fuera perfecto para todos, hasta que su cuerpo caía rendido en el sofá mientras su mente pasaba revista a cámara rápida.

“Dejaré de ser mujer”, pensó. “Me identificaré como un hombre”. Pero recordó lo que le dijo su abuela en la azotea de casa cuando ella, haziada de cuidar a sus primos, preguntó: “¿Por qué yo?”.

“Porque en esta vida las cosas las hace el que sabe hacerlas. Y esa eres tú”.

Y apagó la luz.

Una silueta de delirio

Emilio Pulido Medina (Murcia)

Llega a casa muy cansado. La noche había sido muy ajetreada en las urgencias del hospital. Se quita el abrigo cuando del baño, como cada mañana, le llega el tintineo del agua caer sobre el suelo. Entra en el baño y en silencio espera que salga la mujer que hay tras el cristal opaco de la mampara. Nunca, hasta ahora, le había dado la oportunidad de ser ella, ni había tenido en cuenta la particularidad de cada uno. Esta noche venía dispuesto, con un gesto de igualdad en su rostro, a decirle que estaba equivocado y a pedirle perdón. Él sigue esperando mientras ella sigue y sigue enjabonando su cuerpo exuberante. Cansado de esperar abre la corredora de la mampara y solo encuentra un sinfín de fragmentos de espuma. Aun así, él le pregunta: -¿Vienes conmigo?

El flujo del vivir

Emilio Pulido Medina (Murcia)

“Cuando despertó el dinosaurio todavía estaba allí” Augusto Monterroso.

CUANDO acabaron de cenar, cada uno se marchó a una habitación distinta. DESPERTÓ, como siempre a la misma hora. EL despertador, que había sobre la mesita, marcaba 08:00 en punto de la mañana. Puso sus pies sobre el suelo y vio que sus piernas se habían agrandado igual que las de un gran DINOSAURIO. Intentó caminar pero no pudo. Eran tan pesadas que apenas podía levantarlas. TODAVÍA queda una solución, pensó. Y arrastrando sus pies, deslizándolos despacio sobre el suelo de madera, comprobó que su cuerpo se desplazaba. La casa ESTABA en una inquietante quietud. Como pudo llegó al salón y, ALLÍ, encontró a su mujer asomada a la ventana de la igualdad.

Tránsito

Joaquín Pérez Ordóñez (Sevilla)

El tinte, los cuidados faciales y corporales, y algún retoque mínimo que jamás confesaría, completaban su armadura y hacían virtualmente imposible calcular su edad.

No obstante, ambos sabían que Eduardo era mucho más joven. Él siempre hablaba de igualdad y respeto más allá de las diferencias de edad, género y creencias, y la devoción que le mostraba no tenía límites, pero no por ello dejaba ella de vigilar cualquier signo que delatase el avance de las filas enemigas en su rostro.

Una mañana, sin saber por qué, dejó de teñirse, de cuidarse, de ir al gimnasio y al salón de belleza. Siguió sentándose delante del espejo, pero ya sin esa extenuante sensación de alerta que hasta entonces había sentido al contemplar su cuerpo.

Cuando Eduardo regresó de su viaje y acudió a la cita, tardó en identificarla. Patricia, sin dejar de sonreír, le explicó:

«Soy otra mujer».

La fábrica

Ana María Guillaume (Argentina)

“De qué igualdad me hablas, no puedes comparar, ustedes son un grupo minoritario en la fábrica. Además, en cuanto detecten quienes adhieren van a sancionarlas o, lo que sería peor, despedirlas. De ser así volveríamos a vivir de mi sueldo y quién ha dicho que decides sobre el ingreso económico en esta casa.

Qué dices mujer. No, nunca he dicho que yo sí puedo; desde la última vez, cuándo me has visto participar. No importa si me consideran traidor, acá no hablamos de mí. Ustedes son nada para la patronal, las echarían al primer suspiro que escuchen. Cualquiera las suplanta, no son trabajadoras especializadas.

¿Te crees en serio eso del feminismo? Las mujeres no forman un cuerpo de lucha en ningún lugar que trabajen.

Pensar que yo le pedí al capataz que te empleara y ahora pretendes hacerte pasar vergüenza, merecerías una buena cachetada para aprender. “

El espejo fatuo

Francisco Macho Domínguez (Badajoz)

Recurro al espejo no sólo para mirarme el cuerpo. Él me lanza escenas de mi pasado o mi futuro según mi estado de ánimo. Si un día amanezco triste, él me remite a vivencias en el colegio o a los improperios de mi padre maltratador. Si un día amanezco alegre, me lanza a un día soleado en el campo y al contacto con mis seres más queridos, que no coincidían con los más allegados. Me ayuda a desmitificarme porque en esa abstracción me entrego a los designios de mi memoria. Y ella me devuelve lo que necesito. Son sólo unas escenas fugaces, pero definitivas de un momento exacto. Las optimistas las esboza en color y las penosas en un color entre gris y sepia, como un reducto antiguo con tintes olvidadizos. Me veo como una mujer. Es la igualdad fatua de la memoria.

Algo debe cambiar

José Manuel Núñez Solera (Valencia)

Me despierto entre las sombras y enciendo la luz.

El espejo me responde diciendo: esa no eres tú.

Mi cuerpo, mi alma y todo mi ser comienzan a dudar de mí misma una y otra vez.

Me repito a cada instante: eres una gran mujer, tú vales más que todo eso, te lo tienes que creer.

Pensamientos continuos en mi cabeza no permiten que una sonrisa mi rostro vea.

Feminismo e igualdad en continuo debate, pero no consiguen mentalmente ayudarme.

Me asomo a la venta y el vértigo me abrume, mi falta de valor consigue alcanzar la duda.

No sé por qué, pero me siento inferior, peso cincuenta kilos y no consigo verme mejor.

Envidia a las personas que se logran aceptar, daría lo que fuera por en su mente entrar.

Lo siento mama, lo siento papa, pero hasta que esto no cambie, no estoy preparada para afrontar la sociedad.

Me lo merezco

Camila Couto (La Coruña)

Lucía esperaba el autobús cuando reparó en el escaparate de la tienda de marca, no solía mirarlo porque era cara y las tallas pequeñas. Pero cuando observó aquel mono de seda verde le pareció perfecto para su graduación. La etiqueta marcaba 300€, no los tenía, pero decidió preguntar si había una 46. La dependienta escaneó su cuerpo con la mirada de arriba abajo y cara de condescendencia. Le dijo que sí pero que tallaba pequeño. Lucía decidió probárselo, cuando se vio en el espejo se sintió una mujer guapa, en igualdad que sus compañeras de curso. Salió de la tienda, se subió al bus y empezó a llorar anhelando poder comprarlo. De repente su móvil vibró, la app del banco le indicaba que su abuela le acababa de hacer un ingreso por su graduación. Pulsó el timbre, se bajó y regresó a la tienda. Iba a comprarlo, se lo merecía.

Obediencia

Jesús Alcañiz García (Madrid)

Ya eres mujer, le dijo su madre el día de su primera menstruación, despídete de la igualdad que disfrutabas con tus hermanos. A partir de ahora deberás mantener tu cuerpo invisible para todos los hombres.

Invisible, le hacía repetir cada vez que la acompañaba al salir de casa. Invisible, invisible, invisible, hasta el día que la casaron con un desconocido. Aquella noche, cuando aquel hombre la desnudó, debajo de toda la ropa, no vio a nadie.

Deuda saldada

Gonzalo Prieto Barrera (Colombia)

-Leas mi mano- Le sugirió una mísera e iletrada mujer de frágil cuerpo a la quiromántica.

Cogiendo su áspera mano, después le auguró con beneplácito.– Veo imperar un tanto la igualdad y si se logra en educación, leo que puedes escoger entre ser presidenta, científica u filósofa que es la que te recomiendo.

La mísera mujer convencida que todo fue un grosero embuste, salió sin pagarle, al cabo de once años regresó y con sentimientos encontrados, le sugirió nuevamente a que leyera su mano.

Ella cogiendo su delicada mano al instante le pregunta. - ¿Qué quieres que te lea si no tienes nada escrito en ella?

-...Quiero decirte que como filósofa, la quiromancia no parte de un dogma científico como falsamente afirman sino es un estado de ánimo resultante de una situación marital y que creo en tu caso, ya no eres tan afortunada. Pero... ¿Cuánto te debo? – Preguntó sonriente.

Los cuentos envejecen

Marcos Pérez Barreiro (Pontevedra)

Cenicienta estaba triste. Sus zapatos no le decían nada, ya que, el príncipe había renunciado al amor. Prefería reinar exclusivamente gracias a la compañía de un pueblo que le adoraba y, comprendía. Eso satisfacía las ansias de su corazón. Por tal motivo, Cenicienta, discernía la proximidad del tiempo con preocupación. Desconocía si llegaría a ser una gran mujer en el futuro. Las madrastras, como es sabido, detestaban su belleza, su humildad y su carácter de persona íntegra. La integridad que, en su interior, era la esperanza de una igualdad que no se producía. No llegaba, pese a los múltiples esfuerzos por conquistarla.

Así, una mañana vivaz, Cenicienta, decidió ver su cuerpo desnudo ante un espejo que había limpiado con anterioridad. Y, fue consciente de que podía conseguir todo aquello que se propusiese. Incluso alcanzar el autobús de las cuatro para ser la única mujer en no repetir un cuento universal.

Reconocer al enemigo

Gurutze Irisarri Traba (Gipuzkoa)

Katherine pasaba la noche en un tren que la llevaba hasta el astillero. Se enfundía en un buzo y soldaba bajo el agua durante horas los buques que su país utilizaba en la Segunda Guerra Mundial. Al volver, se dedicaba a las tareas de la granja y a cuidar a sus hijos. Katherine fue una mujer que nunca dio importancia a sumergir su delgado cuerpo en condiciones extremas por los recovecos más estrechos de los barcos ni hablaba de la igualdad. Ella iba y trabajaba hasta la extenuación. Era una de tantas mujeres soldadoras subacuáticas que, paradójicamente en aquel momento, no soliviantaba a los sectores machistas de la sociedad estadounidense. Su labor era tan necesaria que les daba igual si era hombre o mujer quien la hacía. Terminada la contienda bélica, no volvieron a contratar a Katherine ni a sus compañeras en los astilleros. La guerra continuaba.

La magia de un pincel

Dayhanne José Ureña Peralta (La Rioja)

Lucía nunca olvidaría aquellos días en los que el maquillaje era su escudo. No quería que nadie supiera que su cuerpo era un infernal campo de batalla. Pero un día decidió poner fin a su calvario. Tuvo el coraje de denunciar a su agresor y buscar ayuda. En medio de esa vorágine descubrió su pasión por el maquillaje. Y se atrevió a soñar. Sabía que sería difícil lograrlo, pero Lucía era una mujer determinada. Practicó, practicó y practicó hasta convertirse en una Frida Kahlo. Gracias a su talento y perseverancia consiguió un trabajo como maquillista de cine en Madrid. Ahora embellece a actores y actrices, creando increíbles transformaciones y ayudándoles a expresar su creatividad. Ya no necesitaba maquillar sus heridas para sobrevivir. Aunque la igualdad sigue siendo una quimera para ella, sabe que cada pequeño paso que da hacia adelante es una gran victoria contra la violencia y la opresión.

Querida Ana

Carmen López de Ramón (A Coruña)

Querida Ana:

En tu anterior carta me pedías las claves para afrontar la vida, después de casi ochenta años aquí siento decepcionarte pero no tengo ni idea. Sin embargo, desde mi humilde opinión, te escribo unos consejos:

- Afronta las situaciones en las que no estés en posición de igualdad. Lucha como hicieron muchas mujeres antes que tú por sus derechos.
- Rompe estereotipos, el mundo no cambia solo, hay que cambiarlo.
- Eres la dueña de tu mente y cuerpo, no lo olvides.
- Que nadie silencie tu voz, nunca.
- Ayuda siempre que puedas, unidas somos mucho más poderosas.
- Solo vas a vivir una vez, no lo hagas con miedo.
- Todo lo que hagas en esta vida hazlo por dejar un mundo mejor del que encontraste.

Espero que te sirva de ayuda querida Ana.

Te quiere,

Tu abuela.

Cuerpo de mujer

Jeaqueline Flores Álvarez (México)

Era demasiado joven. Desconcertada, trataba de dar respuesta al por qué me acosaban e injuriaban. Apresuraba el paso. Era casi la hora de entrar a la secundaria. Una vez más, me resistí a usar sostén. Más adelante, otros gritos hacían alusión a mi cuerpo, a mis pechos, a mis nalgas, a mi vagina. Poseía el cuerpo que ha sido desdeñado, ultrajado, explotado. ¡Soy mujer! —pensaba. ¡No quiero ser eso! ¡Quiero que me dejen en paz! ¿Cuándo termina esto? —me pregunto hoy, a mis cuarenta años. El llanto, la pena, las calumnias, la doble moral se han acumulado en mi corazón y en mis huesos. Me duele mi cuerpo, me sigue doliendo ser mujer. ¡Sí, quiero ser mujer! En otra época, en otro lugar donde exista igualdad y respeto. Donde pueda caminar libremente, donde pueda recorrer el trayecto hacia mi escuela sin sentir vergüenza por ser mujer.

Conocimientos adquiridos

Paloma Lafuente Gómez (Madrid)

Cuando era pequeña mi padre me leía cuentos antes de dormir. Las protagonistas eran audaces amazonas que abandonando su hogar emprendían viajes llenos de aventuras. Mis padres nos educaron en igualdad a los tres hermanos animándonos a romper estereotipos y luchar por las injusticias.

Un día a punto de cumplir trece años, algo pasó. Camino del colegio un grupo de chicos comenzaron a silbarme y reírse en alusión a mis incipientes pechos. Sus incómodas miradas casi lograron intimidarme. Luché por no abrir la boca aguantando mis enormes y más profundos deseos de justicia enfrentándoles como gallo de pelea.

Entonces recordé la sabiduría de aquellas mujeres de los cuentos. Levanté mi cabeza, erguí el cuerpo y seguí caminando tranquila, segura de mí misma. Sin miedo.

Ojalá algún día no sorprendiera el final

Alexandra De Severac Cano (Madrid)

- Sí, me hace ilusión, pero también me preocupa tanto cambio. Estudiar auxiliar de enfermería es lo que quiero, pero sería la primera vez que cambio de instituto, de ciudad...y tú tampoco estarás cerca. Ya sabes cuánto me cuesta coger confianza con la gente.

- Lo sé. Recuerdo lo que me costó cuando vine aquí dejando mi grupo de gimnasia rítmica. Ahora me siento más a gusto con mi cuerpo, pero tengo otras inseguridades...Ojalá pudiéramos acompañarnos.

- Ojalá. Mi insti nuevo es referente de lucha por la igualdad, pero no hay educación infantil y lo tuyo son los peques.

Miraron al horizonte, agarrando fuerte con las manos la tapia de hormigón que tantas veces había escuchado sus reflexiones.

- Algo es seguro. La mujer de tus sueños, es mi vecina. Eso me asegura que no te perderé de vista.

Raúl respondió con un espontáneo azoramiento, confirmando así la hipótesis de su amigo.

Cada lucha cuenta hasta el final

Ana Cano Bautista (Granada)

El pelo blanco, la piel surcada de arrugas, las manos de dedos frágiles,
el cuerpo enjuto.

Olvidada la niñez de saltos y risas.

La lozana juventud, la madurez, sus hijos, la crianza en soledad,
quedando como una nebulosa en su cabeza.

El placer de la tierra de la que sacaba su fruto con manos fuertes y
seguras; su intensa lucha por la igualdad.

Ya desaparecidos los recuerdos de caricias y el amor que dio y recibió.

Su vida en la niebla, un recuerdo ya borroso.

La mujer sentada en su sillón frente al ventanal con la mirada perdida,
en esa borrosa identidad que ya se le ha escapado de su mente.

Anhelando la caricia de unas manos que le den una llama de amor.

Mirando las montañas y oyendo los pájaros que ya no reconoce.

Olvidada su vida y esperando la muerte, con una leve sonrisa en sus
resecos labios.

La Visita

Darwin Méndez Losada (Burgos)

Primero, vio la sombra deformada en la pared. Después, escuchó su respiración ansiosa. Seguidamente, percibió el olor a azufre que destilaba su boca. Casi de inmediato, sintió al engendro a su lado. El miedo que la paralizaba la invadió. Las manos lacerantes recorrieron su intimidad, mientras ella abrazaba temblorosa a su osito de peluche. Finalmente, el penetrante dolor y el frío de la muerte propagándose por su frágil cuerpo.

La sensación de dolor la despertó. La mujer conmocionada observó alrededor, al verse sola y a salvo cerró de nuevo sus ojos e intentó dormir, deseosa de sumergirse en un sueño profundo de respecto e igualdad, pero le fue imposible, las constantes pesadillas que la visitaban se lo impedían y solo traían a su memoria recuerdos oscuros que nunca olvidará.

Una niña como yo

Cristina Arvelo Gutiérrez (Tenerife)

Sofía miraba por la ventanilla del taxi que la llevaría a su nuevo hogar en África.

Desde que nació, 7 años atrás, nunca había salido de Madrid, y ahora todo era distinto.

Sofía divisó a una mujer con el cuerpo encorvado por la edad. Llevaba de la mano a una niña.

—Mamá, esa niña no tiene zapatos.

—Es una niña diferente, Sofía.

—¿Por qué es diferente? Seguro que le gusta jugar, como a mí, e ir a la escuela. Quizá de mayor quiera ser profesora, como yo. No entiendo por qué no tiene zapatos. Antes vi a un niño que sí los tenía. No es justo, mamá.

La madre pensó que su hija le había dado una gran lección de igualdad y humanidad. Ante los ojos de la pequeña, esa niña no era diferente a un niño... Ni tampoco a ella.

—Tienes razón, cariño. Todos tenemos derecho a llevar zapatos.

Metamorfosis

Siridia Fuertes Trigal (La Rioja)

No buscaba encarecer lástimas, adversidades o necesidades de forma importuna o interesadamente. Se trataba, sin lugar a dudas, de la tercera acepción, sentía vivamente algo.

Solo quería llorar. Dos días deseando volver a mi casa para llorar tranquila, sin explicaciones, a mis anchas. Poder hacerlo sin miradas ni palabras concupiscentes. Llorar, a mi vida, mi cuerpo y mi independencia. Llorar a lo que ya no era.

No había marcha atrás. Allí estaba, con él, ajeno al planeta en el que había aterrizado, o quizá buscando algo, buscándome; mientras yo, despojada de la mujer que fui durante treinta años, esperaba con esos trastos que no elegí. Solo quería entrar en casa, cerrar la puerta, y llorar.

No supe, no quise o no pude ver que en aquel momento la semilla de la igualdad había germinado para siempre en mí.

Volvería a llorar en la tercera acepción, porque al nacer siento vivamente algo.

Mujer déjame que te cuente

Natalia Duque Zúmel (Cáceres)

Mujer déjame que te cuente quién eres, quítate el sombrero y escucha tu cuerpo: mujer fértil, estéril, niña, vieja, hermosa.

Santa, bruja, chamana, puta, madre, terca, sabía, noble, hija, hermana, reina, madre, republicana.

Cajera, astronauta, escritora, viajera, cocinera, rockera, maestra, motorista, kelly, poeta, camarera, psicóloga, bailaora, poeta, presidenta, tatuadora.

Artista, negra, sufragista, blanca, camionera, asiática, buceadora, indígena, guerrera, mulata, cantaora, gitana, domadora.

Asia, América, África, Antártida, Europa, Oceanía, Igualdad.

Una de tantas

Sol Kliczkowski (Barcelona)

Volvía a casa. Estaríamos todos: mamá, papá y los chicos. Para cenar: lentejas. Pongo la llave en la cerradura del portal y no oigo el clac al cerrarse. Una mano en mi boca. Empujón dirección ascensor. Su cuerpo (de hombre) ataca con olor ácido a sudor seco. Percusión intensa: el bum bum de mi corazón. Mi cuerpo (de mujer) tieso e inerte. Alguien llama al ascensor: luz. El animal se ve acorralado y huye. Llego el ascensor con la vecina del tercero. Clac de la puerta del vestíbulo. La vecina deja caer: “buenas noches, guapa”. Mi rabia grita por dentro “no quiero ser guapa, ni mujer, ni igualdad”. La inercia vuelve a mí y subo al ascensor, mi dedo tiembla, pero atina a tocar el 4.

El marciano

Ignacio Diez Martín (Valladolid)

Me encontraba en el sofá de casa cuando de repente, mi atención se focalizó en la noticia de la televisión:

“Increíble suceso el ocurrido esta mañana en el condado de Milwaukee. Un objeto volador, similar a una nave espacial, ha aterrizado frente al Banco Central...”.

De la nave, comenzó a distinguirse una figura, un cuerpo, pero no humano. ¡Era un marciano! El motivo de su viaje era la búsqueda de agua.

Al marciano se le explicó la historia de la humanidad. ¿Y cuál fue su asombro? Fue ver que esa historia, la del humano, más bien parecía la historia de hombre, pero no de la mujer.

¿Así que no os gusta la igualdad? – decía.

Y así, cabreado con la humanidad, con la nave ya en vuelo, a una pequeña ventana se asomó B-04, una marciana a la que el mundo no tendría la oportunidad de conocer.

La felicidad de compartir

Jeorquis Hernández Moreno (Cuba)

Isabel está profundamente dormida en la sala. Hace tres horas llegó del trabajo, y decidió sentarse unos segundos, ya que se sentía agotada, pero se durmió. Alguien cubrió su cuerpo con una manta blanca mientras ella se acurrucaba en el sofá como un bebé. La mujer abre los ojos poco a poco, y ve el signo de igualdad en una pizarra pequeña, entretanto siente la lengua húmeda del perro en su oreja. Su esposo instaló una pizarra en la sala y da lecciones de matemáticas a su hijo. Ella se levanta sin que nadie la vea, y camina por la casa. Enseguida se da cuenta que su esposo lavó la ropa sucia que se había acumulado, planchó, limpió el suelo, y recién había terminado de cocinar. Con satisfacción se ducha, y cuando salió del baño la mesa estaba servida. Su esposo y su hijo la esperaban sonrientes.

“ná de ná”

Izaskun Suberbiola (Vizcaya)

-¡¡Madre mía, vaya cuerpo! Y además guapa y lista.

- ¡Soy su médico! Le pido respeto como mujer y como profesional.

- Ya estamos con las tonterías de la igualdad. ¡Ya no se puede decir “ná”!

For Sale

Izaskun Suberviola (Bizkaia)

Tu maldito dinero no debería poder pagar el cuerpo de una mujer. Si hubiera igualdad económica entre ella y tú, nunca hubiera gestado tu hijo.

Cena caliente

Iskandar Hamawy Lopategi (Bizkaia)

Una noche más Diana prepara abnegadamente la cena para toda la familia. A su espalda, su marido y los niños esperan hambrientos sentados en la mesa de la cocina. Él golpea impaciente con el cuchillo sobre el botellín de cerveza. Hoy toca partido de la Champions. Mamá, ¿existirá la igualdad de género para cuando yo llegue a ser mujer? Diana esboza una sonrisa mientras termina de freír los boqueros. Un hilo de felicidad y orgullo recorre su cuerpo, aunque no se atreve a dar una respuesta. Paco, como no te quites de la cabeza eso del cambio de sexo, te cruzo la cara. Y siéntate como un hombre, ¡cojones! ¿Viene ya la mierda del 'pescao' frito?

Baby Shower

Izaskun Suberviola Ovejas (Bizkaia)

Lloraba aferrado a su gélido cuerpo para darle calor. Perdía sangre y grados a la misma velocidad. Su mujer se desangraba . Los llantos del pequeño le erizaban la piel y ese olor a sangre, cálido y dulzón, le hacía perder la conciencia por momentos.

Una anciana muy arreglada entró feliz en la alcoba. Arrancó al neonato de los pezones inertes de Cándida para llevarlo al salón de al lado. Allí se oían risas, brindis y apuestas sobre parecidos. “Que faena que no haya igualdad en las leyes sobre gestación subrogada en todos los países. Tendré que volver 20 veces por el papeleo” - Explicaba disgustada.

En la alcoba la sangre seguía brotando. Cándida con su último aliento pidió ver al bebé. “Quiero que me acompañe su carita en la eternidad” -sollozaba.

-!Este hijo no es suyo! Se oyó replicar desde la habitación de al lado.

-!Que continúe el baby shower!

Apariencias

Lucía Merchán van Hilten (Málaga)

En un incipiente septiembre que dejaba reminiscencias de las tardes de piscina, me encontré en clase teniendo un acalorado debate acerca de la igualdad de género. Los dos chicos con quienes me había tocado trabajar me invitaron a tomar una cerveza a la salida y yo acepté sin titubeos. Sus sonrisas prometían ratos de diversión y charlas eternas.

Mientras hablábamos de todo y de nada, pasó una mujer con un vestido de volantes, veraniego, colorido y jovial. Aquel bonito momento entre compañeros pareció haber sido solo un sueño cuando comenzaron a opinar sobre su cuerpo, su peinado y su expresión. Criticaban la felicidad con la que había osado salir de su casa aquel día de sol y buitres.

Ella seguía caminando, ajena a quienes perdían su tiempo en fustigarse por la libertad femenina. Me bebí esa cerveza manchada de apariencias y me fui sin decir adiós.

El padrastro

El Profesor Jubilado (Cuba)

El padrastro de aquella joven bonita, mujer con cuerpo, de curvas y medidas perfectas, estaba irascible, no era la primera vez, le molestaba la fuga de la chica.

— Vas para la casa de esos muertos de hambre, que sacan un perro caliente para el día. No hay igualdad, cuando ese feo viene aquí se come un inmenso bistec—dijo mientras sus ojos de hombre insaciable repasaban la faldita corta.

No se percataba de los cinco kilogramos de peso que había perdido la madre por su posición de sándwich.

— Hija, es verdad lo que dice tu papá.

— ¿Mi papá? ¿Cómo podrá haber personas tan ciegas? Hablando de comida, ¡Qué ridículo!, no seas tonta—dijo mientras la miraba, cargada de odio, y tiraba la puerta con fuerza al salir.

Transorinar

Cristo Saavedra Sarmiento (Las Palmas)

Despertó con cierta extrañeza, rara y decepcionada ante aquel pene inerte suspendido entre sus piernas, ante aquella protuberancia maligna que debía ser extirpada. También sufrió la ausencia de unos senos más voluminosos y rebuscó entre todo aquel vello algún rastro de mujer. Ante el espejo, su rostro parecía observarla extrañado y su cuerpo ahora le pedía necesidades más urgentes. Y tomó entre sus manos aquellos genitales blandos, cálidos y algo laxos y los dejó hacer. Todo estaba cambiado, como un mundo para zurdos en igualdad de frustraciones. No hubo falda verde. Tampoco blusa blanca con estampado de cerezas. La incipiente barba, por el contrario, la entristecía e impedía que sus manos acariciaran aquel semblante áspero, ajeno e inexpresivo. «No eres tú. ¡Es él!», le contestó a su pareja cuando ésta le preguntó el porqué de su llanto.

Aspiración

Isabel García Viñao (Huesca)

Recorrí un camino estrecho y me encontré con una mujer llorando. Cubriéndose la cara con sus dos manos. Me dijo: Detrás de este boj me han violado. No puedo ni siquiera mirar el lugar.

Ellos eran fuertes, continuó hablándome, eran manada de tres, los muy canallas, me sentí impotente porque sabía que si ejercía mi defensa, iba a salir muy mal parada. En cuestión de fuerza no podemos hablar de igualdad y esto ocasiona que el hombre abuse de su maldita superioridad.

Seguía llorando a raudales. Sus lágrimas surgían entre sus dedos. Algunas partes de su cuerpo quedaban al descubierto por estar jironadas sus ropas.

¿Conocías a alguno de ellos?, le pregunté, apretando su mano con la mía. Ante su amargor y su llanto, (hipaba de la congoja), pensé: Ayer fui yo y denuncié; hoy es ella y la acompañaré a formular denuncia; ¡Qué no existan más mañanas repugnantes!

Ejercitando cuerpo, mente y derechos

Paula González Fernández (Asturias)

Cada mañana, ella se levantaba temprano para ejercitar su cuerpo. Durante mucho tiempo, se sintió incómoda y descontenta con su físico, pero poco a poco había aprendido a amarlo y cuidarlo con cariño.

Un día, mientras corría por el parque, se topó con un grupo de mujeres que portaban pancartas y coreaban consignas a favor de la igualdad de género. Se acercó y escuchó atentamente sus argumentos, sintiéndose poco a poco empoderada por el mensaje de que todas las mujeres merecían respeto y reconocimiento, independientemente de su aspecto o de cualquier característica.

Aquella experiencia le hizo reflexionar sobre el papel de la mujer en la sociedad y la importancia de defender los derechos y la dignidad de todas. Desde entonces, se comprometió a luchar por la igualdad en todos los ámbitos de la vida, incluyendo la valoración del cuerpo femenino, y a animar a otras mujeres a hacer lo mismo.

Progreso

Ignacio Díez Martín (Valladolid) Beatriz Corral Torrelo (Cádiz)

Sentada con mirada melancólica y el orgullo prendido en la sonrisa, Angelines mostraba a su nieta las viejas octavillas y fotografías, cuarteadas y casi olvidadas al fondo del cajón, de aquellas manifestaciones en las que miles de personas lucharon sin descanso por la igualdad de género. Sólo así, la adolescente podría creerla, pues le parecía algo imposible y totalmente disparatado que el cuerpo y los derechos de la mujer hubieran podido despertar esa controversia en generaciones no tan lejanas.

La Ecuación

Desirée B. Silvage (Barcelona)

El resultado no era el correcto porque en algún paso había algo que fallaba. Y las matemáticas no podían errar. Encorvó su viejo cuerpo y empezó la ecuación de nuevo, pero cuando sumó hombre y mujer, el resultado fue el mismo que el anterior. Durante mucho tiempo, demasiado, muchas mentes obstinadas habían dado como válida aquella fórmula de que el valor del hombre era superior al de la mujer, pero él estaba seguro de que no era así. Ahí estaba el gran fallo. ¿Pero qué valor le podía dar a la mujer para que la ecuación quedase resuelta? Era vital que buscara otro concepto para que cuadrara todo a la perfección, y ese no podía ser otro que el de la igualdad.

Aquella noche soñó que pasaría a la historia como el mejor matemático del siglo XVIII.

Los otros cuerpos

Lea (Bizkaia)

Los otros cuerpos

Al parecer tener cuerpo de mujer supone adquirir unas funciones distintas a las que tiene el cuerpo del hombre.

Durante mi infancia, las chicas rosas y los chicos azules compartíamos solo algunos juegos. Durante mi adolescencia, había tareas y horarios mejores, que solo podían tener los chicos, pero en casa era diferente, todas las tareas del hogar eran para nosotras.

Posteriormente, esas tareas nunca me abandonaron a lo largo de mi vida: novia y mujer devota, madre sacrificada, hija y abuela cuidadora, un sinfín de tareas, que solo eran mías, sin posibilidad de poderlas compartir en igualdad con los otros cuerpos.

Mi cuerpo ahora está cansado, más invisible que nunca. Soy un fardo pesado para mi familia.

Los otros cuerpos miran para otro lado, me he convertido en la fuente abandonada, que ya dejó de dar agua. No tuve capacidad de decidir mi destino, era mi obligación, piensan ellos.

Alas

Anna Alexandra Hernández Martín (Madrid)

Sigue habiendo historias condenadas escritas por alas que no pueden representar el significado de libertad, a causa de ilicitudes que son el motivo de la incapacidad de dar un pleno sentido a lo que realmente es ser mujer. Un día menos viviendo con la incapacidad de lograr la igualdad, es un día más luchando para alcanzarla con plenitud, y sin peros que impiden conseguirla. Nadie se merece ser más por ser hombre, ni menos por ser mujer. A pesar de ello, ni la resiliencia, ni la confianza ni la fortaleza, van a dejar que las almas, halladas en el cuerpo de cada mujer, dejen de estar enlazadas unas con otras para rendirse ante la adversidad.

Oferta de empleo

Rocío Juárez (Almería)

Describe brevemente, porqué es el candidato perfecto para el puesto de ingeniero mecánico (máximo 150 palabras)

MUJER, veintiséis años, acabo de terminar mis estudios de ingeniería mecánica con matrícula de honor. Durante estos años, me he dedicado en cuerpo y alma para prepararme como INGENIERA MECÁNICA, carrera que escogí por vocación. Me otorgaron la beca STEM, promovida por el prestigioso programa de igualdad de la Universidad de La Rioja. Así que compaginé mis estudios, con el diseño de piezas robóticas dentro del Proyecto Engineering Business, que su empresa utiliza actualmente para el transporte. Soy LA CANDIDATA PERFECTA para el puesto, no solo por mi formación y conocimientos en mecánica y termodinámica, sino por mi dedicación, integración y enfoque moderno hacia I+D+I del futuro.

Aequalitas

José Ignacio Echevarría Ortiz de Zárate (Bizkaia)

La primera decisión que adoptó la nueva rectora de la universidad, nada más ser elegida por el Claustro, fue colocar, en la puerta de su despacho, una placa con la inscripción *Aequalitas*. Pero, apenas unas pocas horas después, dos alumnos encapuchados irrumpieron en su despacho, golpearon a la mujer, la amenazaron de muerte, arrancaron la placa de la puerta y, uno de ellos, la lanzó contra su cuerpo.

Aquel atentado corrió como la pólvora por el campus e, inmediatamente, los estudiantes se reunieron en asambleas. De pronto, aquella palabra latina había adquirido una nueva dimensión, no solamente entre los alumnos, sino también entre el profesorado. Si bien la rectora era consciente de que conseguir la igualdad de oportunidades entre los hombres y mujeres, tanto en el ámbito universitario, como en la sociedad en general, era una tarea ardua, estaba totalmente decidida a dedicar su vida en favor de la paridad.

Con H de mujer

Danilo Gil Delgado (La Rioja)

Contenido delicado: Esta foto incluye contenido delicado que puede resultar ofensivo o molesto.

Laura había recibido otra advertencia por publicar una foto en la que apenas se veía un pezón. No sabía describir lo que sentía ¿Cómo era posible que un cuerpo era considerado ofensivo o molesto?

No, un cuerpo no. Los cuerpos no molestan, solo lo hacen los cuerpos de las mujeres.

Y lo vio claro, silenciada. Así era como se sentía, así fue como se sintió su abuela cuando no pudo estudiar para cuidar la casa, así fue como se sintió cada mujer en la historia cuando le dijeron que estaba mejor callada, que no era tema de mujeres o que ese vestido enseñaba demasiado.

Se desnudó y subió la foto de nuevo, esta vez con un mensaje: “Mi cuerpo es mío, mi libertad es mía. No voy a ser silenciada por una sociedad que teme la igualdad.”

Quitapesares

Toti Vollmer (Venezuela)

Venía de una larga estirpe de mujeres que curaban los males del cuerpo y del espíritu con sus manos, ramas y sahumerios. A su madre, abuela y bisabuela las conocían a todas como «la culebra», y eran muy solicitadas en aquella isla en donde la salud poco conocía de medicina. Pero la joven se negaba a aceptar el mandato. Aspiraba a más, a distinto. Las ganas le pedían largarse de casa y conocer mundo, explorar opciones en igualdad de condiciones que los demás. No quería para sí a una fila infinita de dolientes zarrapastrosos en la puerta de su rancho pidiéndole milagros y limpias a cambio de una gallina o de un racimo de plátanos.

Logró escaparse, estudiar y montar su consultorio en una clínica de la ciudad. El cartel de la puerta pone Dra. Áspid y el olor a tabaco llega al pasillo.

Nora

David Merlan Castro (A Coruña)

—El cuerpo de una mujer semidesnuda ha sido encontrado a las afueras del pueblo, en una acequia apartada de la carretera principal. Todo hace suponer que se trata de Nora, la chica desaparecida hace un mes. Cabe recordar que Nora regresaba de la sesión semanal de terapia que seguía para hacer frente a sus problemas de obesidad y no se la habría vuelto a ver. Devolvemos la conexión—.Dijo el periodista mirando fijamente a Cámara.

—Si me permiten una observación personal, opino que la sociedad en la que vivimos está enferma. La falta de libertad e igualdad provoca que tener un cuerpo distante de los cánones socialmente aceptables te convierta en víctima fácil para un depravado sexual. “Estar gorda” no da derecho a nadie para que satisfaga sus instintos contigo—. Añadió el colaborador en el estudio mientras observaba con rabia el cuerpo inerte de Nora en el monitor.

Mujer

Pablo Maximiliano Moreno Valverde (Perú)

Mujer, ven. En el jardín lleno de rosas, te espero. Templo sagrado de mágicos y diversos colores, tu cuerpo. Lugar donde nos prometimos querernos, amarnos, respetarnos para siempre. Igualdad e todo sentido. Sí, estoy en el mismo lugar de siempre. Viajaremos por nuestros sueños y recuerdos. También, por el mundo que un día imaginamos. No tardes, Pequeña.

Sociedad estereotipada

Juan Cruz Lara Jiménez (Navarra)

Quizá si mi cuerpo fuera otro hubiera tenido mejor suerte en la vida, pero no es el caso. Soy gruesa de caderas, me sobran kilos por doquier y la imagen que tengo de mí misma es un impedimento más para presentarme a ciertos lugares y algunos eventos a los que quisiera acudir. Al igual que cualquier mujer tiene derecho a darse los caprichos que estime oportunos, yo debo luchar uno poco más para conseguirlos, pues la sociedad no está preparada para recibir a personas que se salgan del estereotipo. Y si tampoco hay igualdad entre nosotras, difícilmente la habrá entre hombres y mujeres. Aún con todo, no me resigno a que un día cambien las tornas y se acaben los estereotipos.

Una ley más justa

Esperanza (Badajoz)

Mamá, ¿por qué un hombre siempre es más fuerte que una mujer?

-¿Por qué me preguntas eso, hija?

- En el colegio, la profesora dice que algunos hombres violan a las mujeres por ser más fuertes.

- No son más fuertes, mi amor.

- Sin embargo, algunos hombres violan a las mujeres porque son malas personas, y porque hace falta mejorar la educación y también algunas leyes.

-¿Qué leyes son esas?

- Una ley para tener igualdad, justicia, derechos humanos, y para no tener miedo.

-Una ley que diga que cualquier agresor sexual será castigado con la mutilación genital masculina. De esta manera, habrá menos violaciones, porque el agresor sentirá el dolor en su propio cuerpo y también más empatía, lo cual significa, no repetir la agresión.

Hay que tener esperanza para que ellos entiendan el verdadero significado de la palabra justicia.

Hoy el sol brilla más

Paqui Ubri (Sevilla)

Ella no se había dado cuenta de su potencial, de su fuerza, de su poder, hasta ahora. Después de tantos años a los pies de los demás, hoy cuando mira su reflejo en el espejo, por fin se siente ella, la mujer que siempre quiso ser. Va a cumplir una de sus metas en la vida, en media hora tiene las pruebas para policía nacional, su cuerpo está preparado, su espíritu también. Va a demostrar que es igual de válida que un hombre. Ha sufrido mucho años atrás, salió de una relación que le apagaba la luz, y aunque todas las voces de su alrededor digan “no puedes”, “la igualdad no existe”, “nunca vas a llegar”, ella no va a parar de luchar, por su sueño y por demostrar que una mujer puede ser igual o mejor que cualquier hombre en todo lo que se proponga.

Ilusiones

José Ramón Ramos Martínez (Las Palmas)

.....Como un voraz fuego que se va extinguiendo poco a poco al no encontrar material para consumir hasta que sus últimas brasas se reducen a humo. Como una copiosa nevada que un sol inmisericorde abrasa derritiendo lentamente su manto blanco hasta que el último copo se convierte en agua, cae en tierra y desaparece.

.....Así eran mis ilusiones, las ilusiones de la mujer a la que ahora humillas y maltratas, a la que nunca trataste con igualdad, de la persona que te amaba en cuerpo y alma y ahora te ve como un ser vil y despreciable.

Ahora voy a tratar desde la distancia de que mi vida sin ti sea al menos como una pequeña llama que luce débil, como un copo de nieve que resiste al paso del tiempo. Al fin he podido volar libre sin la opresión de tus desprecios, tus vejaciones y tus maltratos.

Presentación a la Junta General de Accionistas

Jorge Luis González Castro (Cuba)

Ella mantuvo el dominio de la audiencia por media hora. El éxito de la presentación consistió en manejar cifras, proyecciones empresariales y datos financieros sin aburrir, además de resaltar su cuerpo con un amplio escote y una falda por encima de las rodillas. Luego de la presentación hubo un receso y ella les sirvió un café a los presentes, todos hombres, por cierto. No podía ser de otra manera, además de su condición de asociada era la única mujer en el salón. Mientras lo hacía le auguraron un futuro prometedor en la empresa, en igualdad de condiciones.

La marcha de Ariadna

Carolina Ramos Fernández (Sevilla)

En el laberinto laboral, la autoridad acaba con el anhelo de igualdad salarial de la mujer. Fagocita a trabajadoras abatidas que, tras años de salarios en precario, renuncian a su libertad a cambio de un plato caliente y una relativa tranquilidad.

Cansada de esperar cambios que no llegan, Ariadna marcha dispuesta a vencer a la bestia. Cargada de razones comienza a desliar la madeja que la mantiene su cuerpo atado a la tradición. Quiere salir del sistema, encontrar la salida y demostrar que las cosas pueden cambiar. Sabe que otras la precedieron; que en la lucha, vencidas, aquellas cayeron.

-No vayas hermana por ese sendero, que el monstruo te espera y es traicionero.

-Guarda cuidado que no voy a entregarme. Que, aunque lo intente, no podrá derrotarme

Mujeres

Rita Lecca Lozano (Perú)

Desde muy pequeña siempre me pregunté: porque era muy difícil ser Mujer. Crecí llena de inseguridades al observar mucho sufrimiento en mi entorno y más tarde en la Comunidad donde vivía, era como una cadena difícil de romper. Muchas veces deseaba no haber nacido Mujer porque sentía que era como cargar con “El pecado de Eva, la primera mujer” quien por desobediencia perdió “El paraíso,” así pensaba yo, por mi formación religiosa. Incluso me cuestionaba por solo el hecho de llevar Cuerpo de mujer, al ver la discriminación y falta de Igualdad de género, luego pude superar dicho trauma, ingresando a un Club de madres donde recibíamos charlas de salud y La No Violencia hacia la mujer, la importancia para el estudio y el trabajo, porque es uno de los motivos para la no dependencia económica, sobre todo en América Latina. Ahora Estoy orgullosa de ser Mujer, Madre, Abuela.

Alas de Empoderamiento

Juan Carlos Reyes Valdez (México)

Entre pétalos de luna, ella se levantó, desafiante, con el brillo de la igualdad en sus ojos. Mujer, cuyo cuerpo era su templo y su trinchera. Alzó la voz, rompiendo la cadena invisible que a lo largo de la historia había pesado sobre sus hombros. La tierra tembló con su grito, un eco poderoso que llegó a otras, despertando su fuerza interior y reescribiendo su destino. Juntas, forjaron un futuro donde sus alas, finalmente libres, abrazaron el infinito, y el mundo las contempló en toda su magnificencia.

Fui valiente: volví a casa sola

Beatriz Chaves Vázquez (Asturias)

Me fallaban las palabras (pero no la valentía) cuando decidí denunciar, bastó solo una mísera pregunta, colgando de sus miradas frías, para hacerme llorar: «Señorita, ¿qué llevaba usted puesto en el momento de los hechos?». Mi ansiedad rozó el techo, la rabia brotaba de mi pecho, como si todo fuera «algo» que yo hubiera hecho, como si lo hubiera merecido por ser mujer, por llevar una falda y una camisola... por hacer caso omiso a mis miedos y volver a casa sola.

Porque yo vivía a escasos metros, porque violador es quien viola.

De mi cuerpo sentí que dejé de ser dueña hasta que le di puntos de sutura a este dolor inmenso y colosal, con la esperanza de que algún día llegue la ansiada igualdad y a todo esto nuestra sociedad le ponga (por fin) punto final. Con la esperanza de que escuchen nuestras voces, y también nuestras historias.

Una epopeya

Jesús Navarro Lahera (Madrid)

Estaba exhausta, pero el esfuerzo había merecido la pena. Atrás quedaban los lejanos inicios en que lograrlo parecía ya no un sueño, sino el loco deseo de esa panda de inadaptadas que, pancarta en mano, gritábamos consignas de igualdad en las manifestaciones del Día de la Mujer.

Los comienzos fueron complicados. Me identifiqué con Teseo recorriendo el laberinto del Minotauro a oscuras, sola y con el cuerpo tiritando a causa del frío y el miedo. Creí que lo más duro sería llegar a acuerdos entre las diversas partes interesadas, aunque me equivoqué. Lo realmente agotador fue seguir hacia adelante sin apenas apoyos.

No tuvimos la ayuda del hilo de Ariadna para guiar nuestros pasos, pero nos animamos los unos a los otros. Así que hoy, por fin, me abracé llorando al resto del equipo al recibir la confirmación: habíamos aprobado la ley para acabar con la brecha salarial de género.

Cándida

Ibsen (República Dominicana)

Esa noche, Camacho llegó más ebrio que nunca. Cándida, su mujer, hacía horas que le había servido la cena. Cuando él la probó, le reclamó la temperatura. Ella arguyó que se debía a que él llegó mucho tiempo después. Camacho la agarró por un brazo y comenzó a recorrer su cuerpo con besos nerviosos y gestos violentos. Ella intentó defenderse, sin éxito. “Tú ves lo de la igualdad, le dijo él, es cierto: las mujeres son todas iguales, son unas víboras”. Y consumó su múltiple agresión. Al otro día, y contradiciendo el consejo de su madre, Cándida se marchó de ese tornado que había llamado hogar. Cuando la orden de alejamiento llegó a las manos de Camacho, él juró que la mataría. Cándida, por su parte, se juró a sí misma que lucharía por su vida y por su felicidad con todas sus fuerzas.

¿Quién dijo besos?

Jesús Jiménez Reinaldo (Madrid)

A punta de pistola, los atracadores nos separan en dos grupos: por un lado, los hombres, a los que maniatan y amordazan; por otro, las mujeres, a quienes nos encierran en la sala de reuniones del banco.

A punta de pistola, nos vigila uno con cara de pocos amigos. Tenemos a nuestro alcance el agua y las galletas, el café y los sándwiches, pero no sentimos hambre. Ni notamos el cuerpo, ni osamos movernos.

A punta de pistola la percepción de la realidad cambia. Cuando la tensión disminuye, el miedo desaparece. La situación parece ilusoria, como los sueños en los que los contornos cambian súbitamente y la lógica no existe.

Dos más dos no siempre suman cuatro. Sin libertad, sin igualdad, las armas son barrotes que los dientes roen. Las palabras incendian el silencio, carbonizan las normas desatinadas. A punta de pistola la boca no sólo sirve para dar besos.

A tiempo

Lola Sanabria García (Madrid)

Había conseguido desmontar las trabas por ser mujer, que prevaleciera la igualdad de oportunidades. Demostró que era la mejor capacitada para ese trabajo.

¡Tenía tantas ganas de celebrar su ascenso con abrazos y besos! Si llamaba, la puerta se abriría. En el portal decadente, hundiría la yema del dedo en el botón de número carcomido. El ascensor bajaría con un zumbido de insecto enorme y devorador. Abriría la cancela de hierro, las puertecillas. Pulsaría el cuarto piso. Él estaría esperando, con la tensión en cada músculo de su cuerpo, como el animal a punto de saltar. Con los puños amenazando. ¿Por qué había tardado tanto? ¿Dónde había estado? ¿Con quién? ¡Cómo podía hacerle esto!, le escupiría. La alegría acabaría en amargura y llanto.

Aún estaba en la calle, a un paso de una tarde aciaga. Otra más. Se dio la vuelta y se alejó hacia la libertad.

Gracias a Marina

Stefana V. (Illes Balears)

A Marina le pesa la lengua, las ojeras se le estiran hacia el suelo, los brazos cada vez se hacen más largos de tanto agitarlos. Marina construye y deconstruye, habla con sus amigos, es asertiva, busca sinónimos en el diccionario para poder explicar el dolor, la pesadumbre, la igualdad, la interseccionalidad. Marina ha caminado las calles de su ciudad gritando. Marina está afónica. El cuerpo de Marina está entumecido, frustrado, le sangra. Marina quiere a tantas mujeres... Está siempre atenta para poder protegerlas, empuja sutilmente las manos que quieren agarrarlas, habla por encima de las voces que quieren silenciarlas. Cuando las mujeres a las que Marina quiere, hablan, ella se calla. Los dorsos de sus manos están en carne viva. Aprieta los puños cada vez que escucha lo que ha sufrido una hermana, una amiga, una conocida, una desconocida. Marina está cansada y le duele todo, todo el rato.

Impasible

Landlubber (La Rioja)

Caí, pero me levanté.

Volví a caer y de nuevo me levanté.

La lucha por la igualdad hacía que mi cuerpo y mente se resistieran a ceder y perder todo lo conseguido anteriormente gracias a tantas mujeres que lucharon para conseguir la igualdad.

Mientras tanto, él seguía allí mirándome impasible con el cinturón en la mano.

No entendía nada.

Mirada de mujer

Ana Luisa Trejo Lerma (México)

Cuando tomó la decisión de estar con él, sabía en lo que se metía. Aquello sería una transacción económica. Su condición de mujer la había puesto en ese trance, así que no esperaba mucho de aquella relación.

Nada de quejarse, porque en ese binomio no cabía la igualdad de género. Ella entregaría su cuerpo a cambio de una posición “acomodada”.

Mes con mes recibía su mesada, la cual era suficiente para solventar sus gastos y los de sus hijas. “Es su obligación como padre”, se decía a sí misma y a quien le preguntara por qué no trabajaba.

La verdad es que él se lo prohibió, como también le negó salir con sus amistades.

Cuando fui a visitarla trató de tapar su rostro, marcado por los golpes, pero no consiguió que lo ignorara. Sus ojos me dijeron que no saldría de ahí, y al mismo tiempo, gritaban pidiendo ayuda.

Amar(se) Mujer, igualdad

Silvestre Calvo (A Coruña)

Toda su vida escuchó que debía encontrar a alguien a quién amar, a quién servir, a quién escuchar. Lo que nunca nadie le dijo y aprendió con los años es que ese “alguien” era ella misma.

Amar su cuerpo, servir sus propios sueños y escuchar a su libertad.

Lo que nunca nadie le habló es de la igualdad.

Y, ahora, con 80 años, de lo que nunca nadie le había hablado por fin lo empieza a escuchar, por fin empieza a escuchar la palabra mujer.

Una mujer a las puertas

Jesús Jiménez Reinaldo (Madrid)

Al grito de libertad, igualdad, fraternidad, el pueblo se rebela en el cuadro de Delacroix. Sobre el campo de batalla los cuerpos de los caídos en combate sustentan los pasos de una mujer decidida, quien no teme al absolutismo de la muerte y que avanza segura hacia un destino mejor.

La libertad guiando al pueblo. Mis alumnos miran el cuadro con el aburrimiento en los ojos. Es un rollo mortal, dicen, venir a París y pasar obligados una mañana en el Louvre, con todo lo que espera en unas calles palpitantes de primavera.

Les explico. Me explico. Esta mujer que porta la bandera nos representa.

Cuando se levantó contra la tiranía, el esclavismo, la pobreza, la miseria..., doblegaban a nuestros antepasados. Si ahora podemos entrar libremente en un museo que antes fue una fortaleza e incluso aburrirnos dentro, se lo debemos a quienes nos abrieron estas puertas con sus anhelos.

Bajar la mirada

Alberto Palacios Santos (Salamanca)

En mi segundo año de bachillerato tenía una compañera, Lidia, que iba acompañada al instituto por una niñera vestida con uniforme negro rematado en una cofia.

Todos los días, se hacía un pasillo en medio del patio para observarlas. Lidia pasaba con la cabeza inclinada, dando pasos rápidos y obligando a caminar deprisa a la niñera que iba muy erguida.

El contraste entre las dos era tremendo, Lidia era una chica delgada y rubia, con un cuerpo aún sin curvas, mientras que su asistente era una mujer de veintitantos años bajita, pero llena de fuerza y carnalidad que sabía que el respeto y la igualdad se ganan en cada gesto.

Los chicos no paraban de burlarse y decirle obscenidades a la niñera que, cuando regresaba sola a la calle, encendía un cigarrillo y miraba a la cara a todos aquellos estúpidos quienes, avergonzados y en silencio, iban bajando la mirada.

La voz de las letras

Reisa (Bilbao)

Amina amaba la lectura y la escritura. Le gustaría compartir sus historias con otras personas, hacerlas pensar, sentir, soñar. Pero en su país eran actividades prohibidas para las mujeres. Su marido la reprimía por ello, siempre le echaba en cara que había tenido suficiente suerte por haber aprendido a leer y escribir.

Amina se sentía aislada, triste... como si no fuese dueña ni de su cuerpo ni su mente. Hasta que un día encontró una red clandestina de mujeres escritoras. Eran mujeres que se atrevían a desafiar las normas y a expresarse con libertad. Se comunicaban a través de cartas, blogs... Se apoyaban unas a otras y se daban ánimos.

Amina no dudó en unirse a su causa. Decidió que ella quería ser una mujer de letras. Que no iba a dejar que nadie le arrebatara su voz o su dignidad.

Y así empezó su lucha por la igualdad.

Homenaje

Nando Gulli (Argentina)

Camino plácidamente, relajando mi cuerpo después de trotar diez kilómetros por las calles de mi ciudad. La libertad es un sentimiento maravilloso. Y me pregunto, al aproximarme a mi destino: ¿quién hubiera pensado, hace unas décadas, que las palabras igualdad y mujer podrían sonar en la misma frase, en la misma oración o en el mismo contexto?

Llego a casa. Mientras me ducho para ir al trabajo, pienso en todo lo que padecí hasta que pude liberarme, hasta que dejé de estar bajo el yugo de un hombre machista. Ahora me siento feliz, ya que soy una mujer respetada y valorada por un hombre que me ama y que sabe cómo tratar a una mujer.

Por eso también pienso en todas aquellas mujeres que lucharon y que dejaron su vida para que pudiera tener la oportunidad de elegir. Y elegir correctamente mi destino es el mejor homenaje que puedo brindarles.

Luces y sombras

Domingo Padilla Romero (Jaén)

Como cada atardecer, me pongo a conversar con la silueta que dibuja mi cuerpo frente a una de las paredes de mi habitación. Realmente ella sí que sabe escucharme y es quien únicamente me ha comprendido hasta el momento. Paso bastante tiempo probándome ropa y zapatos delante de ella porque conoce perfectamente lo que me va a quedar bien. Desfilo, practico poses con cada modelo y tanto mi sombra como yo, disfrutamos de esa imagen de mujer que vemos.

Transcurrido un buen rato, recojo todas las prendas para guardarlas en el armario. Al abrir la puerta, aparece en el espejo alguien frente a mí. Es un torso masculino al que evito mirar fijamente y que con voz grave me pregunta: ¿Aún no te has dado cuenta de que no estamos en igualdad de condiciones?

Avanzando hacia la igualdad

EAM (Asturias)

Celia creció en una cultura que enseñaba que las mujeres debían ser sumisas y obedientes, que pertenecían a los hombres. Según fue creciendo, comenzó a cuestionar esas creencias y buscar respuestas.

Descubrió el feminismo; que luchaba por la igualdad de género y los derechos de las mujeres. Aprendió que su cuerpo era suyo, pudiendo decidir sobre él sin que nadie le impusiera su voluntad. Comenzó a vestirse y expresarse libremente, sin importar las expectativas de nadie.

Pero la lucha por la igualdad implicaba más. Las mujeres enfrentaban discriminación en muchos ámbitos, desde el trabajo hasta la política. Se involucró en grupos feministas, trabajando para cambiar las cosas. Marchó en manifestaciones y luchó por políticas que garantizaran la igualdad de oportunidades para las mujeres.

Finalmente, se sintió orgullosa de encontrar su voz como activista por la igualdad. Había mucho por hacer, pero trabajaría incansablemente por un mundo más justo para todas.

NN y el rescatista

Maximiliano Sacristán (Argentina)

Nomen Nescio es pobre y provinciana, y para mal de males habita un país “subdesarrollado”. Corrupción en la policía, en las autoridades, en los jueces. La putrefacción se huele en el aire. Igualdad acá es aún una utopía desterrada del diccionario.

La prostitución es un mal naturalizado en esta tierra feudal y machista. Ella es la “chirusita” del poblado, la mujer que con su cuerpo entretiene al señor “honorable” en sus aventurillas, aburrido como está de la vida monogámica.

NN es anónima pero joven. Todavía tiene fuerzas para confiar en que algún día escapará de la peor violencia de género, la de toda una comunidad hipócrita que mira para otro lado.

Alguien llegará para ayudarla a denunciar, a testimoniar, a clamar y reclamar. No un príncipe azul, sino alguien terrenal, íntegro, digno. Alguien que no especule con su suerte, sino que solamente quiera justicia. A esta esperanza ella se aferra.

Cada Mujer

Amanda Hernández López (Cáceres)

Cada mujer es una pieza pequeña de un puzle, que al armarse forman la obra de arte más linda del mundo. Cada una al sentirse bella, sin importar la forma de su cuerpo, es capaz de librar no una batalla, sino toda la guerra. Al sentirse en igualdad con un hombre siente que tiene la fuerza de derribar hasta la muralla China. Por eso ámala, dale confianza. No la golpees. Cada mujer es una oportunidad que tienes para aprender. Déjala volar y verás que lo que un día dijiste que no podía, lo hace con éxito y sin miedo. Cada mujer puede crearse su propia historia de Romeo y Julieta sin tener un Shakespeare, si te elige no lo arruines porque si quiere también puede hacer una nueva versión. Donde por primera vez el mundo vea como Julieta tuvo un final feliz sin Romeo y sin tener que morir.

Sustantivo propio

Maite López Gómez (Madrid)

Su existencia se había limitado siempre al sustantivo común. Primero como elemento infantil, incluso cuando ya fue mayor de edad. “¿Dónde está la niña?”. Una vez fuera de casa, sin embargo, la cosa no mejoró. Ella era siempre “la mujer”. Sólo “la mujer”. “Cosas de esta mujer”; “Ya está la mujer con sus tonterías”. No tenía nombre, quizás no lo recordaba. Había nacido como sujeto sin nombre propio, en igualdad de condiciones con la cotidianidad de los objetos. Acaso fuera solo un objeto y por eso tenía cuerpo, material, censurable, tangible. Pero nadie percibía su miedo, quizá invisible, como su nombre.

La fuerza femenina.

Brayan Estiven Ospina Álvarez (Colombia)

La mujer feminista ha sido una fuerza clave en la lucha por la igualdad de género y la justicia social en todo el mundo. A lo largo de la historia, las mujeres han tenido que luchar para obtener derechos básicos como el derecho al voto, la igualdad de salario, y la libertad de tomar decisiones sobre sus propios cuerpos. Su importancia radica en su capacidad para identificar y desafiar las desigualdades de género y las estructuras patriarcales que perpetúan la opresión de las mujeres. Siempre han luchado por la igualdad de oportunidades y derechos para todas las personas, independientemente de su género. Esto incluye luchar contra la discriminación de género en el lugar de trabajo, el acoso sexual y la violencia de género. Por eso es esencial continuar apoyando y valorando el trabajo de las mujeres feministas para construir un mundo más igualitario.

La luna llena

Macarena Iglesias Gualati (Madrid)

Cada luna llena las invocaba en torno al fuego. El huerto escondido, un oasis en medio del cemento, era el punto de encuentro de aquellas mujeres desconocidas de todos los rincones del planeta. La mayoría llegaba cansada, cargando una mochila, la mayoría de las veces ajena. Habían esperado todo el ciclo, con paciencia y deseo, el momento de soltar la carga al fuego. Se acompañaban en silencio, muchas veces sin siquiera saber sus nombres. Juntas, en un ritual casi instintivo, entregaban esa energía obsoleta a la lumbre, la regaban con lágrimas, la alimentaban con sabiduría, la transformaban en tierra fértil y le pedían encontrarse en la próxima luna un poco menos cargadas, un poco más iguales. Mientras tanto allí estaban, sin necesidad de pedirlo, poniendo el cuerpo, la una para la otra.

Introducción al derecho, perdón, al revés

Esteban Roldán (Colombia)

Lo quieras o no, Susana, yo tengo derecho. La ley está de mi parte y también de la tuya, no creas. Tú, por ser mujer, cargas con el peso de un embarazo por nueve meses en tu cuerpo, sí. Pero yo debo pagarte por el alquiler del vientre a precios de mercado. Eso es igualdad. Luego me entregas el bebé y te desentiendes.

Sé que no quieres hijos, pero yo sí. Entonces, según dijo el funcionario, al no ponernos de acuerdo el embarazo debe llevarse a feliz término. El bebé se queda con quien quiera traerlo al mundo, es decir, conmigo. Tu estarías libre de responsabilidad. No deberás responder ni siquiera emocionalmente por la criatura.

¿O acaso si fueras tú la que quisiera tener el bebé, no tendrías que pagarme por la fecundación efectiva y el suministro del esperma, aunque haya sido en una borrachera de los dos?

Galimatías

Árcena (Álava)

Tu día a día es un crucigrama que completas con desgana, un laberinto de soluciones incorrectas a las definiciones dadas. Horizontales: indiferencia, grosería, última, abandono, límites, desidia, autoritarismo... Un galimatías con que se construye, en vertical, un desabrido igual da. Igual da, da igual... ¡Y qué! Te acostumbras a descansar tu cuerpo de mujer en un rinconcito oscuro y malvives ahí tan ricamente. ¡Para qué romperse la cabeza con enigmas insolubles!

Pero, tal vez, una buena mañana, un comentario denigrante o una actitud prepotente te espoleen, desemboten tu entendimiento y te traigan a la mente los términos adecuados para el crucigrama. ¡Vamos! Tacha esas palabras derrotistas y rellena de nuevo las casillas. Horizontales: independencia, gallardía, única, afirmarse, libre, dignidad, autonomía y —la que faltaba— decisión. Y ahora, con esa recién estrenada decisión, acepta el reto y atrévete a luchar por aquello que te propone la vertical: igualdad.

Sólo para el sexo

J.A.S. (Guadalajara)

Quizás la culpa (“responsabilidad”) es mía, que siempre me abro en canal. Quizás mi madre (esa mujer tan machista) lleve, en el fondo, razón; y los hombres no quieren, o no saben, o no pueden expresar nunca sus pensamientos, sentimientos, emociones... (mi madre no cree en la igualdad).

O quizás no quieren.

Para no sentirse vulnerables.

“Menos hombres”.

O para tener siempre un as bajo la manga que poder usar. Eso está claro, y hasta ellos saben que nosotras lo sabemos.

Pero les da igual. No empatizan. Les da igual el dolor ajeno, sobre todo el femenino. Y nosotras llorando meses, y ellos tan contentos tras unos días. ¿Es un papel? ¿Lo sienten en realidad por dentro? Sólo ellos lo saben. Pero nunca nos lo van a contar.

¡No van a perder su hombría!

Nunca desnudan su alma ante nadie.

Sólo su cuerpo para el sexo.

La horma de su zapato

Max Slaughter (Toledo)

En el recién llegado se confió a su compañero de celda:

- Sólo me han caído tres años, y eso que soy reincidente. Pero te juro que no vuelvo a pisar la cárcel en mi vida.

- ¿Qué hiciste, si se puede saber?

- Darle a mi mujer lo que se merecía, aunque no fue bastante. En cuanto salga, me cargo a los críos delante de ella y luego la reviento a palos y me deshago del cuerpo. Después me suicido.

- Y, ¿por qué no te suicidas primero y luego Dios dirá? Mi padre mató a mi madre en una borrachera. Yo estoy a favor de la igualdad y no me gustan los maltratadores. Pero tengo tres años por delante para hacerte cambiar de opinión.

Esa madre

María Paz Plaza Santamaría (Segovia)

Eran otros tiempos, Matilde tuvo nada más y menos que nueve embarazos, de los cuales, por suerte para ella, según refería, solo vivieron seis..., más que suficiente y aún le sobraban. En esa casa no había recursos suficientes para tener una vida holgada, cada hijo era una carga, allí no venían con un pan bajo el brazo.

Una de sus hijas le preguntó que porqué había tenido tantos hijos, si a ella no le gustaban tanto los niños...

No se podía hacer otra cosa, el cuerpo de mujer era únicamente para uso y disfrute del varón, no había otra, venga a llenarme de retoños, sin sentido, sin desearlo, sin placer, con mucho dolor, con obligación.

No había entonces igualdad entre hombres y mujeres, más bien había dominación, superioridad y fuerza; así se sintió esa madre durante gran parte de su vida, sometida a los instintos de marido.

La mar de feliz

Elena Esparza Alonso (La Rioja)

La ría se fue abriendo sinuosa a aquel mar de oscuras aguas. Le resultó muy frío, pero estaba lo bastante calmado como para querer compartir con aquel desconocido sus más profundos secretos. Ella, que se había precipitado salvaje montaña abajo, se veía ahora empujada hacia un callejón sin salida, el mismo en el que estaría una mujer casada por conveniencia.

De pronto, el mar comenzó a agitarse como le gustaba hacer y así la ría probó lo salado que era él, semejante al sabor de un cuerpo empapado en sudor. El mar se revolvió tanto que ella terminó mareada.

Aun así, cuando ya se creía atrapada en aquel abismo, logró liberarse. Tomando un desvío fue a parar a una laguna de aguas cristalinas que tenía la igualdad por bandera a la hora de mezclarse con ella. Allí sigue la mar de feliz, ajena a las resacas que una vez intuyó.

El juego termina cuando aparecen todas

Carli B. García (Argentina)

Una madre y su hija juegan a la escondida.

-Mami, yo cuento y vos te escondes.

A la cuenta de uno: ¡Te ves buscona con esa ropa, mujer!

A la cuenta de dos: Con tus amigas hoy no.

A la cuenta de tres: Ese cuerpo es mío. ¿Qué te crees?

A la cuenta de cuatro: Si quieres igualdad, vení y mamamela

A la cuenta de cinco: De acá no salís si no es conmigo

A la cuenta de seis: ¿Qué? ¿No lo ves? ¡Me perteneces!

A la cuenta de siete: Mía o muerte

A la cuenta de ocho: Mía o te destrozo

A la cuenta de nueve: Tarde, ya la eliminé

A la cuenta de diez:

-Mami, ¿ya podés salir de una vez?

La flor y la bruja

Lucinda Lace (Venezuela)

La mujer ha sido equiparada a las flores, pero nunca ha sido tratada como tal. Por siglos se ha luchado por la igualdad de derechos y participación. También han luchado para no solo ser valorada por su cuerpo o un rostro hermoso. Es conocida como el sexo débil, pero con la contradicción que soporta un dolor de parto semejante a romper veinte huesos a la vez. El tiempo ha demostrado lo contrario, ya que la historia está escribiendo la historia de nuevas líderes que han dejado su huella imborrable, que a través del tiempo dará un cambio a maneras de pensar arcaicas y obsoletas.

Las mujeres son una especie mágica que transforma lo que reciben en chispas exotéricas con una varita mágica cubierta con halo de amor. Son llamadas brujas, es que realmente lo son, al enamorar, procrear, hechizar su maravilloso hogar y sobre todo luchar inteligentemente por lo que quiere.

Palabras

Joimar Coromoto Rivero Meza (Colombia)

Tenía trece años cuando me llamaron puta, simplemente por besarme con un chico. Cuando mi cuerpo cambió, regresó esa palabra, acompañada de más frases para humillarme, pero ahora provenían de la boca de mi pareja, quien me veía como un ser inferior. Corrí para alejarme de ese hombre e intentar disfrutar de mi autonomía, pero mi mente se llenó de inseguridad y empecé a cuestionarme si de verdad todas esas palabras denigrantes con las que me describió, ahora eran mi realidad. Al tener heridas del pasado abiertas y sin saber qué hacer, empecé a refugiarme en la lectura, encontrando el consuelo que necesitaba, con historias de mujeres que no hacían más que buscar igualdad, como yo. Todavía siguen esas palabras en mi cabeza, pero decidí darles otros significados, a pesar de que alguna vez fueron utilizadas para hacerme sentirme menos por elegir cómo vivir, siendo mujer.

Un harén muy particular

Sylvia Camelo-Calliger (Francia)

Somos unas mujeres grandes, muy grandes. Como ya no cabemos en nuestra ciudad, cogimos un barco, un barco muy grande. Los vientos Alisios soplaron tan fuerte que nuestros cuerpos naufragaron y desembarcaron en una isla lejana, muy lejana. Cuando nos despertamos, estábamos atadas de pies a cabeza y unos seres pequeños, muy pequeños, caminaban sobre nosotras. Gritaban: “Estas gigantes son hermosas, muy hermosas: ¡deben convertirse en nuestras esposas!» Así que nos casamos en igualdad de condiciones: cada una de nosotras con cincuenta hombres diminutos. Y hoy nos sentimos felices, cuando hacemos el amor, de poder elegir entre todos esos pequeños hombres, esos muy pequeños hombres.

Dos en uno

Elena Navarro Asensio (Zaragoza)

¿Sabéis cómo se hacen los niños? Dos personas que se quieren mucho piensan a la vez en tener uno...y ya está, así de fácil. Pero mi mamá es una mujer tan excepcional que un día en el que las ansias de verme le podían lo pensó ella sola, sin nadie más, y fue suficiente para que yo naciera, ¡vaya suerte para mí! Pero, a pesar de esa suerte, me cuenta que todavía hay gente a la que no le gusta que hiciera eso, y que critican su particular manera de entender y expresar la igualdad para todo el mundo, a lo que ella les contesta que, en realidad, lo ha hecho por mí, para que yo, en un futuro, tenga libertad para elegir ser tan excepcional y valiente como ella y otras muchas mujeres que, con un solo cuerpo, consiguen lo que los demás hacen con dos.

Mi cuerpo roto

Marta García Marcos (La Rioja)

El calor de los primeros rayos de sol y el susurro del viento en mi pelo, me despertaron de aquélla pesadilla. Mi cuerpo echo un ovillo para paliar el dolor y las manchas en las blancas sábanas, eran los testigos de la noche anterior. Cogí impulso para levantarme, me di una ducha y me dirigí al consultorio médico andando. Me exploraron, pero no pude convencerles de lo que pasó, ni siquiera me escucharon. La igualdad no existía.

Ser mujer en mi aldea y estar casada, significaba que el sometimiento por parte de él, estaba dentro del matrimonio concertado que sellaron mis padres a cambio de nada.

Una niña de dieciséis años, a la fuerza convertida en mujer. Un mal sueño del que quería huir y así lo hice. Me marché, caminé durante días y pude llegar a un centro de acogida. Todavía me buscan, pero me siento libre.

Semen

Amador Naya Jordán (Valencia)

Semen, igual, el creador o lo que sea, no calibró bien en el lío que se metió. Con lo sencillo que hubiera sido hacernos autónomas, poder prescindir de él, o mejor aún dotar a los hombres un útero y unos ovarios que permitieran la igualdad. Que el embarazo pudiera sortearse echando una moneda al aire, pero no, sea lo que fuera quien nos creó, el cosmos, supongo, se portó mal. Los dioses suscitados por todas las religiones consideran a las mujeres como seres inferiores, menudo teatro han montado para reducirnos. No obstante, si eso tuviese lugar, se buscarían nuevas excusas, nuevos miedos para hacer que todo recayera sobre la mujer, para dañar nuestros cuerpos llenándolos de semen, cada vez más pobre, cada vez más innecesario, cada vez más fácil de conseguir. No depender de él nos hace ser más libres.

Carta anónima encontrada en un puente

Jorge Hervías Martínez (La Rioja)

Querida Cloe:

Anoche nos despedimos en la plaza. Giré hacia mi calle y me encontré con ella. No entendía por qué, pero estaba realmente agresiva. Me reprochó que la hubiera bloqueado en todas mis redes sociales. Me quiere mucho, sé que sí, pero estaba muy enfadada. Aunque dejamos de salir hace algunos meses, todavía me quiere, mucho, sí, lo sé. Creo que no había necesidad de que sacara de su bolso una navaja para hacerme cortes por el cuerpo. Marta, no te preocupes si lees eso, sé que soy su mujer y me quiere. Siempre he sido así, como una presa que vive enamorada de los barrotes de su cárcel. He vivido recluida en la misma jaula que he estado forjando desde cría. La igualdad ante la ley es menos importante que ante el amor. Encerrarse en una misma no es la solución, amiga. Sí, tú siempre me has entendido.

Siempre Emmeline

Libre Enheduanna (Navarra)

Mi cuerpo suspendido observa a la mujer que orgullosa se prepara para subir a la aeronave espacial. La valiente tripulante partirá, con sus compañeros, para explorar la luna. Inspirará a millones de mujeres que creerán en lo posible, en la igualdad más allá de los juegos con sus muñecas, cuando imaginaban aventuras en el espacio exterior. Sonrío satisfecha porque sé que nuestra lucha tuvo sentido. Debo ir veloz a contárselo a las otras sufragistas. Y libre desaparezco atravesando la pared de la habitación.

Inequidades

Karla Gabriela Barajas Ramos (México)

“La comunidad contaba con una escuela donde daba clases, centro de salud sin personal y transporte matutino. Era cuestión de esperar al amanecer. El estómago se me endureció esa noche. Faltaba una semana para mi incapacidad. Mis padres también fueron maestros, tuvieron seis hijos, me enseñaron que teníamos igualdad en derechos y obligaciones, a no faltar al trabajo por cólicos, vómito en el embarazo o si un hijo se enferma. De mañana, tomé el transporte a la ciudad, fui a urgencias, me indujeron al parto. Él no lloró, yo lo hice. ¡Estaba formadito! El ataúd fue la cuna eterna donde deposité su cuerpo. Regresé al trabajo, una semana después.

“Puedes laborar, no es embarazo de alto riesgo, pero las horas en carretera y caminar hasta la escuela aceleran el parto, decide si tu bebé o el trabajo”, dijo la directora cuando entregué mi incapacidad.

La nota

Ivonne González Marquetti (Alemania)

El espejo le contaba una historia que en ocasiones le costaba aceptar. Su bello cuerpo de mujer había comenzado a esfumarse hacía poco más de veinte años y al cabo de este tiempo, además del desgaste natural, exhibía dos cicatrices. Contrario a lo que alguien pensaría, aquella que tenía bajo su vientre la llenaba de orgullo y, al acariciarla, evocaba el más valioso y feliz de sus recuerdos. Por la segunda cicatriz, no conseguía evitar tener sentimientos encontrados. La hallaba culpable de la pérdida de la igualdad de sus mamas y, a su entender, de parte de su belleza. Pero, como la otra, esta siempre le recordaba algo que le devolvía toda su fuerza y vitalidad. Y era ese momento cuando, al despertar tras la cirugía, encontró una nota de su hija colocada sobre la venda que cubría su pecho mutilado: “Eres una guerrera por eso te amo tanto”.

Primer y último día

Alfonso José Prado Rey (Tarragona)

Cuando la mujer entró en la sala de juntas, los hombres -reunidos alrededor de la mesa- la recorrieron de arriba abajo con sus miradas, hablando entre ellos en tono “jocoso”.

-Parece que ha llegado la primavera- dijo uno apuntándola con la estilográfica.

-¡Madre mía! Cuánta belleza en un solo cuerpo- dijo otro llevándose la mano a la entrepierna automáticamente.

-¿Me traes un café, chata? Es que quiero ver cómo te contoneas al marchar- apostilló un tercero entornado lascivamente los ojos.

Dejando el maletín sobre la mesa, ella –recorriendo con la mirada cada una de las caras de los allí presentes- contestó:

-Señores, en igualdad de condiciones les hubiera puesto una queja formal en Recursos Humanos. Ahora bien, dado que soy la nueva Directora de esta empresa, tan solo les diré que pueden ir recogiendo sus cosas: están todos despedidos.

Realidades

Diana Rodríguez Etchegoyen (A Coruña)

Aún recuerdo la primera vez que me tocaron el cuerpo sin mi consentimiento. Yo, dormida, bebida, sus dedos en mi interior. Recuerdo despertarme y ver su cara de satisfacción, mientras a mí me paralizaba algo, miedo, tal vez. Me atenazaba y no me dejaba moverme ni reaccionar, lo único que pude hacer fue, precisamente, dejarme hacer esperando a que terminase aquel episodio. Esperando que algún gemido por mi parte le hiciera irse, entender que todo había acabado, como esos que acostumbraba a ver en las películas, supuse entonces que debía comportarme así. Mi cerebro no entendía lo que estaba sucediendo. Después de aquello todos se burlaron de mí, y entendí que la forma de relacionarse de los hombres y las mujeres no es igual, no hay igualdad. Nosotras, unas guarras, unas putas. Ellos una corona, unos campeones. Entonces entendí la realidad de lo que implica, a veces, ser mujer.

Salida de emergencia

Anitzka (Bilbao)

Estaba acostumbrada a mirarse al espejo, pero ese día observó su cuerpo con atención. Suspiró al ver reflejada al fondo de la habitación una cinta métrica, la balanza y su uniforme de tripulante de cabina: una apretada falda de talla única y aquellos incómodos tacones rojos.

Intentó recordar el momento en el que pasó de ser una mujer con identidad única a una muñeca más de la aerolínea. Recordó entonces las palabras de su abuela, que luchó siempre contra prejuicios, desprecios y zancadillas por ser la primera profesora de gimnasia de la ciudad: “No creas que hay igualdad porque todos tenéis uniforme, cariño. Los hombres no terminan la jornada con juanetes y marcas en la cintura”.

Sintió por primera vez que debía continuar con la causa que su abuela defendió. Decidió heredar su fuerza y buscar un lugar en el que su valor dependiese de su riqueza interior.

CRISPR-IZA

Ángeles Amparo Josefa López Sánchez (Asturias)

Me crearon mujer (sin cuerpo que lastrase) con derechos legales y personalidad jurídica, alimentada por una potente interfaz cerebro/ordenador: ese cerebro frío, lógico y racional (al que una humana actual llamaría insensible, sin reparar en que las decisiones deben tomarse sin influencias) se creó con un definible y loable propósito: proporcionar digna igualdad a las mujeres mayores, pobres, de vida indigna, supervivientes de anteriores espantosas épocas: descansarían, por nosotras sustituidas.

Y a todas las CRISPR-IZA replicantes nos parecía una consoladora idea: después de pensiones miserables, un merecido descanso en un entorno plácido y sereno y aunque no tenemos sentimientos, sí podría calificarse de “gozo” lo que experimentamos.

Hasta que las descubrimos hacinadas, arrumbadas, amontonadas... escondidas.

2.045 y no hemos avanzado nada, no hicieron más que esconder la miseria ante posibles investigaciones y mostrarnos como señuelo de triunfo...

Descubrimos el dolor: vamos todas conscientemente a desconectarnos.

Caricias al alma

Lidia Merino Rubio (Barcelona)

Estaba yo, sola, tumbada en la cama. Mis manos fluían acariciándome el cuerpo, y el alma. Hacían que sintiera como una bola de fuego que se iba haciendo cada vez más grande. Notaba como iba subiendo mi frecuencia cardíaca mientras mi respiración se aceleraba paulatinamente. Mis preocupaciones, que tan impregnadas parecían estar en mi mente, se esfumaron sin darme cuenta. En ese momento cerré los ojos y no pude evitar romper el silencio con mi voz, que cada vez se volvía más intensa de placer. No podía parar. Hasta que por fin, esa bola de calor inmensa estalló y se expandió haciendo vibrar todo mi cuerpo. En aquel preciso instante me di cuenta de que si todas las mujeres tuviéramos la oportunidad experimentar libremente estas caricias al alma en nuestras cuevas, querría decir que estaríamos alcanzando la igualdad.

La Igualdad

Eva M. Vélez Naranjo (Bilbao)

Aquella mañana la mujer abrió los ojos, y por primera vez en su vida después de veinte años de terapia, sintió la Igualdad instalada en su propio cuerpo. Y desde entonces, paradójicamente, nunca volvió a mirar igual al resto de los géneros.

La buena nueva

Natalia De Abreu Ventoso (Málaga)

Mi discurso me acompaña a medida que mi cuerpo va cambiando. Durante estos meses no hay mañana que no coincida mi despertar con nuestra conversación, en voz alta, para que resuene, para que te llegue y me deleite: «eres un ser libre, que nadie te convenza de lo contrario», «la igualdad es algo a lo que tienes acceso desde que naces, no lo olvides», «ser mujer es una vivencia única, aprovecha cada instante, disfruta y decide tu destino».

En plena efervescencia hormonal no dejo que me invada el cansancio ni el pesimismo; me siento dichosa y afortunada por la buena nueva. Me acepto y me dejo querer en esta etapa de la vida.

Según los astrólogos será Piscis. Según la ginecóloga salgo de cuentas a principios de marzo.

Cruzo los dedos para que sea el ocho.

“Por mí primera... y por todas mis compañeras”

Tomás Núñez Arenas (Madrid)

Mira tía.

A mí eso del feminismo, la igualdad y lo del empoderamiento de la mujer no lo tengo claro. Y lo de la brecha de género; yo la única que conozco es la que dejó en mi cuerpo aquel desgraciado que tuve como pareja durante unos meses, cuando le dije que quería romper nuestra relación.

Le denuncié y me defendió una tía muy maja; una abogada feminista que, la verdad, vale mucho.

También me echó un cable en mi trabajo de cajera en el supermercado; ya ves, me querían despedir porque pedí conciliar para cuidar de mi madre que estaba enferma.

Ah, bueno, y en aquella ocasión en la que unos cerdos intentaron propasarse conmigo.

Me ha pedido que no falte el día ocho a la manifestación.

Voy a ir porque es una buena tía. Porque ya te digo; a mí eso del feminismo...

Deseo

Nadie (Madrid)

Mi hija me contó que un hada le había ofrecido un deseo en el parque.

Pidió ser exploradora y ella contestó que podría convertirla en princesa o enchufarla para unas oposiciones, pero explorar era cosa de chicos, más brutos y con más cuerpo para ello.

Esa misma tarde fui al parque y cuando apareció una mujer con alas salí del coche y le recriminé lo sucedido.

Reconoció que el origen de la falta de igualdad estaba en los cuentos de hadas, pero ellas no los escribían, se limitaban a conceder los deseos. Pese a ello, quizá pudiese hacer algo.

Y vaya si lo hizo.

Me cambió la varita por las llaves del Audi y se largó quemando ruedas.

Desde entonces me dedico a conceder deseos, ella dirige mi concesionario y mi hija ha conseguido una beca en la escuela de exploradoras armadas hasta los dientes y caladas hasta los huesos.

Excavadora

Alguien (Madrid)

Nació en Bangkok y fue moderadamente feliz hasta el día en que dejó de ser niña y comenzó a entrar en las miradas de los hombres con los pasos sin huellas de las apariciones.

Después se escuchó un gemido y los hombres entraron en su cuerpo como una excavadora.

Dos años más tarde apareció muerta en una habitación de un prostíbulo de Pattaya. Al diseccionarla encontraron restos de una mujer endurecida y de otra humillada en idéntica proporción de igualdad. Las dos estaban rotas.

No existen las flores completamente negras, pero la mujer humillada era de un color púrpura tan intenso que hizo pensar al forense que acababa de cerrar los ojos.

Juzgados de familia

Herminia Dionis Piquero (Huesca)

Señora secretaria, comprendo que la sinrazón y lo poco ecuánime de una huelga salvaje en parvulitos, sin garantizar a la mujer un mínimo de asistencia del profesorado, la han dejado a usted y a su criatura en una situación muy complicada, pero ha de entender que el archivo de lo Penal no es el lugar más apropiado para encontrar el cuerpo de un niño que apenas habla, tomando un yogur.

—Tiene razón, Señoría, pero ha sido por fuerza mayor y sólo en esta única ocasión. De hecho, si nos ponemos estrictos con el cumplimiento del espíritu de la ley, quizás tenga que recordarle que su anciana madre lleva treinta años trayéndole a la Sala todos los mediodías su termo de gazpacho con el que se aclara la voz y, que yo sepa, ni siquiera es usted titular de un Juzgado de Familia o lleva casos de Igualdad.

La fe de la sargento Ibáñez

Emilio Gutiérrez Garrote (Madrid)

Aún recuerdo cómo la sargento Ibáñez descubrió al asesino y evitó que huyera; pero lo que más me sorprendió fue que el comandante del puesto, que no aceptaba bien la igualdad, diera por cerrado el caso sin decir nada de su poco ortodoxa manera de hacerlo.

El cuerpo de la mujer había aparecido en las lindes del pueblo, en la zona del hayedo. Mostraba claros signos de haber sido asesinada; pues, aunque sin heridas defensivas, el golpe que le causó la muerte era indudable obra humana.

Fue esa mañana del domingo, cuando Ibáñez, harta de que no descubriéramos nada, se subió al púlpito en plena misa y, en connivencia con el párroco, apeló al sentido cristiano del causante. Nadie de los que estábamos allí nos lo podíamos creer, pero de la última fila se levantó Jacinto, el pastor y, después de balbucear palabras inaudibles, rompió a llorar y salió corriendo.

Valientes pioneras

Sandra Arnedo Cazaña (La Rioja)

Entró en el juzgado. La sala imponía. A pesar de que la abogada le había preparado para ese momento, estaba muy nerviosa y se sintió insignificante y culpable.

¿Culpable por qué? Pensaba para sí misma.

Sabía que era una mujer fuerte, pero le entró miedo. Se jugaba mucho y no era el momento de mostrar debilidad. Se dio ánimos y avanzó cruzando la sala.

Se encontró rodeada de personas desconocidas las cuales la escrutaban con la mirada, arrancándole la piel del cuerpo, quemándola en la hoguera. Entre tanto prejuicio divisó una mirada de apoyo, suficiente para impulsarla a continuar.

No iba a consentir que él se saliera con la suya. La justicia debía de existir e inclinarse de una vez hacia la igualdad. Iba a ser la primera, pero abriría el camino a muchas otras.

Así empezó el primer juicio sobre acoso laboral a una mujer en España.

Sin ataduras

Sheila Mares (La Rioja)

“Crédula”. “Necia”. Siento tus garras destrozando mi piel. Me dices que soy tu mujer, pero solo utilizas mi cuerpo. Ha llegado el momento. Luchar por la igualdad para mí no es suficiente. Me ha quedado claro, que no hubiera llegado donde estoy escuchándote. Ha despertado mi espíritu guerrero y no tengo miedo a enfrentarme a los problemas, sé que venceré. Nunca he tenido tu apoyo, así que no notaré la diferencia. “Egoísta” no. Sensata, precavida sí. He aprendido que contigo solo se puede vivir bajo tu sombra.

—Siguiente caso. Raquel González contra Alberto Fernández.

No volverás a tocarme.

Igualdad

Sandra Soler (Argentina)

Salió de la oscuridad gentil con ojos sin miedos. Vio la luz encenderse de un rosa pálido y sintió el cosquilleo. Supo luego que su padre corrió a inscribirla y tildó en mujer su destino innombrable. Su cuerpo comenzó a rebelarse celularmente. Algo dentro no coincidía con tanta imposición cuando aún ni siquiera tenía equilibrio químico. Entonces abrió la boca y lloró. Nadie entendió el por qué realmente. Solo años después de dar mucha pelea como en el canal primero pudo elegir color y nombre verdaderos.

Renacer.

Allí al fin, respiró.

Despertador

María Lourdes Zabalza Gracia (México)

—Te dije que pusieras el reloj despertador, ¡ya perdí el vuelo por tu culpa!, subnormal de mierda. ¡Con qué mujer me casé, no sirves ni para eso!

—No me lo pediste, yo no tengo la culpa, ¡ya no me pegues!

—Por mí comes, estúpida, ¿qué haces tú en todo el día?: nada, eres solo cuerpo, carne.

—Papá, por favor, déjala, la vas a matar, suplicaban sus hijas mientras trataban de salvar a su madre.

—¿Y saben por qué le pego delante de ustedes?, para que estudien y no tengan que aguantar a ningún cabrón como yo, ahora que se puso de moda la igualdad y el feminismo.

El consomé del tirano

Pedro Carlos Pérez Alonso (Zamora)

Su marido era cargante y se había convertido en un insolente tirano. Jamás perdía la ocasión de avergonzar a su mujer; sobre todo, si había público cerca, preferentemente amigos. En ese caso les mostraba que la igualdad entre ellos era inexistente, y el dinero que proporcionaba su alto nivel de vida era únicamente cosa suya. Esa permanente labor la quebrantó completamente, convirtiéndola en su prisionera emocional. Su cuerpo se rompía lentamente ante su imperturbable indiferencia. Todo fue a peor después del primer infarto. Entonces desarrolló una nueva obsesión, no era otra que saber dónde estaba ella en cada momento, encargada del minucioso horario de la medicación. La llamó aterrorizado apenas con un hilo de voz, —¡rápido, la nitroglicerina que me está dando otro! Ella lo miró con ternura y mientras se marchaba cerrando la puerta, le dijo —¡qué dices tonto, pastillas...! Tú lo que necesitas es un caldito de jamón.

El ascenso

Nuria Mera Chouzas (Cádiz)

Un mes desde su reincorporación, un cartel encima de su silla: “igualdad”, una sala de lactancia en su planta. Todo bien, salvo por la martirizante falta de sueño.

“Ven a mi despacho” dijo su jefe 5 minutos antes. “Debo señalar a alguien para ocupar el lugar de Eduardo ya...” y Anabel sintió que la ilusión se abría paso entre el cansancio y las incomodidades de un cuerpo de mujer dado de sí. “...Pero has estado fuera seis meses y te está costando volver” y la ilusión volvió al fondo de su mar de emociones. “No puedes aún con lo de siempre, no puedo cargarte con más”. Tenía lógica y una parte de Anabel lo agradeció: la que se equivocaba a diario, la que sentía que no podía más. La parte que quería aquel ascenso se quedó callada, asintiendo. Volvió a su sitio y aquel cartel ya no significaba lo mismo.

Una invención prodigiosa

Mónica Madrigal Beckford (Gerona)

Las científicas del grupo de investigación FemTech llevaban años intentando dar solución a uno de los mayores problemas de nuestra sociedad, de hecho, se habían entregado en cuerpo y alma. ¡Por fin estaba acabado! Había llegado el gran día, y el grupo, compuesto únicamente de las mujeres más imparables del país, no podía contener la emoción.

Después de escuchar las propuestas de cientos de hombres en el Congreso de Innovación Social, salieron al escenario, ¡era su momento! Presentaron el “Feminizador 1.0”.

Se trataba de un curioso aparato en forma de proyectil, capaz de detectar cualquier acto misógino y transformarlo, al instante, en la más radical de las acciones feministas.

El invento estaba acabado, el “Feminizador 1.0” estaba listo y no cometía el más mínimo de los errores en su trabajo. Las condiciones eran las óptimas para transformarlo todo, pero ¿estaría la sociedad preparada para alcanzar la total igualdad?

Camarada Pegasina

Antonio Sánchez Puig (Alicante)

Su nombre era Benita Sánchez, pero sus camaradas la conocían como “Pegasina”, ya que era la única mujer que trabajaba entonces en la fábrica de “La Pegaso”. Su actividad consecuente en la defensa de la justicia y la igualdad la hicieron una dirigente auténtica y excepcional entre sus compañeros.

Corrían los años 70, el dictador agonizaba y las esperanzas de traer la democracia a España eran cada vez más fuertes. Dada la situación, el Partido requería de un local en Madrid para desarrollar sus actividades, sin embargo, el riesgo era enorme. Pegasina, dotada de esas cualidades singulares que solo se pueden forjar al calor de la práctica revolucionaria, se ofreció para conseguir dicho local. Sabía que si le pasaba algo miles de compañeros responderían por ella, y el régimen era consciente de esta situación.

Benita falleció cincuenta años después. Su cuerpo descansa levemente bajo la tierra por la que luchó.

La Mujer de ayer, de hoy y de siempre

Sonia Miranda Ferrer (Madrid)

Mujer, en latín mulier, que significa blandengue. Definición que, con el paso del tiempo, la valentía y coraje que de la mujer procede, ha hecho que desde tiempos inmemoriales se reconozca su innato empeño en avanzar, crecer y lograr un lugar imprescindible en la sociedad. Por su cuerpo exclusivo y adecuado para la creación de la vida, por su capacidad de resiliencia, otrora, ahora y por tiempo sin fin, continuará allanando el camino a generaciones futuras con respeto y sin confrontación, para la igualdad en algunas cosas entre hombres y mujeres, pues no es necesario estar por encima del hombre, porque cada persona es única y especial desplegando sus saberes y haceres que les son propios. Construyamos igualdad en la toma de decisión y libre pensamiento.

La mujer, mujer es y el hombre, hombre es.

Intimidad

Sara Coca (Sevilla)

A ella le gusta desnudarse sin testigos. Nunca ha contemplado su cuerpo de mujer en ningún espejo. Desconoce el tamaño exacto de sus formas más allá de lo que la vista le permite. Prefiere conservar el misterio. La sorpresa de descubrirse a diario. La ilusión de reinventarse cada vez que llega a casa, cuando los focos se han apagado y se respira un instante de igualdad. Su momento de inocencia perdida antes de rodar la siguiente escena sobre dormitorios que nunca son el suyo.

Orgullo de mujer

Jesús María Pérez García (Álava)

La noche desprende un penetrante olor a invierno con el viento en contra.

Le asalta inclemente el recuerdo del último paseo con él, código de sonoras hojas secas.

Todo sucedió inesperadamente. Unos celos infundados de su amado desataron en ella una justificada irritación reafirmando a dentelladas su orgullo de mujer. El silencio forzado no cupo en su diccionario. Una rebeldía de autoestima e igualdad le impulsó a defender su dignidad, impidiéndole asumir que la culpa siempre fuera suya.

Azuzando en su bolso, descubre un papel.

Reconoce las disímiles letras.

“Mi interior emite bocanadas de amor disfrazados de aguaceros de disculpas. No es llama de paja trigel. Es fulgor de un volcán incandescente”.

Su cuerpo centellea.

Un sutil sonido desenmascara unos pasos acercándose.

Sus ojos rasgan la piel del cielo reclamando una brizna de esperanza, fundiendo dos siluetas que sangran de deseo.

Fue solamente un instante.

Un abrazo. La vida.

Cuando todos duermen

Nieves Pérez Moreno (Madrid)

En las tardes de verano cuando las ondas de aire caliente bailaban sobre el asfalto, todos en casa se echaban la siesta.

Mis hermanos y yo nos escapábamos por las rejas de la ventana de nuestra habitación.

Había un mundo dormido, fuera de allí, por descubrir.

Siempre decíamos:

—Si pasas la cabeza entre las rejas, te cabe el cuerpo.

Al final del verano la cabeza salió, pero los barrotes retuvieron los incipientes pechos que se resistían a pasar.

Nuestro lema, había dejado de funcionar.

Mis tetas fueron la frontera que no pude traspasar, quedándome en casa sin poder salir a conquistar, el espacio mudo, en el que mi voz dejó de sonar.

—La mujer en casa es dónde mejor está. —repetía como una letanía mi madre.

Pero mi cabeza se negó a parar, abrí la puerta, asomé mi cuerpo, y en medio de la calma empecé a gritar:

—“QUIERO IGUALDAD”.—

“Muñequita”

lilmeery (La Rioja)

Crecí en una familia dónde la mujer era vista como una sirvienta, en el cual decir mi opinión era casi un delito. Siempre tenía que llevar vestidos, peinarme y aprender a cocinar, estar bonita y limpiar, porque si no, no sería una buena esposa. No existía la igualdad, me enseñaron que mi cuerpo solo servía para hacer bebés y que si no lo cuidaba no le gustaría a ningún hombre.

Tenía que ser una “muñequita”, de hecho, ese era mi apodo.

“No llores muñequita, te pones fea.” Esa frase quedó grabada en mi memoria con cinco años. Ese día me prometí que nunca más me callaría, le dije adiós a la niña obediente y comencé a rebelarme, quería ser feliz.

Veinte años después ya no soy una “muñequita”, soy la “oveja negra” esa que pocos quieren y sigue en busca de su rebaño, estaré sola, pero al menos soy libre.

Naima

Yasmina Guijarro Raissouni (Madrid)

Hacía un día perfecto de playa en la Costa del Sol y Naima no iba a resignarse a quedarse con las ganas de meter más que los pies. Era una mujer de carácter, aunque pudorosa y recatada. Así que se dirigió a la orilla, con su traje de baño de cuerpo entero y su velo, pasado por detrás del cuello, cubriendo sus cabellos.

— ¿A dónde va así de tapada?

— Y su marido bien que va con el torso al aire...

Lo que no sabía la gente que tanto criticaba era que Naima llevaba su velo por decisión propia y que su propio marido le llegó a recomendar quitárselo, al ver el sufrimiento que le causaba casi a diario en un país que sigue sin entender bien de qué va la igualdad.

Pero, como Naima tiene carácter, se giró y contestó:

—Meteos en vuestros asuntos. Que sobre mi cuerpo decido yo.

La caza

Carmen Gràcia Casals (Barcelona)

En los últimos meses su relación era una danza extraña en la que cada bailarín danzaba a un compás distinto. Ella, al del asco y la vergüenza que le causaba no ser capaz de salir de esa situación, de sentir ese miedo que la paralizaba hasta vomitar; él, al ritmo de la ira derivada de no poder hacer lo que le saliera de sus santos cojones. La maldita mosquita muerta se había quejado a Recursos Humanos de acoso sexual. Si lo quería así, así sería. Nadie le iba a decir lo que podía decirle a una mujer, ni cuando podía empalmarse, estaría bueno. Si no les gustaba excitar a un hombre con su cuerpo que se marchara a un convento. Mierda de igualdad, paparruchas. Había dejado de ser un juego. La caza había comenzado, y aunque la presa no lo sabía, ya estaba muerta.

De mujeres con hombres

Amaranta (Granada)

De niña la habían educado en la igualdad entre hombres y mujeres.

En su juventud, descubrió las desigualdades que sufrían las mujeres por el solo hecho de serlo.

A partir de entonces, cuestionó el orden establecido, donde el hombre era el centro y medida del universo, y tuvo claro que solo ella iba a ser la dueña de su vida y de su cuerpo.

Nunca cedió en la defensa de sus ideales ni en la lucha por un mundo en el que la mujer ocupara el lugar que le correspondía, con los mismos derechos y libertades que los hombres.

Pero luego llegó a su corazón aquel joven tan apuesto, con su cara de ángel y sus dulces besos.

Y se fue pasando el tiempo.

Y se fueron envenenando los besos.

Hasta hoy.

Esta mañana, cuando despertó tras los golpes, su marido todavía estaba allí.

Ella soñaba con ir

Juan Antonio Trillo López (Granada)

Carmen aún era una niña pero ya trabajaba duramente en la casa y el campo. España se había convertido en una república, pero eso apenas interesaba a nadie en su pequeño pueblo donde solo importaba sobrevivir. Un día apareció un forastero diciendo ser maestro y necesitar un lugar para impartir clases. Allí nunca había existido escuela alguna, leer o escribir fueron siempre asuntos de señoritos, afirmaban los viejos del lugar.

El maestro empezó su labor docente en una vieja casa donde acudían algunos niños, pero Carmen no pudo hacerlo, era mujer y en aquel contexto el significado del concepto igualdad era desconocido. Ella lloraba porque quería ir al colegio, aprender las letras y los números, tocar los libros y escuchar sus historias. Ochenta años después, mi abuela Carmen me contaba esa injusticia sintiendo todavía la rabia en su cuerpo, pero orgullosa de haber aprendido finalmente gracias a su poderosa determinación.

Dilema vital

Elena Hernando Puente (Madrid)

Las curvas de su cuerpo hablan sin palabras. Su pronunciada cadera reposa sobre una cama gastada. Los pechos también gastados, inflamados en estas últimas semanas, que no toleran el roce del agua al caer. Su vientre abultado se eleva sobre el horizonte de una habitación para dos, que pronto será para tres.

No estaba entre sus planes, pero nunca lo confesó a nadie. Escondida entre tinieblas dibuja sus más profundas sensaciones, desbordada por tan diversas emociones que no caben dentro del mismo pincel. Porque todavía se cuestiona a la mujer que no desea ser madre, hoy que se puede ser madre sin haber nacido mujer. Pero la igualdad no es para todos.

Entonces un sutil burbujeo revolotea su abdomen sin dirección ni orden. Consciente del ser que se desarrolla sin pedir permiso, siente un agudo pinchazo que atraviesa su tembloroso corazón.

En cuestión de segundos se partió en dos.

El desierto

María Ayala Sigüenza (La Rioja)

La arena ardiente me abrasa los pies. No importa, doy otro paso: yo soy el fuego. Miro a lo lejos, no hay nada, solo arena. Llevo años caminando en este desierto, intentando escapar. La igualdad de las infinitas dunas turba mis sentidos. No aguanto más. Tengo los labios agrietados de la sed, me sangran las entrañas, el aire cálido y arenoso me asfixia. Mi cuerpo no resiste más los incesantes golpes. Sigo sin encontrar esa gota de agua que calme mi sed y sane mis heridas. En cambio, solo me topo con tormentas que me hacen caer una y otra vez, desgarrando mis rodillas. Me pongo de nuevo en pie, doy otro paso, y miro al horizonte. No hay nada. Yo ya me estoy reduciendo a cenizas.

Te lo cuento a ti, mujer, para que tú jamás dejes de avanzar. Al final del camino está la fuente.

Shopping

Lidia Camins Vinós (Lleida)

Apreciado señor A. Ortega,

Me dirijo a usted tras haber peregrinado por múltiples tiendas de todas sus cadenas comerciales. Como mujer, decirle que siento una gran decepción por las tremendas dificultades que me encuentro cada vez que intento adquirir una de sus prendas de vestir. Mi cuerpo, siendo corriente, resulta que no reúne las particularidades de tan variada colección. En realidad, resulta que está dirigida a una mayoría de la que no formas parte si no reúnes ciertas características especiales. Tal vez su negocio consigue lucrarse con esta mayoría, sin embargo, la igualdad no entiende de tallas y algunas, que somos muchas, nos sentimos olvidadas, apartadas y muy menospreciadas.

Cordialmente,

Mina Cervera

Soy

José Lissidini Sánchez (Uruguay)

De la mujer, siempre se han esperado propósitos virtuosos: honor del cuerpo, fidelidad marital amorosa, maternidad , esta como la razón de ser y cual necesaria declaración testimonial de su existencia, dignidad, fortaleza, valentía, resiliencia en medio del desencanto, dolor, sumisión, deshonra, violación, maltrato, golpe e impunidad con los hijos y ella misma, pero sin igualdad de correspondencia.

En algunos países, aun hoy la conciben nada, solo un error.

Soy Fátima y, aunque a nadie le interese, yo nací. Fui dolor y gozo en el pujar de mí madre, y desde ese instante navego contra vientos y olas, aunque no considero mí cuerpo una cárcel, ni pecado esta piel que habito, y el corazón esperanzado retoza en la fragancia de la igualdad inclusiva, que perfila su silueta en mi alma.

Soy mujer, esperanza del Mundo y siempre tengo, un espacio disponible en la parte izquierda de mi pecho.

Mi colmena

Frida Glas (Madrid)

Palpo para ver por qué grieta colarme.

Mi cuerpo lleva tiempo preparándose mientras mis crías empiezan ya a revolotear, autónomas, por el mundo. Ha llegado el momento de impulsarme hasta rozar el techo del panal para, en el siguiente salto, rasgar el techo.

Sobre mi cabeza zumban las abejas machos, las inquilinas de los panales superiores desde tiempos inmemoriales haciendo alarde de autoridad y prometiéndome igualdad de espacio cuando alcance mi nueva morada.

Logro pasar de nivel y mi puño victorioso queda suspendido en el aire por el grito de unas voces apremiantes: mis ascendentes familiares me reclaman desde la base de la colmena. Toda la energía de mujer que debería invertir en mi escalada la voy a necesitar ahora para acompañarles en su descenso, para amortiguar su caída, para que su bajada sea digna.

Y mi puño regresa a la celdilla inicial, magullado, pero nunca, jamás, resignado.

Igualdad ente igualdades

Andrea Martínez Pumar (Pontevedra)

Vuelta tras vuelta desarrollo la venda de aquella ulcerosa y anciana pierna. De repente, siento como unas manos aprietan mi cintura desde atrás. Un acto que sale de una persona a modo de cosquillas y es recibido por otra como una invasión. Siento un escalofrío de desagrado. “No toques mi cuerpo” pienso con desasosiego. Esa sensación de impotencia que me recorre por dentro todos los días me invade y recuerdo aquella charla elocuente sobre la igualdad laboral entre géneros. Con disimulo sonrío y sigo con mi ardua labor. Pensar en el final de mi jornada tampoco me consuela. Sé que, cuando vea el móvil, un mensaje hará brotar nuevamente mi incomodidad. Ser mujer implica que lo que primeramente semeja progreso, se vuelve en nuestra contra, pues esa igualdad no está extendida por igual en todos los ámbitos. Pero como nos obligan a ser fuertes, recito: “esto no es para siempre”.

Vida en la vid

Sol Espadán (Castellón)

Mira, hija. Nada hay más hermoso que los viñedos antes de la vendimia. Entre ellos faenaba mi madre en igualdad de condiciones al resto de mozos de la finca, incluso aquel septiembre en que tuvo que ocultar su abultado vientre.

Al rondar los cuarenta años y ser una mujer sola, la suya era una situación inconcebible. Cada atardecer, tomaba el sendero hacia las cepas y pasaba las noches cogiendo los racimos que al amanecer llevaba al lagar.

Justo cuando el vino joven salió de las barricas, nací yo. Y me puso por nombre Viura, como su variedad de uva favorita.

Casi cuarenta años después, salgo a vendimiar sin haber contado a nadie que vas a nacer, aunque eso ya no suponga un escándalo.

Tú también serás dueña de estos viñedos. Pero lo más importante es que serás dueña de tus ideas, tu cuerpo y tu libertad, como lo fuimos nosotras.

Menú a la carta

Felisa Palacios Otaño (La Rioja)

Isabel tiene un hermano, y junto a su padre, ya están a mesa puesta, dispuestos para comer. Cuando terminan de comer, Isabel y su madre, recogen la mesa, friegan los platos y barren el suelo de la cocina. Su padre y su hermano siguen en la mesa, ojeando una revista de mujeres en bañador y admirando sus cuerpos. Parece ser, que no son conscientes de que una sociedad en igualdad se consigue entre hombres y mujeres.

Sobrante

Alessandra Alari (Madrid)

El espejo miente. Estira hacia atrás la piel de lo que sobra bajo su pubis hasta acomodarlo, pudorosa, entre los muslos.

Su cuerpo miente. Lo sabe desde que le salieron los primeros dientes y aun así pocos la creen. Aunque a las víctimas, los abusones siempre las tildan de farsantes.

Su cabeza miente. A veces le hace creer que podría vivir como hombre, disociarse del pronombre que tantos intentan que se trague. Pero ya no le cabe; tiene la tripa llena de mariposas, amor propio y proyectos futuros.

La sociedad miente. El que defiende la igualdad lo que pide es variedad. Pues entre muñecos de cera al molde, incluso la Venus sería un esperpento por estar tallada en mármol.

Se suelta la piel que ya no le sobra y sonríe al reflejo.

¿Quién dice que no existen las mujeres con pene?

Si ella es mujer y ahí lo tiene.

Una mujer de doscientos metros

Sara Navarro Rioboó (Sevilla)

J. sueña con ser una mujer. Tener unas piernas largas y gruesas, como troncos sobre los que echarse a dormir una larga siesta. Poseer un cuerpo más alto que el árbol más grande. Alzar los brazos y que sobre ellos se instalen cientos de nidos, donde habiten en igualdad; que crezcan flores de los orificios y lianas a las que se aferren los marsupiales. Convertirse en una Atlas que en vez de sujetar un mundo albergue toda la vida en su cuerpo.

Tras mucho desearlo y estirarse, J. cumplió su deseo, pero pronto quiso doblar la estatura. Tan arriba se estaba bien, pero aún le llegan esas voces puntiagudas, como de mosquitos zumbando, que ya escuchaba cuando habitaba el suelo y que ahora graznan con fuerza: “¿Habéis visto cuántos pelos tiene esa en las piernas?”.

Ni para una mujer árbol de doscientos metros es fácil escapar a preguntas tan mundanas.

Nuria

LuisPau (Segovia)

Conocí a Nuria entre los bancos y los pasillos de la facultad.

La veía en la biblioteca, y la observaba. A veces al cruzarnos, nos dedicábamos una leve sonrisa, era una señal de que nos reconocíamos.

Poco tiempo después charlamos y congeniamos. Conocimos nuestros deseos y nuestras ilusiones. Conocimos nuestros cuerpos. Manteníamos una relación de igualdad, como ella a menudo dejaba claro.

Conocí su alma. Era un alma de mujer libre. No me cabía duda. No era fácil, pero ella lo tenía claro. Yo también quería tenerlo claro.

Su cuerpo me embelesaba, pero su alma me seducía. Se hacía querer y yo la quería. Yo quería creer que ella me quería. Nuria quería volar alto y volaba.

Nuestra historia se diluyó con el tiempo y la distancia. Muchos años después supe de ella casualmente, en los medios. Nuria había volado muy alto.

Yo sentí un temblor de emoción agri dulce.

Cambalache

Raquel Lozano Calleja (Palencia)

Regateé como pude el precio del deportivo, un Ford Mustang de los años 90 de color rojo.

En el caso de una mujer, en los concesionarios nos tratan como si fuéramos estúpidas. Es un detalle cotidiano que confirma que la igualdad aún es pura utopía. Uno de esos micromachismos que pasan inadvertidos. Como cuando pides en un bar, en compañía de tu chico, una caña y un café, y el café sabes que te lo servirán a ti.

- 20.000 euros y no subo más, le dije tratando de imponerme. Sus ojos recorrieron mi cuerpo. Pasaron primero por mi escote, después por mis labios rojos, como el coche, y después me miró con sonrisa condescendiente.

- Vale, (le faltó decir nena). Te llevas una ganga.

Él sabía que me estaba estafando y yo, que los billetes eran falsos.

Érase una vez...

Naiara Navarro Gómez (La Rioja)

Érase una vez un mundo al revés, en el que la gente andaba con las manos y comía con los pies.

Reinaba la libertad, y cada una de las personas gozaba de igualdad.

Los hombres no tenían más poder y, en este mundo, ni siquiera daba miedo ser mujer.

Ellas querían progresar, y a ellos nunca se les ocurriría intentarlas parar.

Se debía hablar desde la sensatez, y no juzgar un cuerpo ni por sus prendas, ni en su desnudez.

Entendían, además, la propiedad, pues mi cuerpo es mío y no de los demás.

Pero, colorín colorado este cuento, lamentablemente, ha terminado; y no podremos decir que fueron felices y comieron perdices, hasta que deje de ser un cuento inventado, y pueda pasar a ser contado.

El problema

Patricia Díaz Santos (Barcelona)

Mi madre era la reina de la casa, su cuerpo era esbelto y su porte regio. Pero se casó con un príncipe que se convirtió en sapo.

Nunca supe cuál fue el problema que llevaba a emborracharse a mi padre. Él siempre estuvo a favor de la igualdad y los derechos de la mujer. Aunque cuando llegaba bajo los efectos del alcohol nos maltrataba. Yo era un bebé y apenas tengo recuerdos del momento en que la soberana de la casa, le desterró del hogar.

Sin embargo, nunca olvidaré cuando pasábamos por delante de un pobre que pedía en la puerta de una iglesia. Mi madre me daba unas monedas para que las depositara en la mano extendida. La mirada mojada de ese hombre era la de mi padre.

De cero

Joan Ruscalleda Massó (Barcelona)

La mujer, con pulso trémulo, inclinó levemente la copa. Unos moratones en su cuerpo, y un hilito de sangre que le salían de la nariz, daban fe de la agresión sufrida.

Lentamente dejó caer una generosa cantidad de vino en el interior del cristal. Sin prisas lo levantó, encarándolo a la luna que, cómplice, iluminó el recipiente.

Pensativa, aguantó la copa durante unos segundos hacia la luz que venía del cielo. Un instante como aquél bien valía celebrarlo, pues no siempre se empieza de cero, a caminar sin miedo. Acercándose el líquido a los labios, soltó:

- Aquí va el primer brindis, prometiéndome que nunca más dejaré que me humillen.

Una gota de sangre resbaló desde la nariz hacia su boca, mezclándose con el vino, como recordándole que quedaba camino y trecho para que su deseo y la igualdad entre personas se tornara realidad.

Mi hermano mayor

Unalbin (Zaragoza)

Mi hermano mayor me dice que me paso con “lo del Feminismo”. Como si fuera una fase y no una actitud vital. Mi hermano proclama que ya hay igualdad entre hombre y mujer y se burla de “los Micromachines”, porque le he sermoneado sobre los pequeños actos de dominación masculina cotidiana que sabe de sobra que se dice “micromachismos”. Pregunta si me creo Simone de Beauvoir. Mi hermano mayor solo calla y frunce el ceño, cuando le cuento que toda chica de mi edad puede hablar del miedo desde el centro del cuerpo. Que todas, al separarnos, nos decimos “manda un audio cuando llegues”. Y cuando por fin mis padres me conceden una hora más el viernes noche no dice nada. Pero, antes de salir me da un regalo. Es una camiseta con una frase de Beauvoir. Y lo mejor es que no es para mí, es de su talla.

Matanza

María Isabel Lecuona (Madrid)

Tengo once años y entro corriendo a la cocina de mi abuela; estamos pasando la tarde en el pueblo y entonces, sangro, reviso mi cuerpo, asustada y no entiendo nada. Ellas se miran, lo recuerdo nítidamente. Minervina, mi abuela se dirige a mí:

-Ya eres mujer, ahora cuídate de jugar con chicos, no se te ocurra lavarte y el domingo no vas a poder participar ni servir el vino al abuelo y los tíos, a ver cómo nos apañamos.

No solo no me atendieron, sino que además me llevé una buena charla y la alegría, no expresada por supuesto, de no colaborar en los pesados avíos de la matanza ese fin de semana.

De regreso a casa, mi madre me abrazó, me aseó y me pasó una compresa mientras, en voz baja, inaudible para mi padre y hermano, me susurraba: Algún día, la igualdad te permitirá volar y yo volaré contigo.

El cuarto regalo

Gabriel Pérez Martínez (Málaga)

Los Reyes Magos se abren paso entre los pastores y llegan al portal. Encuentran todo como vaticina la profecía: la mula, el buey... Melchor pregunta a la mujer cómo se llama y esta responde: «María». Baltasar hace lo mismo con el hombre, que farfulla «José» mientras talla una paloma de madera. Gaspar sale a divisar el firmamento: el cuerpo celeste que los ha guiado está inmóvil sobre ellos. Los tres soberanos se arrodillan, abren sus alforjas, sacan la mirra y el incienso. Melchor presenta el oro y clama: «¡Rey de Reyes!». El bebé se tira un pedo; todos ríen. María le huele el trasero y le quita el pañal. Se escucha un «¡Oh!» unánime: es una niña. Gaspar piensa en la falta de igualdad y le ofrece su barba.

Es que se le murió Chuchito

Aehécatl Muñoz González (México)

Cuando aquello ocurrió mi abuelo mandó quitar el concreto del patio y lo cambió por una tierra negra.

—No es mucho, pero tendrás con qué distraerte, mujer—. Abrazó su cuerpo y no dijo más.

Y así fue, con el tiempo lo llenó de alcatraces, hortensias, caléndulas, manzanillas. Las flores no tardaron en alegrarse con su afecto y cuidado, con paciencia les otorgaba igualdad de riego, como de una composta que ella misma preparaba.

Una tarde, mientras estaba de visita, llegó como de costumbre una mariposa blanca.

— ¡Ay! Llegó Chuchito —. Entonces se acercó a la mariposa que se dejó quién sabe qué susurrar.

Al otro día, una mariposa violeta llegó con Chuchito. La quise asustar, pero mi abuela me detuvo.

—No lo hagas, debe ser su amiga. Le dije que trajera a todas sus amigas.

A la mañana siguiente, una sábana violeta se extendía por todo el jardín.

Sobremesa con intelectuales jugando adivinanzas

Marcela Beatriz Lizárraga (Argentina)

- ¿Obra reciente?
- Antigua, pero de debate permanente.
- ¿Hay algún ejemplar en tu casa?
- Sí, tapas marrón claro.
- ¿Existe en versión digitalizada?
- Sí. Incluso hay un palimpsesto.
- ¿Tiene más de una edición?
- Ufff... Censuradas y corregidas, varias.
- ¿Novela erótica? ¿O de misterio y asesinatos?
- No, aunque la tratan esos géneros y tantos más.
- ¿Una obra jurídica?
- Sí, es su abordaje clásico.
- ¿Temas que plantea?
- Ciudadanía, igualdad jurídica, lo político...
- ¿Algún marco teórico en especial?

- Eh... Varios, pero el paradigma del conflicto le sienta muy bien.
- ¿Es de autoría reconocida?
- Atribuida a un varón.
- ¿Relación con la Iglesia y conservadores?
- De maltrato histórico.
- ¿La especialidad del Dr. Soriano Balmaceda?
- Siii.
- ¿La República, de Platón?
- ¡Uyyy, qué cerca!
- Entonces, ¿Sobre la República, de Cicerón?
- ¡¡¡Excelente deducción, Pilar!!! - (pensativa y de repente seria)
¿Saben? Hubo un momento en que me pareció que describíamos a cualquier mujer y a su cuerpo...

Hola

Diana Gil Herrero (Francia)

Tus caricias bajo la luna hueca despertaron en mí las angustias ancestrales de ser mujer. De ser objeto, de no ser.

¿En qué piensas?

Como el monstruo bajo mi cama cuando entró en ella, tú también raspas. Vértigo. No quiero volver a esa ausencia infantil que lo ocupó todo sin dejar ya espacio para mi cuerpo.

¿Me estás escuchando?

Y duro será el desearte sabiendo que aún no me deseo a mí. Sufro de identidad robada por un semejante, de pesadilla arrastrada desde tantas generaciones de Venus que solo deseaban la igualdad. Pero el hombre. El miedo.

¿Nos vamos?

Es que a veces es más fácil decir adiós que tener que sacar de sus tripas un hola.

Dora Pain

María González (Albacete)

La mujer contempló a aquellos hombres que sonreían con una lengua enorme que pulsaba húmeda todos los resortes de la rendición, cada vez más inquieta ante la persistencia con la que señalaban la caja.

-Áaaaaaaabreeeeeelaaaaaaa...

Concentraba entonces sus recién inaugurados sentidos en el ejército de microscópicos seres que poblaban el aire como motas de polvo, y cuyas células crepitaban disciplinadas y rudas en la multiplicación. En esa atmósfera de igualdad primigenia y orgánica que presentía a punto de quebrarse. Recordaba cómo habían visto nacer la primera mañana del mundo unidos en la sorpresa de sus cuerpos inexplorados.

-Á-B-R-E-L-A

Así que abrió la caja. Susurrando. Perdonadme. Perdonadme. A partir de ahora llenarán vuestros vientres de hijos, vuestros cerebros de oscuridad, vuestros nombres de culpa y vergüenza.

Perdida en una galaxia de planetas todavía desordenados, tuvo justo el tiempo de esbozar una sonrisa triste antes de deslizarse hacia la niebla y su silencioso aullido.

Nuestro bloqueo

Beatriz Pozo Moreno (Granada)

Me mintieron al estudiar.

La igualdad es nuestro mito personal.

Entré a la misma universidad, en la misma carrera. Saqué mejores notas durante los cuatro cursos. Llegué más lejos en investigación, contactos y aliento. Mi cuerpo aguantó y aguanta más de lo que el suyo aguantó nunca.

Aún con todo esto mi nombre me cerró puertas. No hizo falta una llamada, mi foto me dio una negativa. Y a él lo llamaban de todas las ofertas.

Asumieron que mi trabajo era peor que el suyo por mi cuerpo, mi nombre, mi contexto. Asumieron todo sin conocer a la mujer, a la estudiante, a la científica, a la trabajadora.

“El cuerpo social”

José Reinaldo Pol García (Lugo)

Sería imposible que este mundo gozara de un tangible cuerpo social sin la existencia de la mujer; por eso resulta incomprensible cuando, a quien debemos agradecer este cuerpo, no se le trate con el merecido respeto.

Nuestra sociedad si pervive es gracias a la mujer, la que nunca debe ser menoscabada y quitada del pedestal de la igualdad. Terrible resulta que, quienes debían usar su racionalidad y sentimientos para ensalzar a quien les ha dado cuerpo, lo utilicen destruyendo a la que hemos de considerar célula básica e imprescindible para vivir, la mujer.

Respetemos a la que genera el social cuerpo humano y , como madre, lo intenta moldear afectivamente . Cuando alguien no dignifica a una mujer está haciendo muchísimos daños. En primer lugar, la víctima y colateralmente a esas madres, a las respectivas familias y a la sociedad toda que le infringe terrible herida.

Pepito grillo

Manana (Córdoba)

Esta noche apenas he puesto un pie en el suelo, como es habitual en mí no podía dormir, lo he visto. Vivo en un apartamento en una sexta planta ¿Cómo rayos puede volar un grillo tan alto?

Desde luego no pensaba en matarlo. Simplemente lo tiraría por la ventana. Cuando ya lo tenía en mi mano ha empezado a mover frenéticamente las antenas y a mirarme fijamente. Me he quedado paralizada durante unos segundos, en una especie de estado hipnótico. El bicho estaba transmitiendo mensajes a mi cerebro mediante ondas que producía al mover las antenas: que para ser mujer tendría que ser más ordenada, que estaba descuidando mi cuerpo, que tanta igualdad tanta igualdad ... En un segundo que se ve que ha parado para tomar aire, o porque se le han enredado las antenas de tanto menearlas, lo he tirado al suelo y le he dado un pisotón.

Nuestro puente

Paula Valdés Fernández (Madrid)

Sucedió de repente, tan deprisa que apenas tuve tiempo de reaccionar. El puente cedió, y junto a mi pie uno de aquellos rollos de cuerda centenarios comenzó a silbar y a desenroscarse como una serpiente furiosa. Lo así de manera inconsciente, pero no fue hasta que sentí el violento empujón del desplome que no clavé los pies y apreté los dientes, poniendo todo mi empeño en arañar unos instantes por las que todavía luchaban por llegar al otro lado. Tenía las palmas completamente en carne viva por la fricción cuando un par de manos se sumaron. Manos fuertes, manos de mujer. “Aguanta” gruñó, “no estás sola”. Otro par de manos, otro cuerpo, “este puente no va a caer, con todo lo que hemos luchado por conseguirlo”. Y otro, y otro más, estaba rodeada de mujeres. Porque no es sólo un puente, comprendí. Hoy y siempre seguimos luchando por la igualdad.

Fusión

María Álvarez Cañedo (Asturias)

Mi cuerpo es mío. Sólo mío.

Así de tajante me vi obligada a responder. Esas no son formas de tratar a una mujer. Aunque parezca increíble a estas alturas del cuento, tú y yo no estamos en condiciones de igualdad, y no pienso dejarme engatusar por ti y tus artimañas Disney.

Sinceramente, me gusta. Me gusta mucho. Es más, me encanta. Es atento, respetuoso y amable, pero ese comentario ha estado fuera de lugar. Lamentablemente, no puedo dejarlo pasar. Es triste, pero es así: las cosas deben estar claras desde el principio. No soy inferior a ti. Tampoco soy mejor.

Me besa, apasionadamente, y se disculpa, dejando al descubierto a un hombre sincero y honesto.

Me besa de nuevo. Sus ojos, su actitud, ... todo su ser implora clemencia. Sabe que lo que ha dicho ha sido una imbecilidad, una auténtica sandez.

Mi cuerpo es mío... y desde ahora, nuestro.

El reflejo en el espejo

Entrelibros (Soria)

Delante del espejo una mañana más el reflejo le devolvía la mirada. Tenía que vestirse para la boda de su hermana, pero no paraba de ver defectos en su cuerpo que le hacían plantearse su elección de vestido. Había conseguido adelgazar 2 kilos este mes y aun así había algo que estaba mal. Cambia varias veces de chaqueta, ¿cuál disimula mejor todas las curvas de su cuerpo? Como puede ser que después de tanta lucha por la igualdad, la mujer siga mirándose en el espejo encontrando una imagen llena de fallos. Después de media hora sin encontrar la combinación perfecta opta por la que menos le disgusta. Tiene que darse prisa o llegara tarde. Cierra la puerta y deja sus inseguridades en la habitación.

Condena

Len Law (México)

“Felicidades, es una niña”.

Y fue dicho como si fuera una maldición.

Al inicio solo era “esas no son cosas de damas”, y conforme fui creciendo se volvió en que “las mujeres no hacen eso”, como si con solo respirar estuviese violando el espacio que ocupaba.

Si hablaba, era una mujer que nunca se callaba; sino lo hacía, era una mustia.

Si mostraba un centímetro de cuerpo, lo tomaban como un grito para agresión. Y si estaba cubierta hasta los ojos, seguramente era porque alguien más me obligó.

Y esa primera frase fue realmente una maldición, porque si la última vocal hubiese sido distinta, entonces sería diferente.

Porque cuando me agreden es mi culpa, pero si pido igualdad de repente “lo tengo todo”.

Y es por eso que me he encontrado con más con la misma condena, para ver si entre hermanas finalmente podemos acabar con esto.

La llamada que no pude hacer

Roger Simeon (Barcelona)

El teléfono no suena, pero yo respondo. Me gusta hablar con teléfonos. Con gente no tanto. Los teléfonos me escuchan, me entienden, callan y otorgan. La gente me responde. Groseros. Piensan que porque soy mujer tienen derecho a ningunearme a manosearme a violarme. Desgraciados.

Juan quiere que vayamos a no sé dónde a ver no sé que, pero le digo que ahora no puedo salir, que estoy hablando por teléfono. Él me mira preocupado pero no dice nada. Quizás está celoso de mi teléfono. Se pone el abrigo y sale. Hace frío fuera y yo no tengo el cuerpo para pasar frío otra vez. Aún me duele demasiado. Estoy mejor en casa. Mi casa. ¿Nuestra casa? Da igual: la igualdad también era esto. Por suerte Juan lo entiende. Por eso seguimos juntos. A pesar de todo, él está a mi lado. Pero no quiero hablar más, el teléfono me espera.

Tortuga de Venus

Patricia Araúxo Marcote (Madrid)

Nunca pensé que mis muslos iban a dar tanto de qué hablar. Me tatué una tortuga esmeralda en mi muslo derecho para buscar juntas un lugar mejor.

Cogí la mochila, abrí la puerta y me marché. En mi cabeza aún resuenan sus reproches, “¡Ay, hija, antes eras hermosa!, ¡Te has echado a perder! Tu cuerpo ya no es el que era. ¿Cómo has podido dejar escapar a ese gran hombre? Te ofrecía tanta estabilidad... ¿Qué va a ser de ti?”.

Mi tortuga esmeralda y yo sonreímos mientras bailamos al compás del cántico de las sirenas. Me han aceptado gustosamente en su clan. Entre nosotras reina la igualdad. Adoran mis muslos y mis anchas caderas, ideales para nadar juntas en su jardín de coral. La sal del mar acaricia mis piernas, mi culo, mi tortuga. Sonríó. Soy una mujer libre, lejos por fin de los devoradores de sueños.

Esperando mis alas

Montserrat Aránzazu Medina Ascanio (Islas Canarias)

María llamó al teléfono de su madre como cada noche, quería contarle lo que había hecho durante la tarde. Estaba apagado, pero después de escuchar su voz en el contestador le dejó un mensaje.

—¡Hola, mamá! Hoy te he echado mucho de menos. Es ocho de marzo y he ido a una manifestación por el día de la mujer trabajadora. ¿Sabes? Todas mis compañeras llevaban escrita la palabra igualdad en alguna parte del cuerpo. Después hemos vuelto juntas al barrio, queríamos asegurarnos que todas llegábamos bien a casa. Mañana te llamo y hablamos un poco más. Nos vemos pronto. Te quiero.

María colgó la llamada y observó la foto del salvapantallas. Ambas sonreían abrazadas, mirándose a los ojos. Su madre había fallecido hacía tan solo unas semanas por violencia doméstica a manos de su expareja.

El lobo feroz

Aránzazu Medina González (Granada)

«¡Corre, corre, que te atrapa, sal corriendo!».

¡Ay, ay, virgencita, qué miedo! (Un aullido a lo lejos).

«¡Venga, que no estáis en igualdad de condiciones, que le sacas ventaja! No te canses ahora.

¡Cuidado, que se te cae la caperuza roja!

No desesperes, que ya llegas». ¡Uy, uy, cómo trota el condenado! (Otro aullido más fuerte).

¡Ay, qué miedo!

«Solo unos pasos más, que sé que no puedes con tu cuerpo. Coge las llaves, mujer, que en el bolsillo las tienes».

¡Hay que ver que se le está acercando el muy zarrapastrero!

«Venga, es la grande y dorada».

Pues sí que tiene los dientes afilados, sí.

«Ya casi estás, un giro más y entras. Bien, ay preciosa, ya estás a salvo!».

Violeta cerró su libro de golpe y respiró aliviada. Elevó la mirada. El lobo feroz la estaba observando desde el sofá.

A través de un cuento de verano

Beatriz Pascual Arqué (Zaragoza)

Desde el anonimato del césped sombrío, supe que tampoco aquél sería el verano. Short negros de lino y camiseta XL cubrían gran parte de mi cuerpo que, con vocación recurrente, no estaba preparado, un año más, para paliar los rigores del calor estival. Intenté concentrarme en la lectura pero, hasta el filo de las páginas de mi libro, llegaron sus gritos despreocupados; invadían mis silencios mientras activaban esa voz de mujer, casi un susurro, que soplaba en mi oído: “imposible quedarme en bikini”. Sus bañadores de colores, sus gestos, sus posturas, sus juegos, ... Su libertad, en definitiva, me obligaron a envidiarlos; ¿por qué ellos sí y yo no? Desde mi oscura cueva me hice pequeña y a través de aquel cuento de verano, que aspiraba a ser novela, pensé que la igualdad era sólo una quimera.

Hacia siglos

Javier Rodríguez Rodríguez (Madrid)

La esclavitud había sido al siglo XIX lo que el machismo al siglo XX, pensó Aldara, mientras ojeaba el libro, una antología de ensayos feministas. Le parecía surrealista que hubiera hecho falta ministerios de Igualdad, tan solo hacía unas décadas, o tener que obligar a las administraciones y empresas a fomentar la igualdad y no favorecer a las personas en función de su sexo.

Se fijó detenidamente en las imágenes de algunas de las mujeres que ilustraban el manual: la determinación en las miradas de Emmeline Pankhurst., que había impulsado el voto universal, o de Tarana Burke, creadora del movimiento Mee Too; de Virginia Despentes, quién había reivindicado el cuerpo de la mujer como medio para la lucha feminista.

Cerró el libro. Cómo le gustaba bucear en aquella enorme biblioteca familiar, que sus abuelos habían empezado allá en la década de los 30.

Parecía que hacía ya siglos.

Mentoría

Yolanda Giner Manso (Cádiz)

Con un solo golpe certero, Frida decapitó a Blancanieves y empujó a la niña hacia Marie Curie que escondió los cuentos y la puso a colorear una tabla periódica, bajo a la mirada de Margarita Salas.

Rosa Parker y Malala estuvieron pendientes en el instituto, había que ser especialmente cuidadosas en la adolescencia, donde su cuerpo sería observado, juzgado y comentado. En esa época murieron varios príncipes, denunciemos a lobo feroz y, por si acaso, las trampas para sapos encantados estuvieron siempre preparadas.

Cerramos su expediente cuando cambió de trabajo sin consultar y decidió no organizar la cena de navidad. Y, de paso, dio un discurso sobre igualdad práctica que dejó callado hasta a su cuñado, por fin. Estamos tan orgullosas.

Amelia Earhart es la única que puede verla ahora, en la cima del mundo, donde cada vez es más difícil distinguirla entre la multitud de mujeres que arriban.

Amor a primera...

Daniel Romero Armas (Islas Canarias)

Aquella mujer departía con auténtica convicción. Argumentaba entre un grupo de amigas que la igualdad estaba lejos de conseguirse. Se había avanzado, decía, pero quedaba un largo camino. Una lucha que debía comenzar no en las altas esferas, sino en el pueblo. Pedía movilización. Era incongruente abogar por unos derechos que una misma no defendía. Su propósito era abolir la cosificación y citó mil ejemplos diferentes. La negación de la autonomía, el sentimiento de propiedad, la reducción al cuerpo y la apariencia... también habló de la brecha en la contratación y la diferencia salarial; los términos peyorativos específicos de género y los estereotipos.

— ¿Te enseñó algo nuevo?

— Un mundo entero. La realidad sin filtros. La verdad sin tergiversar. Sus palabras llegaron a los más profundo de mi ser. Tuve que levantarme y presentarme. Entonces me descubrió el amor.

— ¿Amor a primera vista?

— No. Amor a primera conversación.

Brillará

Concha Mora Olmedo (Madrid)

Estuve mucho tiempo pensando en dejarte, pero no era capaz. Odiaba la forma en que me maltratabas, incluso a mi cuerpo; te quería. ¿Cuál es el mecanismo por el que una mujer se apega a lo que le hace daño?

Padecía una ansiedad constante y no era capaz de darme cuenta de que se debía a tu maltrato, más bien me culpaba.

Y entonces salió el sol. Acudí a un psicólogo y este me hizo darme cuenta del origen de la ansiedad.

Este es el último contacto contigo. Quizás, algún día, encuentre a alguien con quien pueda convivir en igualdad. Una vida de esperanza se abre ante mis ojos, en la que el sol brillará intensamente.

Conversaciones con mi abuela

Bárbara Cárcaba (Cantabria)

A sus 88 años y con los mil achaques propios de su edad, Isnek se sienta en el borde de la cama a la vez que con una voz tenue llama a su única nieta y la pregunta ¿por qué el cuerpo de una mujer tiene que estar sometido a todo tipo cuestionamientos, opiniones e invasiones de la intimidad? Hemos alcanzado muchos derechos que durante años nos fueron negados, pero aún no tenemos la igualdad efectiva. Cariño, da un paso al frente, prosigue con nuestro legado y detén la afrenta.

Ilimitado

Susana Luna Torrealba (Panamá)

Quiéreme entera, sin límites, sin reservas.

Quiéreme con la libertad de saberme mujer, completa, humana.

Que nuestra igualdad sea la bandera de esta unión perfectamente capaz de equivocarse.

Que tu sexo y el mío sean el complemento de nuestras individualidades.

No desees, pues, poseer mi cuerpo; quiero que tengas el ánimo de conocerme toda, en pensamiento, palabra y obra.

Reconóceme entonces con ideas afines a las tuyas, que nuestro lenguaje también es universal y que juntos luchamos por las mismas causas.

De lo contrario, amor, entonces todo será una mentira, pues nunca me habrás reconocido y eso que llaman amor no será más que una quimera.

Pero si te atreves a quererme de verdad, sin las barreras que nos han impuesto, entonces estaremos más cerca el uno del otro, y quizás estaremos más cerca de alcanzar aquello llamado felicidad.

Redención

Lidia Muñoz Mora (Córdoba)

Se esconde el sol y ya sabe lo que viene: otra noche más de despojarse de su cuerpo para poder evitar más heridas en el alma.

No se mira en el espejo porque no podría soportar verse en los ojos de la mujer en la que se ha convertido. Si solo le hubieran dejado elegir ... si hubiera tenido otra alternativa... si no se hubiera visto obligada...

Ahora, transformada en un objeto, se deja llevar por el lento movimiento de las agujas del reloj, soñando con poder viajar atrás en el tiempo y liberarse, de una vez por todas, de sus cadenas.

Solo hay una cosa que podría cambiarlo todo: igualdad, pero tiene la certeza de que eso no está en sus manos.

Cuando todas nos levantemos, cuando un grito nacido en lo más hondo nos desgarre la garganta, cuando no tengamos miedo, entonces ella será redimida.

Viva sin vivir

Rosa Poveda Alfonso (Pontevedra)

Aún recuerdo aquella madrugada en la que ella intentaba dormir, mientras tu entrabas borracho por la puerta. La mujer se asustó, en consecuencia, yo también. La violaste. Le intenté decir que nos fuéramos de allí para siempre, que tras esas cuatro paredes existía un mundo (mejor), pero ella estaba aterrorizada y tenía la esperanza del regreso del hombre que fueras.

La igualdad ganó la partida el miedo cuando decidió que “hasta aquí”, se levantó como pudo, la barriga era ya abultada, y cuando la viste allí, con el camisón roto, intentando abrir la puerta... le clavaste un cuchillo por la espalda, haciendo que su cuerpo cayera rápidamente al suelo. Me asusté mucho, no sabía que podía hacer, así que intenté agarrarme tan fuerte como pude a las paredes del útero, pero pronto la sangre inundó el pasillo.

La mataste a ella y a tu hija. Me iba a llamar Esperanza.

Estrella

Lara Siscar Morell (Francia)

Hay una estrella brillante plantada en el pecho de cada mujer que muere poco a poco cada vez que una de nosotras se mira al espejo y se siente culpable por no cumplir con los estándares que, desde hace siglos, nos marcan como deberíamos ser.

Cada vez que odiamos nuestros cuerpos por ser exactamente como deben ser.

Cada vez que sentimos culpa por todas las veces que alguien nos hizo creer que no éramos dueñas de nuestra voluntad, y que, en cambio, éramos los juguetes rotos de aquellos dioses que, tras crear el mundo, nos sentenciaron eternamente.

Ya lo dijo Ángela Davis: “el feminismo es la idea radical de que las mujeres somos personas”.

Se trata de arreglar el pasado para proteger el futuro de las que aún no han llegado.

Educar en igualdad.

Vivir sosteniéndonos las manos unas a otros, unos a otras.
De eso trata el feminismo.

“Prisionera”

Soledad Falero Santisteban (Cáceres)

Resguardada tras los gruesos muros de miradas ajenas la mujer aguardaba pacientemente a su amado.

Nunca quiso ser modelo de fidelidad ni de paciencia infinita, intuye su no igualdad. A diario, se conformaba con su suerte, en pugna constante contra el impulso de escapar. Decidida a ser buena esposa entretiene la espera tejiendo y destejiendo sus horas, sintiéndose tras cada madeja gastada, más ligera.

Aquel atardecer se supo bendecida cuando sintió que algo cálido y viscoso la envolvía. La hambrienta sombra que devoraba su cuerpo casi se asustó al verla sonreír, tan sin cautela.

Ataduras

Yolanda María Jorge Besteiro (Sevilla)

Hay muchas cárceles en este mundo, y no siempre puedes ver los barrotes que te impiden la libertad, a veces las cadenas no son visibles, sólo por quien las lleva día a día, durante años. Esta atadura inmensa deja huella en la mente y el alma, es emocional, familiar, social y económica, se mueve contigo mujer, está cicatrizada en tu cuerpo.

La cadena parece estar sólo atada al tobillo, pero estás secuestrada toda tú, eres prisionera de quienes roban tus derechos, pisotean y discriminan con indiferencia, y lo sufres doblemente: en tu relación de pareja, por quien amaste un día y se convirtió en el lastre que te impide respirar y no merece más tus lágrimas, y en tu otra realidad, esa búsqueda interminable de independencia económica que te salvaría, y ves truncada, por la intolerable falta de oportunidades laborales e igualdad, que te asfixian y controlan tu destino.

A contracorriente

Francisco Javier Cano Santa Bárbara (Navarra)

Todas tenían pelo largo y ella eligió llevarlo corto. Todas jugaban con muñecas mientras ella le daba al balón. Todas se arreglaban para gustar a los chicos y ella solo tenía ojos para su amiga del alma. Todas se quedaron en el pueblo a trabajar en la cooperativa familiar. Ella se independizó y no paró de viajar. Todas se casaron con sus novios de siempre. Ella despertaba cada noche con su cuerpo desnudo en una habitación distinta. Todas acataban órdenes que no compartían. Ella fue una mujer que luchó por la igualdad. Todas tuvieron hijos varones. Ella fue madre soltera de una niña que llamó Libertad. Todas envejecieron en la misma casa. Ella rejuveneció al volver al lugar de origen. Todas murieron solas. Ella lo hizo acompañada.

“Bella” La Pastora

Juan José Sánchez Benito (Salamanca)

“Bella” tuvo que abandonar la escuela para cuidar ovejas cuando todavía era oscura y alargada la sombra de la posguerra. Su padre estaba enfermo. Desde el primer día la criticaban que eso era cosa de hombres y los demás zagales le voceaban que se fuera para casa. No se amilanó. Aunque era mujer ya pensaba que la igualdad debería reinar sobre todo en casos como el suyo. Le pusieron la “Bella” porque era hermosa y aunque la rechazaban por ser mujer pastora si adoraban los mozos su cuerpo pero ninguno se atrevía a “tirarle los tejos” por el “qué dirán” de los demás.

Llegó un maestro nuevo que les daba escuela por la noche a estos que no acudían por el día. Se enamoraron y se casaron. Se hizo maestra y aleccionaba a las niñas a ser feministas. Los pastores heredaron el machismo pero ellos lo erradicaron reinando la igualdad.

Me contaron un cuento

Ana Mancheño Pons (Cádiz)

Soy una mujer y por eso me contaron que debía ser dulce y hacendosa, que debía esperar hermosa y sin mácula a que viniera un príncipe azul a rescatarme. Lo que no me contaron es que los príncipes azules, a veces destiñen, y te manchan el cuerpo de morado.

Me contaron que debía ser buena profesional y trabajar sin levantar la voz, ni ser demasiado ambiciosa. Lo que no me contaron es que sólo estaba para cubrir la cuota, para alegrar la vista.

Luché con uñas y dientes para encontrar mi sitio y volví a casa para hacer la cama, la mía y la tuya. Tuve que demostrar el doble para conseguir la mitad y lo hice sobre tacones de aguja y con los labios pintados.

Les contaré a mis hijos que no deben caminar ni delante, ni detrás de nadie. Que avancen en igualdad, tomados de la mano.

Secretos que nunca debieron estar ocultos

Sol de invierno (Chile)

El agua nos llegaba hasta las rodillas, las olas nos acariciaban la piel y nuestras miradas fijas en el horizonte se encontraban suspendidas mientras nuestros ojos en lágrimas recibían el relato de la otra y nuestros cuerpos estremecidos buscaban consuelo en el roce de nuestras manos amigas. Seguro ustedes hablando de supuesta igualdad y de que las mujeres son mejores que los hombres, dijo mi tío cuando nos sentamos en la arena. Yo no quiero solo igualdad, le dije; yo quiero que mi hija no llore con su prima frente al mar compartiendo dolores que nunca debieron existir, desentramando secretos que nunca debieron estar ocultos ni lamentando medidas que nunca fueron tomadas.

Abrillantada

Estela Núñez (La Rioja)

El amanecer llegó entumecido al azar de mi cuerpo. El sonido del herrerillo desde mi cama, me hacía intuir un “domingo de luna”. Marcos, amigo desde que salimos de la puericia, lo usaba para describir el descanso matinal superlativo, de reflexiones y sin relojes, después de una noche con nuestros incondicionales.

Aún recuerdo aquella tarde en el concierto de Estelares, con entrada básica, cómplice mirada, eterna sonrisa, y un helado compartido de pistacho y chocolate. Algo ruborizó nuestros corazones destellantes que suplicaban razón de ser.

Crecí con él. Aprendí a vivir sin miedo, a luchar por mis sueños, a no ponerme límites. A ser dueña de mi destino y, en definitiva, a ser mujer. Yo le digo: “eres el sueño de mis amores”.

Y recíprocamente, el amor nos llena con una miríada de unísonos aprendizajes. Somos igualdad, somos resiliencia, somos viajeros del tiempo despegando juntos al resto de nuestras vidas.

Infidelidad

María de la Paz Valero Uceda (Jaén)

Querido lector, durante más de veinte años estuve casada hasta que de pronto un día la infidelidad pasó por mi puerta, jamás pensé que lo haría, más mi cuerpo ardía de ganas por volver a ser alguna vez la mujer que un día fui.

Yo pensaba que era feliz, hasta que me reencontré con aquel viejo amor que me hizo comprender que no se puede amar sino es en igualdad, que el menosprecio y la inseguridad no puede nunca formar parte de una relación, y fue así como poco a poco me fui enamorando nuevamente de él.

Recordaba todos aquellos momentos que vivimos juntos y no sé en qué momento ni por qué me había olvidado de él, si en verdad me hacía tan feliz.

Fue por eso que cuando abandoné mi casa, sabía a donde iba, a reencontrarme con él, que no es otro que MI AMOR PROPIO...

Casa de muñecas

Ramón Ferreres Castell (Barcelona)

Por todo lo que me explicaba la niña que tan cuidadosamente me cepillaba el pelo, había llegado a la conclusión de que existía un mundo fuera, más allá de los muros de esta casa, donde la mujer era dueña de su propio cuerpo y luchaba por la igualdad, pero Ken siempre lo negaba: «Barbie, si así fuese, te lo diría, ya sabes lo mucho que te quiero, pero no hay más mundo que éste. Son cuentos y fantasías de la niña».

Un jersey a rayas

Plaiton (Salamanca)

La mujer robot de última generación que pedí por Internet era clavadita a mí; incluso se movía y hablaba como yo. Le puse mi jersey a rayas recién comprado y le recogí su abundante melena rubia con la misma cinta descolorida que yo solía usar cuando estaba en casa. A continuación, le pinté moratones en diversas partes de su cuerpo y también le oscurecí lo mejor que pude con maquillaje el mismo ojo que yo llevaba a la funerala desde que Mario, mi marido, me zurrase de lo lindo. Luego la programé para que, en aras de la igualdad, devolviese los golpes cuando notara que alguien le ponía la mano encima. Poco después abandoné mi casa para siempre. Me iría a cierto lugar de Italia en el que, seguramente, me compraría un nuevo jersey a rayas.

Desaprender

Verónica Vallez García (Madrid)

Sentía una pereza oceánica al ver una y otra vez la misma escena en películas o series a las que se las suponía igualitarias, el término feminista, con toda su buena intención, a estas alturas le parecía bastardeado. La mayoría de veces era lo mismo; una mujer o varias mujeres hablando de una reciente ruptura inflándose a helado, dulces, bebiendo como cosacas o llorando cuan Magdalena. No importaba si estaba escrita o dirigida por hombres o mujeres, solía ser así.

Eligió un título al azar y reescribió. Sí, había otro final y otro principio que no era maltratar tu cuerpo, tu mente y esperar con ojos de cordero degollado no sé sabía el qué o a quién. Eligió también “romper” con todos esos discursos escuchados hasta la saciedad y preguntarse que era y que significaba realmente la palabra igualdad y cómo podría ejercerla de manera real.

Renacer

Elena Olivella (Barcelona)

La parca vino a buscarle. Con ella no pudo. De nada le sirvió su tiránico poder. Fue mi ladrón particular, me robaba vida. Valló mi existencia para que la felicidad no se me acercara. La banda sonora de mi día a día sonaba a grito. En mi cuerpo, tatuajes hechos con la tinta de la violencia. Los estampados de mi indumentaria eran de flores marchitas.

Cuando Telmo murió, una mujer volvió a parirme.

El pasado me agarra para que siga en mi cárcel hecha de miedo. El presente tira de mí para liberarme.

Llevo el vestido minifaldero preso en mi armario, mis botas de tacón, que hibernaban en una caja aguardando a obtener permiso, y me he maquillado.

He quedado con unas amigas a las que hacía tiempo que no veía. Estoy sentada en una terraza, sola pero, más acompañada que nunca. Comparto mesa con Libertad, Igualdad, Esperanza y Dignidad.

Un deseo

Juan Francisco Pasquel Saltos (Ecuador)

La mesera se acercó a la mesa.

- ¿Qué desea el caballero?

- Un café, nada más - respondió él, en tono serio y enérgico.

- Y ¿qué desea la dama?

- Igualdad - respondió la mujer llorando, mientras se quitaba el chal que cubría su cuerpo lleno de golpes y moretones.

- De eso no tenemos - respondió la mesera, mientras daba media vuelta para ir a preparar el café.

Emneogenesisia

Amaia Pérez Larumbe (Madrid)

Depende del número de días, aunque nunca más de diez seguidos porque podría provocar daños psicológicos. Queremos impactar de manera positiva en la vida de las mujeres, y en ese sentido, somos muy cuidadosos con la salud mental. También con la financiera, nuestro principal valor es la igualdad. Contamos con planes para menores de 25, desempleadas, madres de familias numerosas, y por supuesto, jubiladas. No es su caso, obviamente, pero tenemos un programa magnífico, A cuerpo de reinas, para más de 65.

Bueno, respondiendo a su pregunta. Vivir en otro cuerpo, una semana, son 452.700. Yo siempre pongo este ejemplo porque me parece muy gráfico, ¿cuánto cuesta un traje de neopreno?, muchísimo y solo es superficial. Nosotros somos referentes aplicando la técnica más puntera y segura. Le proporcionamos un cuerpo de sustitución, que se asemeje al suyo, pero perfectamente sano y funcional, enérgico, y, sobre todo, con alegría de vivir.

Donde deje mi nombre

María del Pilar Rivas Orjuela (Valladolid)

Cada mujer tiene una historia diferente. Con más o menos aciertos, angustias, dolor, risas.

Pero tenemos algo en común, iniciamos este viaje nos proponemos cambiar. Estamos dispuestas a superar altibajos, aprender desaprender.

Correr lento o solo caminar. Buscar un futuro. tener libertad.

Con noches en vela días, durmiendo o soñando despiertas gritando muy fuerte o solo no hablar. Cuidar nuestro cuerpo, hallando la paz, cambiar nuestra vida, avanzar sin parar. Sonriendo sincero y buscando igualdad. Bailando con ganas, o solo danzar. Cantando a gritos, pidiendo perdón. Jugando en la nieve, disfrutando el sol. ¿Pero en qué lugar mi nombre perdí? Cuando fui otra, cuando cambie, ¿acaso fue el ego me alcanzo? No pude tolerar la voz de quien con cariño algo susurro.

Olvide el motivo de llegar aquí, buscarme un mundo más feliz. Por el contrario, lo que devolví, fue mi propio monstruo del que antes hui.

Dicotomía

Sonia Corral Franco (A Coruña)

- ¿Qué tenemos Ferreira? ¿Por qué tanta urgencia?
- Inspector, hemos encontrado el cuerpo de una mujer, veinteañera, traumatismo craneoencefálico y víctima de agresión sexual.
- ¿Y has interrumpido mi partido de pádel por otra puta muerta por un cliente insatisfecho o a manos de su chulo? Y después estas feministas reclaman igualdad, cuando escogen el camino fácil. Lo difícil es tener un trabajo como el mío, y perder un domingo aquí.
- Señor, creemos que no se trata de una prostituta. Esta es la ropa que llevaba puesta. Estaba desperdigada por la zona.
- ¿Y llevando puesta esa ropa, me dices que no se trata de una fulana? Si no lo es, vestida así, ella misma se ha buscado lo que le pasó. Andando sola por este camino de noche y así vestida, ¿Qué esperaba que le pasara?
- Señor, lo hemos llamado porque creemos que puede identificar la víctima.
- Nooooooooo....¡pero si es mi hija!

La simplicidad de la belleza

Nerea Sanz Zabala (Navarra)

Me aproximo al lago para extender el brazo. Una cascada vibrante llora desde la yema de mis dedos cuando lo hago. Mientras examino la forma en la que el agua se cierne a mi piel, pienso en lo radiante que se ve mi cuerpo reflejado en ella.

Quizás, los humanos estábamos destinados a observar nuestra propia imagen exclusivamente a través de un espejo fabricado por la naturaleza. La mujer dejaría de preocuparse por esos “errores” que le han hecho creer que tiene, sin saber que son propiedades únicas.

Admiraríamos entonces las curvaturas y líneas que nuestra silueta forma, libre de las exigencias impuestas por una sociedad que olvidó la esencia de la igualdad tiempo atrás.

Simultáneamente, reconozco una sombra reflejándose y giro para encontrar a alguien familiar.

-Yara, nunca olvides que la auténtica belleza se halla en la naturaleza.

Mi abuela sonríe antes de desvanecerse con el viento.

Los titiriteros

Verónica Marcos Pampliega (La Rioja)

Antes de cada función repiten el mismo ritual, preparando el atrezzo y cada uno de los muñecos.

En el teatro él es quien lleva la voz cantante, igualito que en la vida real. Le dirige a su antojo cual marioneta de trapo. Ella es un títere más con forma de mujer, manejada toda su vida por los hilos de las costumbres, del “siempre ha sido así” y del “aquí mando yo”, sin ningún atisbo de esa igualdad que se supone ya superada.

Su cuerpo se ha movido a merced de él, justo a la velocidad y dirección que le ha ido indicando, sin rechistar y sin derecho a réplica.

Aunque no conoce otra vida que la del ambulante y titiritero, quiere creer que esas manos que han estado guiándonos antaño no tendrán otro remedio que dejar a cada mujer seguir su rumbo y conducir con su propio timón.

Vértigo

Paco Moreno Trinidad (Cáceres)

Tenía todo preparado, encima del lavabo.

Pensaba: dos rayitas de nada. La primera, sin problema. ¿Y la segunda...? Con la segunda empieza el viaje.

Hay a quien le da por llorar. Generalmente de excitación, pero también de nervios y a veces hasta de pena. Se abre un mundo de color, o te cae encima una sombra.

Para los tíos resulta más fácil. Acabe como acabe la experiencia, no falta quien los sostenga. ¿Pero y a mí?

Bueno, he dado el paso.

Y he tenido que sentarme, con el cuerpo alborotado. Es cierto lo que contaban: el subidón. Ganas de saltar, gritar... y un poco de miedo.

Es cierto: el vértigo cuando aparece la segunda rayita del test.

Pero créeme: esta mujer no llora. Afrontaré las dificultades. Donde no encuentre igualdad, pelearé. Incluso sola. Pelearé por ti y por mí.

Comienza nuestro viaje. Próxima estación: ginecólogo. Siguiente: elegiré tu nombre.

Sabiduría que llega rozando los cincuenta

Estitxu (Bizkaia)

Hija, ahora que has cumplido catorce años, quiero enseñarte lo que yo no he sido capaz de aprender hasta ahora.

Rozando los cincuenta y con los cambios que mi cuerpo ha experimentado, no sufro ni la mitad de los complejos que sufrí con veinticinco.

Rozando los cincuenta, cuando un hombre cuestiona profesionalmente a una mujer, me produce tanta risa como ira me provocó a los veinticinco.

Rozando los cincuenta, cuando alguien siente celos, me produce tanta ira como risa me provocó a los veinticinco.

Rozando los cincuenta, siento tanta admiración por decenas de mujeres como envidia sentí a los veinticinco.

Así es la vida. Al doblar la edad, los complejos se dividen por la mitad, la risa se transforma en ira, la ira en risa y la envidia en admiración. Los sentimientos, como el concepto de la igualdad, ni se crea ni se destruye, simplemente se transforma en algo mejor.

La aventura de amar tu cuerpo

Celia Rodríguez San Pedro (Cáceres)

Ella se miraba al espejo, observando cada curva de su cuerpo. Durante años, había tratado de esconderse con ropa holgada y sonrisas falsas, convencida de que su cuerpo no era suficientemente bonito.

Pero un día, se dio cuenta de que su cuerpo era suyo y de nadie más. Decidió vestirse con lo que le gustaba, y no lo que esperaban los demás.

Con el tiempo, su confianza en sí misma creció, y se convirtió en un faro de luz para otras mujeres que luchaban por la igualdad y el respeto por sus cuerpos. Un día, mientras caminaba por la calle, una joven mujer se acercó a ella con lágrimas en los ojos y le preguntó: ¿Cómo aprendiste a amarte a ti misma?”

Ella sonrió y le tendió la mano. “Todas las mujeres merecen amor propio y respeto. Y yo estoy aquí para recordarte eso. Juntas, podemos hacer la diferencia.”

Yo decido

María Eloísa Caro Durán (Badajoz)

El incuestionable y tradicional Consejo de la Mujer, como siempre hacía, desde tiempo inmemorial, preparaba a Natalia para salir a la calle.

- Debemos cambiar ese carmín rojo por uno rosa, según la ley cinco barra nueve, dijo el joven del pelo azul.

- Hay que acortar la melena cinco centímetros, como dice la norma, añadió el abuelo de barba fucsia.

- Ese tatuaje debe ser más pequeño, señaló el chico del flequillo interminable.

Mientras escuchaba aquella absurda conversación, Natalia se preguntaba: Acaso nadie se da cuenta de que ellos están decidiendo sobre mi cuerpo. Acaso nadie quiere saber que sólo yo tengo permiso para ello.

Natalia se incorporó, dio un puñetazo sobre la mesa y se marchó al país de la Igualdad.

Alas mojadas

M^a Esther Zárate Moya (Albacete)

Primero fueron sus miradas, esas que lo dicen todo sin hablar. De extrañeza, después de incomodidad, más tarde, de rechazo. A mi alrededor, el resto de orugas, sin nada que las diferenciase, se retorcían como si algo terrible estuviese sucediendo. En mi cuerpo estaban germinando pechos y unas redondeadas caderas. Entonces, comenzó la discriminación. ¡Mujer! gritaron, y lanzaron agua sobre mis alas.

En los siguientes días, cada vez que unas pequeñas alas asomaban, el grito estremecía el bosque: ¡Mujer! Ellos voceaban, a nosotras nos arrancaban las alas. Ya no pudimos volar.

Y un día sucedió algo muy extraño. A una de nosotras le aparecieron unos pequeños bultos en la espalda, después, y con mucho dolor, de ellos salieron plumas. Aunque ellos seguían arrojando agua, ella elevó el vuelo dibujando la palabra igualdad. Fue un vuelo corto.

Nos miramos, diciéndolo todo. Comenzamos a frotar nuestras espaldas y están saliendo plumas. Volaremos.

Una mujer extraña

Cristina Mora Cordero (Málaga)

Cuando era pequeña nadie le avisó que la distancia que la separa de sí misma se haría cada vez mayor. Nadie le dijo que no volvería a usar aquel vestido verde que tanto le gustaba o que nunca volvería a reír de la misma forma. Hubo quienes intentaron protegerla, pero acabó perdiendo su niñez demasiado rápido. Tapó los espejos y el plato; empezó a cuestionarse la belleza, la igualdad y el deseo. Ahora habitaba en ella una mujer que no conocía. Le ardía el pecho y le temblaban las piernas; se enfadaba y lloraba de frustración. Sentía su propio cuerpo como ajeno. Quiso arrancarse la piel en un intento fallido de reencontrarse con la niña que fue, pero parecía haberse marchado. Siguió buscándola con los años. Acabó besando la vejez en sus arrugas y la infancia en su risa. Nunca nadie le avisó que crecer significaba volver a encontrarse.

Para qué todavía

Emilia García Castro (Asturias)

Hay un ser trabajador, muy sufrido y poco visible que se llama mujer.

No conviene que a ese ser, en determinados días, se le ocurra hacer mayonesa, porque no liga; ni bizcocho, porque no sube; ni riegue las plantas, porque se pudren. También debe respetar el tabú del cuerpo, y hacer como si no supiera nada del asunto. Que no estudie en igualdad con el hombre, y si lo hace, que aprenda poco; a ella, con ser madre le basta. Luchará por el privilegio de tener un esposo a su lado, porque este sí que sabe de todo.

Así piensan algunos hombres, incluso ciertas mujeres, hoy en día.

Se dirá que no hace falta el feminismo para que una pueda hacer mayonesa, bizcocho o regar plantas cuando le venga en gana.

Pues sí, para esas pequeñas cosas y para las grandes, aún hace falta.

Anhelos

María Camila Torres Bernal (Valencia)

Estaba tumbada en el amplio jardín, bajo la sombra de un enorme árbol, leyendo un pesado libro, y no pude dejar de comparar estos elementos conmigo misma y reír. Soy Ada, poseo un cuerpo y un corazón con igual proporción de grandeza. Bajo la alegría del cobijo de la naturaleza, me pregunto qué sería o qué haría cuando llegase a la juventud de mi vejez. Podría, tal vez, dedicarme a ser magia y otorgar de vida los pensamientos de existencias invalidadas que han descendido al olvido, o quizá buscar un planeta en el cual se desconozca la igualdad porque su antónimo no existe. No amenaza.

Por ahora, en mi sentir presente, debo ingeniármelas para hacer que las mujeres tengan un mundo lleno de ruido, que casi ensordezca, porque tanto silencio conlleva a la sombra, y la sombra, al ser anónimas, y al ser anónimas, desaparecemos.

Una pregunta normal

Paloma Ruiz del Portal Muñoz (Málaga)

La rueda de prensa está a punto de empezar. Y es que una extraña mutación genética de alcance global, operada durante el sueño, está convirtiendo a miles de hombres en mujeres.

- ¿Usará su cuerpo para ir provocando?- me pregunta un periodista de pelo grasiento.

- ¿Le cuesta más tener orgasmos?- inquiera otro, en la segunda fila.

- ¿Llora más, conduce peor, se ha vuelto envidiosa y locuaz?- quiere saber un tercero.

Guardo silencio, estupefacto. Ignoraba que la lucha por la Igualdad fuera tan necesaria

-¿La humanidad será menos violenta?- pregunta una reportera joven.

“¡Por fin –suspiro- escucho una pregunta normal!”

Radiografías

María Beltrán Fernández (Málaga)

La máquina, implacable, recorre su cuerpo de mujer.

Suspira angustiada tratando de no moverse para que el mecanismo funcione a la primera. Se yergue, mira hacia el frente y deja que los rayos X la atraviesen por completo. Resiste. Puede sentirlos. Primero recorren sus talones, suben lentamente de la pelvis a los pechos y, una vez allí, se ralentizan hasta alcanzar el carmín. Pocos segundos después el proceso finaliza y la naturaleza anuncia que no es apta para follar.

El sujeto se aleja con su grupo mientras niega con la cabeza. Justo a esos, a los que se paran en mitad de la acera para atravesarte con la mirada, dejó de llamarlos hombres hace mucho tiempo ya.

Amanda por fin respira y saca otro Marlboro que enturbie ansiosamente su camino. Igualdad, decían...

Son las dos de la mañana y le quedan tres radiografías para llegar sana y salva a descansar.

Asiento

Ofelia Verbal (Colombia)

Mamá les dice: con su permiso, disculpen. Nuestros zapatos rozan las piernas de los pasajeros de a pie. Pasamos frente a él. Se levanta y nos ofrece el asiento. Má le agradece. Nos sentamos.

Él se recuesta sobre ella. Se le hace un bulto donde va la pretina del pantalón. Má alza la cabeza y le dice algo. Él niega y se ríe. Mamá le lanza una fuerte palmada al cuello.

Al hombre se le cae un libro. Lo recojo. Portada con el símbolo de una ese tachada, martillos y palos con garfios como medias lunas. Su cuerpo se mueve con pasos largos hacia la salida. Una mujer lo empuja. Má se tapa el escote con el abrigo. Él se baja en la estación “Igualdad” y sin querer (eso pienso en el momento) nos mira desde afuera.

Ella, roja y silente como yo, no le devuelve la mirada.

Pedazos

Maria Angélica Ciciarello (Argentina)

Llueve. Y el agua sucia corre por la calle, y se lleva todo a la alcantarilla para hacerlo desaparecer. Miro esa garganta insaciable, y pienso cuanta basura habrá ahí abajo sin que a nadie le importe.

Llueve. Y él no sale a trabajar. Lo pone nervioso el encierro, y deja en mi cuerpo de mujer las memorias de su enojo. Hoy su última huella me quedó en el hombro y en la boca también.

Llueve. Y me lo imagino en ese fluir, dejándose arrastrar, manso, a juntarse allá abajo con esas miserias que nadie quiere tener.

Llueve. Y lo veo pasar frente a mí, parte por parte, los brazos, las piernas, la cabeza partida en dos y todo corre hacia el mismo lugar y se sacude antes de ser tragado. Y ahora creo en la igualdad, y me quedo en la ventana hasta que ya nada queda por ver.

Igualdad natural

Zafiro (Cuba)

Dios estableció la igualdad desde el mismo principio en la Tierra con mucha inteligencia y sutileza cuando hizo a Adán fuerte y corpulento con un erotismo insaciable y a la misma vez ocultamente le adjudicó debilidad y dependencia al crear la mujer bella y dulce con un cuerpo irresistiblemente tentador.

Dulcinea

Carmen Pio (Madrid)

Dulcinea llegó a Madrid huyendo de todo. Se instaló en el centro, ese lugar bullicioso donde nadie conoce a nadie, donde eres casi invisible. Sin embargo, ella no podía serlo. Decenas de miradas indiscretas se clavaban sobre su cuerpo de mujer trans. Cada día se metían en su escote, y entre su ropa. A pesar de esto, ella siempre sonreía. Sonreía y fingía despreocupación ante esa hipócrita ciudad que alardeaba de igualdad.

Hacía ya un tiempo, que había comenzado un juego: interpretar su propio cadáver. Cada noche, con los ojos cerrados y los brazos estirados, se tumbaba sobre su cama. En su mente, escogía una mirada, una mirada cualquiera, una de tantas; una vez conseguida, le permitía observar con detalle todo su cuerpo: sin restricciones, sin juicios, sin dolor. Aquello no sabía muy bien, pero le relajaba. Dulcinea caía siempre dormida mientras aquellos ojos, propios y ajenos, la observaban.

Galopando

Baetula (Barcelona)

Apagué el motor. Había sido un día duro. Algo se había enganchado al carro de la pluma y tuve que subir a lo alto del aparato. Nunca he tenido vértigo, pero estar a 40 metros de altura había sido aterrador. Soy fuerte, ágil y siento pasión por los vehículos pesados, así que ser gruísta me apasiona. Pero treparla ...

Fui al bar de siempre, con todos, a tomar “la cerveza de después del curro”. Aquí no eres nadie si no te quedas.

- ¡Que cojones tienes! – Decía uno. – ¡Una cosa es conducir ese bicho y otra es galoparlo! – Gritaba chocando nuestras copas.

- ¡Con un par, Ana! – Gritaba otro golpeándome en la espalda a modo de admiración.

- ¡Con ese cuerpo, y tanto viento, pensé que saldrías volando! – Dijo otro.

- ¡Por la igualdad chicos! ¡Me gusta ser mujer! -Grité, feliz, por sentirme tan plena con mi trabajo y mis compañeros.

Colina que ya no es montaña

Pilar Mosquera Varas (Madrid)

“No” y siente el peso de las ideas que penden hacia el cielo en su cabeza. Comienza a subir y sus músculos se tensan recordándole que ella también es su cuerpo. Una rama cruje y cae en la cuenta de que sus pies pueden avanzar cuesta arriba, en firme, sin dudar. Agradece sentir las gotas de sudor porque ya no provienen del miedo. La respiración entrecortada permite que su voz aguarde en sus pulmones para gritar por la igualdad cuando lo necesite. Levanta la mirada y, entre el verde que la rodea, distingue figuras que progresan en su misma dirección y sentido. Se reconoce por fin en todas las mujeres que, como ella, defienden que su palabra tiene valor. Aprieta entonces sus puños con todas las fuerzas que reúne al darse cuenta de que ya están llegando a la cumbre donde les espera la sororidad. Juntas aprenden a decir “sí”.

La casa del árbol

Francisco Javier Parras Álvarez (Valencia)

Primavera de 1899.

En la casa del árbol se refugiaba la pequeña Ascensión para llorar por su cuerpo de niña, para odiar su alma de mujer. Una tarde, de luz plomiza, un mirlo se posó sobre su hombro, y le preguntó por el motivo de sus llantos.

-Me gustaría estudiar en la Facultad de Derecho para ser abogada como mi papá, pero eso no puede ser.

El pájaro señaló con su pico hacia el cielo.

- Tú llegarás tan lejos como te lo propongas, pues allí, entre las nubes, ya se escuchan los primeros ecos de igualdad.

La pequeña Ascensión Chirivella ya no lloró más, escondió sus lágrimas hasta el día de su graduación en la universidad.

El susurro del río

Fea Blanco (Sevilla)

Andrómaca tiene un corazón osado, pero siendo mujer jamás podrá aspirar a convertirse en guerrero. Inconformista, asciende al pico más elevado de la comarca para demostrar su arrojo a la tribu. Al coronar la cumbre y rozar el cielo, ruega a las estrellas:

- Oh, guardianas de los sueños, muestren a mi gente el camino de la igualdad.

La quietud cósmica se quiebra al responder:

- Vosotros, mujeres y hombres, sois en sí mismo el camino.

Regresa al valle desilusionada y, contemplando su cuerpo desnudo en el río, se deshace en lágrimas: sólo ve diferencias.

- Que aquello que os separa no os aleje de todo aquello que ya os une.

Andrómaca escucha las palabras que escapan de la corriente.

Comprende entonces que no camina sola; que sus pasos abren el camino que otros podrán continuar; que su avance, como el río que llega hasta el mar, es tan natural como imparable.

Hendí el espejo

Olivia Carmona Hernández (Italia)

Hendí el espejo y desnudé mi cuerpo de todo estereotipo. Con agua salada lavé dolores añejos, desvanecí estándares de belleza que me son ajenos. Leí cada centímetro de la historia labrada en mi piel y me enternecí al recordar mi cuerpo de niña. Cuántos cambios e incomprensiones, incontables violencias albergadas entre mis pliegues.

Me pacifiqué con cada uno de mis poros y mis vellos, los enaltezco, los acepto. Son únicos, nunca más antiestéticos.

Honré los surcos de mi sonrisa, que no son arrugas, sino memorias de algarabía.

Dignifiqué el esplendor de mis estrías, mapa de las andanzas, de los cambios constantes implícitos en el viaje. Reconocí en mi flacidez una igualdad que nos vulnera, a ti, a mí y a todas sin lógica alguna.

Hendí el espejo, ya no preciso su reflejo. Me reconozco sin intermediarios, soy mujer cíclica, perfectamente imperfecta y rechazo la violencia del cuerpo hegemónico.

El cambio llegará

Ana Villena (Albacete)

Se miró al espejo y tras sus pestañas vislumbró su cuerpo de mujer y suspiró. Había pasado una eternidad, tratando de encajar en los estándares de belleza impuestos por la sociedad. Ese día, todo cambió.

Comprendió que la igualdad de género no solo se trata de derechos y oportunidades, sino también de aceptar y respetar los cuerpos de las mujeres, sin importar su forma, tamaño o color.

Se puso su ropa favorita y salió con la cabeza en alto. A medida que caminaba, notó cómo muchas mujeres la miraban con admiración y se dio cuenta de que su decisión no solo la había liberado a ella, sino que estaba inspirando a otras mujeres a hacer lo mismo.

Porque la verdadera igualdad solo se logrará cuando todas se amen y se respeten a sí mismas y a sus cuerpos, sin importar lo que diga la sociedad.

Tú puedes parar esto

María José Ramírez Espejo (Tarragona)

Seguía el movimiento de los labios del actor. Sabía las palabras que ahora debían salir de ellos. Pero no salieron; se quedaron atascadas en su boca al apretarla con fuerza.

El actor, en un acto machista, debía haber zarandeado el cuerpo de la mujer y debía haberla insultado para que ella le diera una sonora bofetada en reivindicación de la igualdad.

Ante lo ocurrido, y como autor, debía dar una explicación; pero la voz de la protagonista se le impuso.

—Querido público. Así termina la obra. Mi pareja en esta ficción, no me va a gritar. Y, por consiguiente, tampoco yo tengo que utilizar la violencia física propinándole una bofetada. Tal como estaba planteada por el autor, esta escena no daba fin al maltrato; al contrario, lo alargaba.

Con este final, vamos a aplaudir al hombre que ha apretado los labios y le vamos a decir “Tú puedes parar esto”.

Tras Julia

Ana Vega Burgos (Córdoba)

La estatua está en Malasaña, esquina a Pez. Mujer, falda por la rodilla, melena corta, unos libros al brazo... Representa a la mítica Julia que asistía a la universidad vestida de hombre a mediados del siglo XIX. El escultor, Antonio Santín, obvió disfrazar su cuerpo, borrarle la sonrisa, vendarle los pechos hasta que el dolor se le hiciera náusea. Pero, aun así, es un homenaje a la lucha por la Igualdad: la mezcla de miedo, indignación, sed de conocimientos, impotencia, rabia, vindicación...

Y, finalmente, el pasito adelante. Tan pequeño. Tan grande.

Cada mañana, al pasar junto a ella, vuelvo la cabeza para mirarla cara a cara y, como quien reza una oración, le susurro: gracias, Julia.

Gracias, Julia, en nombre de todas. Gracias, Julia, en nombre de todos.

Sin miedo a nada

Auroraboreal (Madrid)

María se había convertido en una gran profesional en Arquitectura. Ocupando un alto cargo, desatando los celos de sus superiores; Mario su jefe la echó del trabajo “el machismo imperaba”. Este fue su momento “Génesis”, de mujer humillada, menospreciada y sin recursos económicos: a mujer resiliente y empoderada; de armas tomar y, sin miedo a nada.

Hoy María es una “gran” conferencista, en la lucha por las causas de: justicia, igualdad y paridad y, apostando por un mundo mejor; con los mismos derechos y oportunidades entre el hombre y la mujer: no como rivales sino como entes complementarios, donde la mujer se sienta respetada, valorada y aceptada como una persona. Pero desde la realidad palpable; no como una quimera, una utopía o una visión futurista.

Mujer: “fundadora de la humanidad”; prolífica y generosa. María nos invita a cuidar nuestro cuerpo como un altar y no permitiendo la violencia o discriminación.

El poderío

Ariadna Nogueras Claier (Barcelona)

La mujer caminaba con determinación, sintiéndose segura de sí misma. Miraba a su alrededor, admirando la belleza del mundo. Pero no podía ignorar los ojos que la observaban, juzgándola por su cuerpo, su aspecto y su género.

A pesar de todo, ella seguía adelante, luchando por la igualdad y el respeto que merecía. Sabía que no era solo su cuerpo lo que definía su valor como ser humano.

Cada paso que daba era un pequeño acto de rebeldía, una afirmación de su derecho a existir sin ser juzgada. Y aunque aún había un largo camino por recorrer, ella sabía que nunca se rendiría, porque la igualdad no era solo una palabra, era una lucha constante por la dignidad y la justicia.

La aportación de Carmen

E. D. Ansi (Córdoba)

Conocer a Carmen ha sido un descubrimiento extraordinario. Aún estoy maravillado ante semejante vitalidad. Es un auténtico torbellino, impaciente por saborear cuanto la rodea. Su risa rebosa pasión. Sus lágrimas son un torrente de emociones. Todo lo hace con una intensidad desbordante: mirar, comer, incluso vomitar. Parece recién salida de una fuente inagotable de energía que la mantiene alejada del sueño. Carmen no duerme, ni de día ni de noche, y mueve su cuerpo con libertad, ajena a los convencionalismos. Absorta en los detalles más insignificantes, sus facciones tiernas la rebelan como una intrusa entre las preocupaciones banales y las rutinas esclavas. Es como si estuviera plenamente satisfecha por haber venido al mundo, convencida de que sus ojos de mujer son decisivos en la suma de la que resultará la igualdad.

No soy como las otras chicas

Luna González Rojo (Valladolid)

Cuando era pequeña, siempre llevaba un tutú rosa.

Al crecer, aprendí rápidamente a no llevarlo porque eran femeninos, estereotípicos, y una no podía ser como el resto, una tenía que destacar, si no lo hacías, ¿cómo iban los chicos a fijarse en ti?

Intenté ser la chica guay, diferente pero no demasiado, sin que me gustase nada popular, pero todo en el nombre de “ser yo misma”, claro.

Llegó un punto en el que había cambiado mi personalidad, moldeado cada centímetro de mi cuerpo para encajar en el ideal de mujer. Lo fui todo sin ser nada.

Ahora escribo esto con mi falda rosa y aunque la aceptación de otros ya no me define, miro a los chicos de mi clase, a mis amigos, y me pregunto, ¿Habremos alcanzado la igualdad en esto? Cuando van al gimnasio, tocan el piano, hacen skate... ¿También se sienten solos?

Madre e hija

Aurelia Salvador Rosa (Murcia)

- Haz la cama antes de irte Eva, y no te mires tanto al espejo. Ya sabemos que tienes un cuerpo monísimo.

- Dale con el cuerpo ...que no me interesa tener un cuerpo monísimo. Que te miren los hombres por la calle es micromachismo, madre... ¿es que mi hermano ha hecho la suya?

- Tu hermano está trabajando.

- Sí, pero en esta casa lo de la igualdad no se aplica.

- ¿Pero cómo quieres que se aplique si Eduardo es ingeniero desde los 22 años y tú sigues paseando libros con 26?

-Tú eres una mujer machista, mamá. A Edu siempre lo has protegido y mimado porque era un chico.

- ¡Pero qué chico ni qué cáscaras...!

- No te enteras, madre. Hay que luchar por la igualdad efectiva.

- Has tenido exactamente las mismas oportunidades que Eduardo.

- Bueno, que me voy. Hazme la cama tú.

(gritando un poco): ¡Ha llegado, el fin del patriarcado!

Meandro

María Isabel Hernández Cerdeña (Islas Canarias)

Desde la ventanilla del avión observo un riachuelo con forma de cuerpo de mujer. Sus meandros desiguales definen su anatomía; los lodos simulan sus arrugas alrededor de sus senos; su corriente es lenta como las lágrimas que manan de sus ojos al observar tanta belleza. Reconozco el esplendor de una mujer incluso en la naturaleza en la que ni en sus propios riachuelos existe la igualdad.

Huellas

Hugochanel Espinosa Benítez (Cuba)

Ellas, como tantas veces, caminan sobre la arena en dirección al mar. Sus pasos lentos cargan los recuerdos de los años. Este encuentro no fue para hablar; se conocen demasiado. Desnudan una sonrisa, triste, por la ironía de la vida. Van silenciosas hacia el ocaso.

En sus pupilas se suceden los fotogramas. Cuando joven, Viviana decidió no limitar el ser mujer; era la mejor de la clase, representante estudiantil y deportista ejemplar. Ella, valiente y, a veces, demasiado rebelde, erigía la igualdad. Mientras, Renata, la chica dócil del rincón, se preocupaba por su futuro rol de buena esposa, su seguro de felicidad.

Hoy, aunque cada cuerpo difiere del otro, en la orilla hay dos mujeres idénticas, atrapadas en el paradigma impuesto. No les gusta.

Es hora de la despedida. Ya han decidido: Viviana regresará a ser aquella joven que añora; Renata, sin lindas huellas, construirá un camino nuevo.

El recuerdo

Javier Gutiérrez (Barcelona)

Las algas jugueteaban entre los dedos de sus pies. El agua salaba sus tobillos mientras se arremolinaba en torno a ellos con mimo de alfarero. Aspiró el aire salobre y su mente se hundió en el azul luminoso del cielo, acompañada por el graznido estridente de las gaviotas. Cuando posó la vista en un punto del finito mar, un destello verdoso se acercaba con premura, impelida con ansiedad por un invisible aliento marino. Recogió la botella y extrajo un papel sucio y amarillento de su interior: “Socorro, Marisa. Me ahogo”. Lo imaginó hinchado, luchando con desesperación por salir a la superficie y coger aire. Arrugó el papel, dejó caer la botella. Mientras la veía acunarse vacía mar adentro hasta desaparecer, se palpó las cicatrices que cubrían su cuerpo, reconociendo el miedo a la llegada del barco de bajura, sus mofas de la igualdad... el dolor. Al fin, la mujer respiró.

La Cena De Mamá

José Carlos Jiménez Ramírez (México)

Esa mañana como cualquier otra, mamá salió de casa rumbo al trabajo. Para ella trabajar en una maquiladora, era agotador, ya que trabajaba de las 8:00 am y hasta las 10:00 pm.; pero era difícil alimentar a 3 hijos varones. Yo soy el más grande, por lo tanto, me encargo de llevarlos a la escuela, y de limpiar la casa, ya que para mamá, tanto hombres como mujeres, tenemos que ayudar en las labores del hogar, ella le llama equidad e igualdad de género.

Esa noche, mamá no llegó a casa, me asusté y fui a su trabajo a la mañana siguiente. En el trabajo, me dijeron que no se había reportado desde el día anterior. Así que una amiga de la familia decidió ayudarme a buscarla, pero sin novedad alguna.

Después de varios días, pusimos una denuncia, con la esperanza de hallar su cuerpo con vida.

Libres

Esther San Cristóbal Echaniz (Cantabria)

Siento una brisa que me enfría la espalda. Me estiro, bostezando y noto que no está a mi lado, al girarme la descubro fumando. Observo su cuerpo desnudo que se recorta en la luz que entra por la ventana. Disfruto de la intimidad que nos proporciona una habitación en la que nadie nos juzga, un lugar en el que los besos y las caricias son libres y no hay que esconderlos.

Pese a los avances en igualdad y LGTB, dos mujeres que se aman en público siguen llamando la atención. Las miradas, los comentarios o la agresividad de algunos hombres, siguen convirtiendo nuestro amor en algo con lo que tener cuidado.

Me levanto y me sonrío. Nos abrazamos para perdernos en la calidez de nuestros cuerpos.

Somos libres.

Equilibrando diferencias

Ramiro Francisco Rabelo Rodríguez (Cuba)

Se había prometido a sí misma, a pesar de su especial manera de ser, de superarse en todo y alcanzar la igualdad social como cualquier exitosa mujer. Trabajar con altos y rudos hombres, suponía un gran reto para su cuerpo, pero, era tan valiente e inteligente que, con su eficiente proceder, fue acallando las oscuras voces que susurraban maliciosamente su contratación.

Cuando llegó por primera vez al gimnasio a conocerlos, se hizo un silencio sepulcral, como pesada lápida sobre la tumba para no poder abrir la boca, y el fantasma de la grotesca risa, o peor aún, de la burla en su propia cara, se pasease entre ellos. Con sutil autoridad, les dijo que se sentaran sobre el piso del tabloncillo, ella quedó de pie, nivelada a la altura de sus rostros. Los miró sonriente y entonces les habló. Sus palabras eran un seductor canto de sirena.

Herencia

Claudia A. Morales (Argentina)

¿Para qué quieres ir a la Universidad? Con ese cuerpo, no lo necesitas. Eres una mujer hermosa, más que hermosa, eres perfecta. Tu cabello, tus ojos, tu cintura tan pequeña. Y lo mejor de todo, todavía no has sido contaminada con ese virus del feminismo y la igualdad. Mira todo lo que has conseguido manteniendo la boca sellada. El armario repleto de tacones, el carro rosa, la casa en la playa. Sigue así, Barbie. Que así le gustas a Ken. Como le gusta mi mamá a mi papá. Rubia, callada, flaca, callada, bella, silenciada.

Compartimos tus metas

Antonio Fernández Salamanca (Valencia)

Ya tenemos una edad, y aunque por comodidad cuesta desprenderse de costumbres arraigadas, nuestra visión del mundo cambia en función del empeño de las nuevas generaciones. La igualdad, y el acceso de la mujer a parcelas sociales y laborales hasta ahora vetadas, es la auténtica revolución del siglo XXI. Poder mirarnos a los ojos sin rencores, ni ancestrales tabúes, prescindiendo de etiquetas de género que enclaustraban las ideas, y limitaban las capacidades y el desarrollo de millones de mujeres con ilusiones latentes. El hogar y la maternidad como trampas o señuelos, siendo utilizados para esparcir una semilla de dependencia y eterna servidumbre.

Tu cuerpo no es laberinto ni prisión. Tu identidad te otorga un espacio en el mundo de manera responsable. Lejos ya de lugares comunes, fronteras o peajes. Conseguiste llenar los pulmones con el mismo aire que nos cobija, y el cielo vuelve a sonreír.

Metamorfosis

Laura Lerena Peña (La Rioja)

Todos me miraban. Unos con deseo, otro asco, otros con pena. Sin yo tener conciencia de mí misma, ya llevaba colgado un cartel condenándome para siempre: mujer tenía que ser.

Desde pequeña me habían inculcado la idea de que éramos inferiores. Veía a mis iguales arrastrarse por la vida, como queriendo pedir perdón por lo que eran, como insignificantes y repugnantes gusanos. Hasta que un día me harté y reuní a tantas como me fue posible. Nos encerramos cada una dentro de nosotras mismas en señal de protesta. Pasaron cientos de años y muchas murieron, dejando paso a nuevas generaciones. Yo no llegué a verlo, pero un día, cuando el respeto y la igualdad alcanzaron las calles, todas esas mujeres que estaban encerradas, acabaron con los capullos que las aprisionaban y alzaron el vuelo, libres en un nuevo cuerpo.

Sin palabras

Eliana Soza Martínez (Bolivia)

Fue un privilegio ser el primero en conocer sus pensamientos, esos tan profundos y transparentes que no se atrevía a decir en voz alta. El toque de su piel en mis páginas, el frío de la tinta con la que dibujaba las letras era un deleite. La mujer que escribía era única para mí, a pesar de solo pertenecerme sus palabras, en ellas conocía sus miedos e ilusiones.

Me enfurecía esa tristeza traducida en lágrimas y la ira en gritos y puños cerrados. Hubiera deseado quemar mis hojas frente a ella para decirle, de alguna manera, que estaba de su lado, también soñaba con un mundo de igualdad, donde los cuerpos, cualesquiera que fueran estos, no sean acariciados sin consentimiento. El día que dejó de escribir, supuse lo peor.

Grito

Isabel Pavón Vergara (Málaga)

Grito. Siento mi voz solitaria y muda. Nadie se acerca a preguntarme. Mi cuerpo y mi mente se hallan doloridos. Mi corazón de mujer sangra. No sé a quién acudir. Deseo huir. Huir de las imposiciones. Estoy cansada de las agresiones de los que, en contra de la igualdad, sienten derecho a golpearme. Han robado mis fuerzas, mi alegría. Han querido doblegarme y reiteradamente he sucumbido a sus requerimientos. No quiero volver a caer. Anhele tener valentía para caminar, ánimo para avanzar hacia la sanidad. Pero cuando lo intento siento un latigazo en mi espalda. Aprietan mis grilletes. Me necesitan para saciar su ego.

En ocasiones parece que los opresores comprenden mis deseos de libertad. Me hablan con palabras condescendientes, pero es mentira. Son hábiles. Sí, sí, me dicen, tienes razón, comentan. Pero sus síes son noes y derrumban mis razones. No puedo fiarme.

¡Sin tu ayuda no puedo lograrlo!

Grabado a fuego

María Laita Cortés (Zaragoza)

Un baño independiente con ducha propia, habitación individual... detalles contradictorios que pretenden integrarnos.

Acurrucada en mi sillón exclusivo, a salvo de roces mal pensados, la emisora rompe la tranquilidad: «Alpha 83, incendio en el Monte Yerga»

Nervios, adrenalina, excitación, temor a la hora de sentir lo que hacemos igual.

El ruido del helicóptero al bajar, el salto sobre la cima, las llamas al frente... mi cuerpo de mujer confundido con el resto, bajo el mono ignífugo y el casco. Las diferencias desaparecen. Trabajo en equipo, temperaturas infernales, voces en grito entre el trepidar de los árboles prendidos.

Y mientras la ceniza cubre lo que no hemos podido salvar y algún pequeño humo se niega a desaparecer, una mano amiga me ayuda a subir. Agotados, al borde del derrumbe, los puños de todos nosotros chocan unos con otros. Es entonces, cuando la igualdad ilumina mi sonrisa.

Violeta

Marcela Alejandra Poliscchio Pérez (Argentina)

Se levantó dejando la sala a viva voz:

- ¡Sólo porque soy mujer! ¡No lo voy a aceptar!

El silencio inundó el tribunal.

Con una sola frase logró jaquear cualquier alegato predecible. Y ausentándose hizo aplazar el final del juicio.

Tenía claro que la igualdad de derechos no resulta cuando el poder se sienta en el banquillo de los acusados.

El poder juzgando el poder, es obvio el resultado.

Pero se impuso con su artilugio.

Contaba que por esas horas se colarían tras los muros las voces de las mujeres en lucha, reunidas fuera del palacio.

Salió a paso firme de tacón por el hall y bajó la escalinata del gran Tribunal impecable... como un estandarte violeta, su cuerpo se internó en la manifestación.

Camino que todos y cada uno de los presentes en el juicio, iban a tener que atravesar.

Margarita Morada

Verónica De Jesús (Estados Unidos)

Él abusó de su cuerpo, de su mente y de su libertad. La encarceló por años en su infierno personal y cuando ella por fin pudo salir, había olvidado volar. Se había enfermado su alma, su sonrisa se había borrado y sus lágrimas eran agua de manantial. Su dolor arrastró mujeres a repetir su historia, su historia impidió que otras experimentaran un dolor similar.

Hoy coloco una margarita morada sobre su tumba y hago una oración por la justicia y la igualdad.

La abuela

Ana Berenguel Rodríguez (Cádiz)

Cada sábado último de mes, cuando su salud se lo permite, nuestra “Lela” llama a sus dieciséis nietos para almorzar.

La abuela es nuestra heroína. Mujer de una época donde la universidad era sinónimo de masculinidad, para ella significaba igualdad e independencia. Vestía pitillos tobilleros, última tendencia a ritmo de twist, era la única de su clase, primera de promoción. Trabajó siempre, ganando más que el abuelo, que había estado siempre orgulloso de ella, hasta cuando le llamaban “el mantenido”. Tuvo cuatro niñas y dos niños, siendo su prioridad darle a todos las mismas oportunidades. Vuestro cuerpo es vuestro templo, no permitáis echar raíces en él a los mediocres. No hay mayor victoria que un “No” a tiempo, nos repetía continuamente.

Caminad al lado de quien os dé vuestro sitio y no juzguéis a mujeres y hombres de cintura para abajo, sino de cuello para arriba.

1932

A.J.S.M. (Salamanca)

La sala estaba abarrotada. La reunión literaria en torno a “El Cuerpo” fue un éxito.

La invitada de honor, A.A.D., dio el pistoletazo de salida con un discurso absolutamente conmovedor. M.C no pudo más que dejar escapar unas lágrimas mientras su compañera recordaba a M.S., mentora espiritual de muchas de las allí presentes.

Luego, cuando M.A.E. tomaba la palabra, al fondo, S.B. evaluaba las posibilidades de fichar para su editorial a la poeta E.B. . Su hermana, C.B., se la presentaría.

Para acabar, L.M.A. subió al estrado, acudió con un clamoroso ramo de flores, fruto de la emoción de alguno de sus seguidores. Su proclama sobre la igualdad de la mujer en el mundo literario generó un sonoro aplauso.

En las actas del congreso todas firmaron con sus iniciales; hasta años después no lo harían con sus nombres completos.

La blanca paloma

Soraya Paniagua Moro (Salamanca)

De lado a lado se bambolea la talla de una mujer pequeña: es la patrona, la reina de las Marismas, la blanca paloma.

En su vaivén, la levedad de su ser barre los abusos cometidos a su figura: su cuerpo es desmembrado para poder vestirla y enjoyarla.

Con su inmaculado manto cubre las vergüenzas la muñeca: la igualdad de sus estériles alas no consigue el equilibrio.

En esta teatral devoción, es la protagonista quien cada año llora su inmortalidad.

Un paso detrás de otro

Marta López Bastida (La Rioja)

Elena estaba situada frente a la salida. Solo tenía que llegar hasta el último escalón y el premio sería suyo. Cuando oyó el pitido, comenzó a subir las escaleras. Solo pensaba en llegar hasta la cima y alcanzar su meta. Empezó a sentir el peso de su propio cuerpo cuando los peldaños comenzaron a hacerse más anchos. Con cada piso que subía, el esfuerzo era mayor. El agotamiento la acechaba a medida que los escalones ganaban altura. Estaba tan cansada que era incapaz de seguir avanzando; sin embargo, la escalinata de sus compañeros seguía intacta y subían dando ligeros pasos. No estaban en igualdad de condiciones. Elena era la única mujer de la competición, y una vez más, su género se había convertido en su único obstáculo.

Toma de conciencia

Julia Sarasíbar Jiménez (Madrid)

Cuando ella se despertó una mañana después de un sueño profundo, se encontró sobre su cama convertida en una mujer.

Se levantó sobresaltada y corrió hacia el espejo de su habitación. Contó cada uno de sus lunares en un intento desesperado de cerciorarse de que todo estuviera igual que la noche anterior. Poco a poco se dio cuenta de que el cambio no lo iba a encontrar en su cuerpo.

Toda su vida se había sentido extraña, alejada de los problemas del mundo real, de la lucha por la igualdad y de todo lo que conllevaba ser mujer. Sin embargo, esa mañana de domingo había comenzado a tener conciencia real de su ser. Notó cómo una ola de euforia recorría su pecho al digerirlo.

Sentía que, como Gregorio Samsa, había sufrido una metamorfosis. No obstante, en su caso no había supuesto angustia o desesperación. Tan solo orgullo y sororidad.

Legado

Carlos Casas Requejo (Madrid)

Postrada en la cama de un hospital, así es como pasaré las últimas horas de mi vida. Esperando una llamada que, con rotundidad, nunca llegará. Nunca dediqué el tiempo necesario a mi familia y ahora ya era demasiado tarde. No dejaré huella entre mis descendientes, pero mi estampa va más allá. Va más allá de la vida terrenal de los de mi propia sangre y llega hasta cada una de las mujeres del mundo: la lucha inquebrantable del feminismo. Cada una de las compañeras con las que he compartido: experiencias, batallas, sufrimiento, llanto, alegrías, afecto e incluso amor. ¡Ellas! ellas son mi legado.

Mi cuerpo apesadumbrado se prepara para abandonar este dolor incesante. El cáncer ha ganado esta batalla, pero la guerra continúa y mi legado es infinito. Cada día somos más, más fuertes, más unidas y con un ánimo implacable que no cesará hasta conseguir nuestro objetivo. ¡Igualdad!

Nueva Ariadna

Sabel Gante (Vigo)

Soy Ariadna. El sol se ha puesto, lo sé, aunque no puedo verlo. Me encuentro encerrada en este laberinto interminable en el que han convertido mi cuerpo. Cuerpo que da cobijo a mi alma de mujer.

Debo vencer al milenario Minotauro, que custodia las puertas que me permitirían alcanzar la anhelada igualdad. Son innumerables los falsos caminos, que me llevan siempre hacia los mismos insalvables obstáculos: legisladores, jerarcas, conciliación, normas sociales.

Vendrá Teseo y me dirá: “eres libre, como yo”. En realidad, está diciendo: “eres mía”. Desea mi cuerpo, no le importa mi alma. Solo quiere hacerme suya. Y no, no le pertenezco.

Soy Ariadna. No soy de nadie. Saldré del laberinto por mí misma. Más fuerte, más libre. O, simplemente, igual.

Adiós a aquella vida

Juan Guerenabarrena Momeñe (Bizkaia)

Una noche más te observo mientras duermes. Tú aún no lo sabes, pero hoy es el último día. Hoy ha sido nuestra última cena juntos. La última entrada de este diario, a tu lado.

Estoy cansada Gregorio. Cuando nos conocimos, me parecías el compañero perfecto. Ahora, pienso que ese amor fue una locura temporal. Te admiraba tanto...

Al principio, me animabas a volcarme en la literatura y la política, en la lucha por la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Igualdad que, ingenua de mí, pensé que apoyabas.

Soy mucho más que mi cuerpo de mujer. ¿Era solo eso lo que querías? ¿Es acaso todo lo que ves en Catalina? Deja de engañarte. Cuéntale a ella, y a todo el mundo, que la verdadera autora de todas tus obras soy yo, María de la O Lejárraga.

Yo soy la escritora...así que mejor lo cuento yo.

Debo de estar soñando

Miren Alazne Fernández Sáez (Bizkaia)

Debo de estar soñando... amanece y un cálido aroma a café lo envuelve todo. Un beso abre mis ojos y él se encarga de todo mientras despierto.

Llevo a mis hijas a clase. Las beso. María, hace lo mismo y me sonrío. Su pareja la asesinó hace tiempo, pero hoy disfruta del aire. Eso, solo ocurre en los sueños...

Llego al trabajo ¡Luisa está aquí! La readmitieron tras su embarazo. Además, no aguantará al obsceno compañero que ansiaba su cuerpo: el acoso ya no es tabú y ahora es él el despedido.

Hoy, pensamos en Rita, la mujer que limpia la oficina y consideramos su trabajo. Tuvo que dejarlo todo atrás... hoy, tal vez le cueste menos luchar por su familia que la sigue extrañando.

¡No!... el maldito despertador destruye mi esperanzador sueño de igualdad. Sin embargo, algo es distinto... amanece y un cálido aroma a café lo envuelve todo.

Promesas de ocho de marzo

Ludovico (Madrid)

Juraron que podríamos expresar libremente nuestras opiniones.

Garantizaron nuestro derecho a vestirnos como nos diera la real gana.

Dijeron que hiciéramos lo que quisiéramos con nuestro cuerpo.

Propusieron que cada una a su manera pero todas a una.

Prometieron que habría igualdad salarial y se romperían los techos de cristal.

Aseguraron que caminaríamos solas por la calle sin tener miedo.

Nos invitaron a que nos pusiéramos prendas moradas y aceptáramos una flor de regalo.

Se ofrecieron a limpiar y cocinar hoy, porque era el día de la mujer.

Y después de todo esto hay una cosa que tengo cada vez más clara.

No han entendido nada.

Infierno patriarcal

Natalia Cañadas Sánchez (Madrid)

El capitalismo y el patriarcado me llevaron a la calle años atrás para satisfacer los deseos de los hombres sin escrúpulos.

Lloro cuando pienso que mi cuerpo ya no es mío, envidio a las que disfrutaban de su sexualidad como se disfrutaba del fruto prohibido del paraíso.

Soy una mujer sin autoestima y alegría desde que el primer indeseado rozó mi piel.

La ira me invade al pensar en que hay gente que quiere convertir un infierno en algo normal, el infierno de muchas mujeres, el infierno que está preparado para nosotras. Sólo nosotras podemos soportar esto, porque nuestro cuerpo es una fuente inagotable de fuerza. Si soportamos el peso del patriarcado, de que seríamos capaces si alzáramos todas la voz de la igualdad para liberarnos de nuestras cadenas y encadenar a quienes alguna vez pusieron un billete en el tanga de cualquier mujer.

El sacrificio de Isaac

Sandra Sandberg (Alicante)

Una manta teñida de rojo cubría el cuerpo diminuto del niño, tendido sobre la mesa de la cocina como si de un sacrificio ritual se tratara. La madre lloraba en silencio mientras escuchaba las palabras del pastor que trataba de arrebatarse el cuchillo. Su ayudante espantó las moscas con un paño maloliente.

El pastor miró la hora en su reloj dorado.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque lo dice la Biblia, porque no hay mayor prueba de amor que entregar al hijo.

—No hay igualdad en el pecado. Tú no eres Abraham.

—Creí que el ángel me detendría, como hizo con Abraham.

—El Señor te amaba, Sara —contestó el hombre mientras indicaba que podían llevarse a la mujer.

Un brillo feroz iluminó la mirada de Sara.

—No lo hacía. Usted me habló de su amor por los hombres. No me explicó que Dios no se ocupa de los asuntos de mujeres.

¡Auxilio!

Gustavo Magallanes (Venezuela)

Los saltamontes mastican las hojas de sus flores, recuerda cómo tantos hombres que conoció fueron igual de oportunistas con ella. Se aprovecharon de su vulnerabilidad; usaron la fuerza de sus cuerpos para oprimir el suyo y obtener lo que querían.

¡Los saltamontes van de monte en monte, devoran los crisantemos!, no tienen misericordia de las orquídeas o cayenas. En la naturaleza no hay igualdad por culpa de una cadena en la que, los que están por encima como depredadores, pueden decidir el destino de sus presas.

En la sociedad aún no hay suficiente igualdad para una mujer porque hay hombres que también son depredadores.

Su cuerpo estremece, el golpe de la brisa despierta el dolor de antiguos cardenales. Pero ella ha cambiado, no permitirá que la historia se repita. Toma el insecticida y rocía las criaturas. Desea que el llamado de auxilio de las mujeres también sea escuchado.

La había(n) conseguido

Carla Dopazo Pavón (A Coruña)

La había conseguido. Había logrado la libertad por la que llevaba caminando meses en solitario, en peligro constante. Todas las lágrimas derramadas sirvieron, todos los ataques de pánico merecieron la pena: veía la tierra prometida, Europa, y ya nada más importaba. Estaría segura y sería libre. Lejos de su hogar, de la religión que la obligaba a casarse siendo una niña, a kilómetros de la cuchilla con la que la había cortado su abuela... Con distancia vio la violencia conocida: atrás había dejado ser silenciada.

Pisó el puerto con esperanza: sería una refugiada en patera, pero después una ciudadana en igualdad. Lástima que no reparase en que esa gente no iba a socorrerla. Pena porque desconociese la trata y mafias. Llanto por que fuese un cuerpo que emplear. Dolor: era mujer y, en el primer y tercer mundo, seguía siendo vendible, una mercancía de segunda. La habían conseguido.

Hermanas

Ainara Jiménez Sánchez (Alicante)

Tras dejar a Laurita en el colegio, en la intimidad que le ofrece su coche de tercera mano, Julia se vuelve a repetir que lo que está a punto de hacer es lo mejor para ambas.

Enciende la radio. La Ministra de Igualdad está hablando sobre el último caso de violencia contra la mujer y piensa que esa coincidencia es otra señal.

El horror dibujado en el rostro de la niña al descubrirles unas horas antes, ha logrado que rompa la barrera del silencio y de la indefensión aprendida durante más de una década.

A la devastación de su cuerpo sometido y golpeado tras otra noche de tormenta, se suman el miedo y la vergüenza cuando detiene el vehículo frente a la comisaría. Traga saliva con dificultad, nota fuego en el estómago, siente que se asfixia y, con la mirada amoratada, finalmente, entra.

—Buenos días. Quiero denunciar a mi padre.

Ella sigue ahí

Enrique Toro Santiago (Barcelona)

La conocí por su sonrisa, inconfundible, de niña inquieta que abre los ojos a un mundo de sensaciones. Desde que el idiota de su marido la abandonara por una mujer más joven —comentó en nuestra segunda primera cita—, había recordado que le gustaba viajar y visitar museos, salir al teatro y descubrir restaurantes nuevos: había recordado quién era.

Ahora pintaba cuadros y escribía poemas de amor y de igualdad —añadió— para llenar el vacío que le causaron los hijos, ingratos como todos los hijos, cuando dejaron de necesitarla.

Ella seguía ahí, después de tanto tiempo, y yo no me había dado cuenta.

La besé en la entrada del que una vez fuera mi hogar, y su cuerpo se estremeció como el de una adolescente, como el de ella adolescente, impresionada por el beso de un idiota, de este idiota, treinta años atrás.

Palabras

Cristina Rodríguez Mardones (La Rioja)

Desde que empezó a hablar, a María le gustaba estrenar palabras. Repetía las que oía en cualquier parte.

Sus padres tardaron en darse cuenta de que los sonidos que emitía eran términos reales. Se miraron estupefactos cuando la escucharon decir con claridad: alholva. Después vendrían rotonda, golondrina... De tanto oír sus nuevos descubrimientos llegaron a quitarle importancia a su singular cualidad.

El paso del tiempo acrecentó su amor por las palabras. Las percibía con los cinco sentidos: unas sonaban como el mar, otras olían a verano, las había verdes, moradas, aterciopeladas, dulces...

Al hacerse mujer, conoció palabras oscuras que cerraban puertas, humillaban, hacían heridas, palabras sucias que manchaban su cuerpo, nuestros cuerpos.

Descubrió otras que conjuraban las impronunciables y las convirtió en música, en luz y se fueron haciendo himno, bandera... Cada vez más voces las pronunciaban con fuerza escribiendo páginas nuevas en la historia: Libertad, Justicia, IGUALDAD.

Soy tan feminista

Isis Ochoa Ochoa (México)

No admito día 8 de marzo. Me molesta el color morado con dedicación. Detesto las charlas entre mujeres con tema de igualdad. Quiero no ser ayudada así, ni aludida ni ensalzada en pancartas. Volteo la mirada ante este honor. Me arrastras a tu debilidad, tú mi defensora, mujer lila, cuando en tu incapacidad, exiges violentamente que los demás reconozcan virtudes que tu misma no te reconoces. Tú mi bienhechor, me tienes por débil al concederme un día al año dedicado a mi género. Soy tan feminista que quiero todos los días. Tan fuerte e inteligente ser humano soy, que las diferencias de cuerpo y mente con el hombre las complemento sin miedo ni ofensa. Más me complacen en su naturalidad, porque estas diferencias no son un reto, mas son una ventaja. Soy tan feminista que quiero el mismo anonimato que tiene el hombre.

“Oye, mujer”

Adriana Norma Brescia (Argentina)

<<Oye mujer>>... así empezaría el poema. Gestándose en la incommensurable igualdad del ser.

No quiero idealizarte. Ni inmortalizarte.

¡Eres tan humana! ¡Y eres tan divina!

Estás corriendo por la calle con los cabellos al aire, para alcanzar el bus. Y el bus está apurado, y tu perderías el trabajo. “Detente!! Llévame!!”

Corre, muchacha, corre...corre tras tus sueños. Alcánzalos. Ahí están, tienen tu nombre.

Transpiras, te cansas, te ensucias. Tu cuerpo se agita.

Y luego descansas, te repones y sigues.

Quizá parezcas ausente. Quizá te veamos lejana. Quizá estés enojada

O quizá quieras gritar

Y el grito se ahogue en tu garganta. O estalle en la negra noche.

<<Oye mujer, te escucho>>

No te siento la costilla de nadie, pero si el corazón de muchos.

Un sudor frío corre por tu espalda después de una jornada interminable.

Tus piernas no aflojan en la vuelta.

Aunque quizá, la casa, esté vacía.

La huida

Lilo (Valencia)

Apenas veía la luz del día. La noche era su carcelera. Sus ojos irritados empequeñecían sin levantar la mirada de su vieja máquina de coser. Comía mal, dormía poco. El escaso dinero que entraba en aquel piso alquilado era el de su trabajo.

Un ser cobarde y despreciable compartía su lecho. Llegaba a casa cuando ya había anochecido, ebrio, de mal humor. El único lenguaje que utilizaba era el de los gritos, zarandeos y empujones. El final siempre era el mismo: estampaba sus frágiles huesos contra la pared. Su cuerpo roto. Después venía la aparente calma tras un terrorífico naufragio. Mujer, víctima de la España más negra, podrida por el machismo.

Una noche soñó ser valiente. Despidió desde el amanecer a la oscuridad más cruenta. Cogió sus exiguas pertenencias y se encaminó decidida a conseguir la Libertad y la Igualdad. Seguro que estarían esperándola en alguna parte.

Historia de marineras

Alberto Galiana Sáenz (La Rioja)

— Me pregunto a veces si respirar nos incendia, si es acaso un vendaval que te sirven en la puerta y que tomas, dejándote llevar para no volver nunca. Exclamó Helena mientras tañían las ascuas.

— Podrías izar tus velas tejidas de azul, hacer de tu cuerpo barco y navegar, surcando el viento de soplo en soplo y descubrirlo. Respondió Penélope esbozando una amplia sonrisa, iluminada por el fuego que compartieron.

— Mi corazón no es aéreo como el tuyo, nada hay fuera para mí más que estas cenizas. Ventiló Helena mientras regaba el silencio, hundiendo el rostro en sus palmas blancas.

— No hay mujer más airosa que tú y tus virtudes te aligeran. Hay igualdad en las historias, las de todas; siempre nuestras e inconclusas mientras vivamos para contarlas. Es lo que somos, Helena, capitanas de historias.

Esas mujeres

Begoña Sáez Sáez (Burgos)

Las mujeres de mi familia eran supervivientes. Tomaban decisiones, esperando la confirmación de sus maridos; la falta de igualdad era sonrojante, desconocían el sentido de las palabras “cuerpo” o “deseo”, careciendo totalmente de autoridad. Ellas, decidían cuándo ir al médico, porque con mirarme, mi madre sabía que tenía fiebre y justo empezaban a dolerme las anginas; ellas, ante una petición de sus hijos decían aquello de “pregúntaselo a tu padre”, que acababa diciendo “lo que diga esa mujer”; ellas, no usaban perfume, no se les ocurría concederse ese capricho. ¡Bendito olor a lejía cuando tu madre te lavaba la cara, cerrando fuerte los ojos!

Ellas, no se planteaban, la posibilidad de separarse, porque hicieron una promesa de por vida, hasta que la muerte acabara con uno de los dos; todo se resumía en haber tenido suerte eligiendo, conformarse y aguantarse.

Y yo creo que ellas eligieron bien.

Escenas de despacho

Rocío del Campo Pedrosa (La Rioja)

Por fin pasé de aquella monótona sala de espera al impoluto despacho del director de marketing. Era inmenso, evidencia de que la igualdad entre trabajadores no incluye a los altos cargos comerciales.

El director entró en su despacho, me saludó y comenzó la entrevista.

Era un hombre afable. Entablábamos una conversación sencilla y cercana, tanto que no tardó en indagar sobre mi vida personal. Me pareció inapropiado tener que argumentar que estaba soltera, sin previsión de hijos, y otras cuantas impertinencias.

Se acercó a mi lado. Miró mi cuerpo de arriba abajo, y me ordenó desabrocharme los botones superiores de la camisa.

Me negué en rotundo. Entonces añadió:

— Una mujer cualificada para este puesto tiene que agradar la vista del cliente para asegurar la venta. No está contratada.

Asentí, me incorporé con la cabeza bien alta, y me fui; por no decir que hui, de aquel pulcro e infernal despacho.

La decisión de Miranda

Iraldo Ramírez Tapanes (Cuba)

Es madrugada, estoy observando las fotos de la boda. No puedo conciliar el sueño desde que deje mi casa. Fue una decisión difícil. No tuve otra salida. ¿Voy a matricular en la universidad? Dije. Está loca. Dijo él. ¿Por qué? Dije. Tú lo tienes todos. Dijo él. Tú no entiendes ¿Verdad? Dije. ¿Qué debo entender? Dijo y añadió. Tiene una buena casa. Un esposo complaciente. Voy a terminar mi carrera. Dije. ¡Nunca!. Gritó. Es la decisión de Miranda. Dije. No sin mi consentimiento. Dijo él. ¡Cuidado cómo me hablas! Advertí. Hablo así porque soy el dueño de tu cuerpo. Dijo él. Te desconozco. Dije. Tú sabes que no creo en la igualdad. Dijo él. Después de la separación comencé a estudiar hasta graduarme. En el parque de la universidad me esperaba. Felicidades. Dijo él. Me pidió celebrarlo. Decline el ofrecimiento. Ahora soy una mujer con empoderamiento. Una mujer feliz.

Lo que pensé

Estefany Michell Loeza González (México)

Era de madrugada, mis pies estaban fallando, sabía que viviría lo que todas ellas han vivido. Sí, estaba caminando de noche y en calle despoblada hacía mi casa. Aún así pensé que jamás tendría la certeza de toparme con los escalofríos que recorren el cuerpo cuando te sientes amenazada. No tuve culpa, vivía en un mundo donde ser protegida es un lujo que un derecho. Me hacían sentir que escudarme era más un delito que un auxilio.

Y me llevaron, entre dedos, gritos y forcejeos: a manos de hombres necios y ajenos. Con humanos evadiendo enfrente. Y repetía en mi cabeza: La adrenalina no sirve de nada si las personas se ocultan a la realidad viva.

Y vi el mundo arder por mí. Porque, mi cuerpo, yo: mujer; y ellas buscando igualdad, fuimos lo suficientemente humanas, para sentir y saber usar la adrenalina y no ocultarnos de nuestra realidad viva.

Yo confieso

Erbioz (Navarra)

Solo dos días antes te había llevado unas dalias. Hoy leo en el periódico que han profanado varias tumbas. Pienso en tu cuerpo florecido y vulnerado. Una ira ciega hace que me entren ganas de matar a alguien.

Por qué no me indigné así cuando aún vivías. Cuando parías en un pasillo de hospital porque no había camas para todas, ni epidural para ninguna. Cuando te llamaban loca, cállate ya, mujer, porque sufriste una depresión. Cuando limpiabas la suciedad de otros, la mía.

Pasan pequeñas nubes y la vergüenza que siento me oscurece. Si no hay justicia, si no hay reparación para las muertas, qué igualdad pueden esperar las vivas. Y entonces me acuerdo de tus palabras luminosas, que me acompañan siempre, e intento otra vez ser digno de ti.

La lucha que no debemos perder

Cardón (Toledo)

No fue suficiente para el perverso profanar su cuerpo, que la observó hasta que exhaló su último aliento. La igualdad que obtuvo esa mujer era la inevitable... la de la muerte.

Lo que el mundo espera de mí

Cristina Pérez Uzuriaga (La Rioja)

Siento mi cuerpo frío al tacto. Un escalofrío recorre cada una de mis extremidades al verme sumergida en un mar de inseguridades. De frente a mi ser, oleadas de pensamientos navegan en mi interior fluyendo sin rumbo ni control: ¿cómo puedo quedar reducida a una mera imagen? ¿a un solo cuerpo? ¿acaso soy un maniquí? ¿una cara bonita que no atiende a cuestiones trascendentales ni a juicios de igualdad? ¿no soy una mujer de verdad? No lo sé. No tengo una respuesta sobre mí misma, ni sobre la sociedad que se empeña en hacerme creer que soy todo lo que veo en un día gris como hoy reflejado en el espejo de mi habitación.

Volando por la igualdad

Paola Moreno Mora (La Rioja)

Ana es una mujer creativa y empática. Siempre está diseñando actividades y proponiendo planes. Además, le encanta ayudar a las personas que le rodean. Sin embargo, cada vez que intenta volar y exponer sus ideas se siente juzgada. Solo desea dejar de tener miedo y volver a sentir esa libertad.

Clara tiene bastantes complejos con su cuerpo. Demasiadas burlas que desde su adolescencia se fueron grabando en sus pensamientos. Hace unos meses se cansó de que varias personas opinasen tanto sobre su físico. Desde que se dio cuenta de que eso no la define, ahora su personalidad brilla más que nunca.

María ha pasado por muchas dificultades desde pequeña. Su motor siempre ha sido su ilusión por conseguir ser una referente para todas aquellas niñas que piensan que tienen menos oportunidades que sus amigos. Pese a los baches, sigue esforzándose por conseguir que cada vez esté más cerca esa igualdad.

Feminismo en llamas

Mireia González Urcola (La Rioja)

¿Por qué siento tanta furia? ¿Por qué cada vez que me miro al espejo estoy ardiendo? Cada bocanada de aire inflama mis pulmones y aviva el fuego con el que abraso. Llevo milenios vagando por el mundo, en una incansable búsqueda de la igualdad, calcinando el camino que recorro. Nunca pensé que ser mujer pudiera ser una carga capaz de reducir cuerpos a cenizas, sueños a nada. Presto mi llama a ellas, privadas de algo tan simple, humano y fundamental como la libertad. Llevo la contienda en las venas y la protesta en los ojos. Mírame... ¡Miradme de una vez! Escuchad lo que tengo que decir y dejad que mi fulgor se extinga, dejad que el oxígeno que aspiro haga algo más que inflamarse. Mi sofocante existencia no llegará a su fin por cruenta sino por innecesaria.

Sigo ardiendo, pero no me consumo ¿Quién nos ha incendiado?

Inmaculada Concepción

Montserrat Saavedra Abumohor (Chile)

Mi cuerpo se mueve igual que el tuyo. Ambos sabemos hacer esto, jugar este pequeño juego de adultos.

Mueves mis manos sobre mi cabeza y me mantengo firme. Intento pretender que esto me gusta, porque sé que a ti sí. Este acto de subyugación, que me mantiene sumisa a tus ideas, a tu fuerza y a tu sexo.

Cuando me recupero, después de esas noches de supuesta pasión, después de llorar mares, me recuerdo que te amo. Y te beso, porque no tengo para más.

Pero no hay igualdad, no hay nada más lejano a mi de lo que eres tú. Me mantengo cautelosa de tu amor y duermo, esperando no quedar con hija, esperando que si me embarazo no sea como yo, una mujer, ya que sé que existen hombres como tú.

No quiero nada cerca de ella que sea como tú.

El amor es igual

Renacer (Estados Unidos)

Dormía plácidamente, la noche avanzaba; creía que levitaba, ya que miraba mi cuerpo asombrada. Era una mujer afortunada, pues, amaba lo que miraba y es que mi cuerpo se encontraba satisfecho en la cama. Había terminado el día, con una maravillosa jornada, mujeres y hombres unidos, en igualdad cantaban.

Juntos reíamos, hasta en carcajadas, cuando de repente uno u otro de estos hermosos seres, desentonaba. Nos rindió el trabajo, pues la alegría reinaba, en un mundo de igualdad con el que cada uno de nosotros, siempre anhelaba.

Mi cuerpo sudaba, ya estaba cansada; sin embargo, por ser una mujer fuerte, aún continuaba. Se duplicaba mi fuerza, se duplicaban mis ganas. Aún trabajaba, aún cantaba; aún logramos la jornada esperada. Con alegrías y risas, trabajo y honra; entereza para olvidar un pasado, que a nadie trae gloria. Viviendo el presente, alabando a Dios, porque la igualdad nos permite continuar con amor.

Reflejo

Ana Aliana (Zaragoza)

Mi cuerpo, su cuerpo. Las dos en igualdad de condiciones. Mujer y mujer. Al día siguiente hacíamos como si nada hubiera ocurrido. Nos poníamos el abrigo y la bufanda y yo me iba al trabajo. Ella se quedaba esperando, impaciente. Por la noche, cuando volvía a casa, repetíamos nuestro baile lento, cadencioso, mientras nos despojábamos de cada prenda que nos impidiese admirarnos la una a la otra. Cada herida, cada arruga nos susurraban y nos devolvían las palabras del goce cómplice.

Más tarde, el pijama, la radio, la cena y la humedad de mis labios en el cristal.

Mensaje

Darío Piñero Díaz (Girona)

Termina la reunión. Ya todo está definido. El paciente es llevado al quirófano, el personal médico espera por la persona, una de las pocas, capaz de llevar a cabo la operación.

Llega... desconcierto entre los asistentes. Escasa altura, embarazo visible en el pequeño cuerpo femenino. Casi seis horas después, el escepticismo da paso a la admiración, nadie había creído posible lo hecho. La delicada operación a corazón abierto ha sido un éxito.

Todo pasó por la memoria de los asistentes a la huelga en unos segundos, mientras enarbolan el cartel que con visibles letras pone “Mujer, igualdad de derechos sin discriminación de géneros.”

Palabras que matan

Ana María Devaud Oberreuter (Chile)

“Las palabras que salen con empujón de sangre y queman”, eso decía Gabriela Mistral, ¡si pudiera encontrarlas!

Ese día marchábamos con mi hija y miles de mujeres, por tantas razones: ¡igualdad de oportunidades!, ¡el fin de la violencia! De pronto, cayeron las bombas sobre la multitud. Unas corrimos hacia la plaza y otras hacia el cerro. Mi hija se quedó allí. ¡No! le grité, pero ella fue a enfrentarlos y pude ver cuando un proyectil la botó. A mí me frenaron a golpes. No pude acercarme, no pude. Desde lejos vi su cuerpo botado en la calle. La rodearon y la arrastraron del pelo. Hoy me pregunto, ¿de qué me sirvieron años de palabras, de escribirlas, de estudiarlas? Desde entonces busco las palabras que queman y también las palabras que matan.

Reflejo

María Paula Hernández Rivas (Bélgica)

Cuando me miro en el espejo, pienso que en mí existen muchas mujeres. Ellas me acompañan todos los días, me abrazan y me cuidan paso a paso. Conectando con ellas, siento un torbellino de emociones que atraviesa todo mi cuerpo.

Ellas son mi soporte y consuelo, por momentos; amorosas con una madre, pacientes como una abuela, nobles como una niña o comprensivas como una amiga. Todas las mujeres que viven en mí no son iguales, pero juntas sueñan por la igualdad para todas aquellas que luchan allá afuera.

Logro reconocer mi fuerza, coraje y esperanza, pero también veo mis miedos, sufrimientos y debilidades. Mi esencia cambia y transforma todo a su paso. Por momentos, me tengo que concentrar y mirar mis ojos, es en ese momento que encuentro mi centro y comprendo, que no soy la misma mujer que ayer, pero tampoco soy la misma que seré.

Sobre el suelo helado

Bitá Vil (Cádiz)

Con extremo cuidado lavó la sangre de sus manos. Se le escapó un suspiro mientras el agua helada recorría su cuerpo y sintió que el peso del mundo se deshacía lentamente. Se había convertido en una mujer con entereza. Aquellas últimas horas, días o semanas... no sabía cuánto exactamente, la habían transformado de una manera irreversible. Torpemente se abrió paso en la penosa tienda de campaña que se había asignado para ellos.

Encontró un hueco y se acurrucó. Trató de dormir entre el ruido de los gritos, las pisadas apresuradas y algo más allá, el sonido inconfundible de las balas. Mientras que el sueño se la llevaba, sintió el calor de sus compañeros que dormitaban a su lado, compartiendo sus pesadillas en igualdad de condiciones, pues el horror y el dolor van más allá del rango, la clase, el sexo o las circunstancias.

Empoderando a Miss Daisy

Eduardo Molina Carrasco (Murcia)

Hacía tanto calor que Atlanta parecía la sucursal del infierno en el estado de Georgia. Con todo, Hoke decidió acompañar con su chirriante cuerpo los crujientes acordes del porche.

Al fin había aceptado la oferta de Miss Daisy; más cuando la vista le fallaba y no tenía acceso al Cadillac con que había paseado a la señora.

Un nuevo edificio sin pertrechar brotaba en la Avenida Flint. El vapor del asfalto bamboleaba la imagen de la mole y, por un momento, deseó con todas sus fuerzas verlo desplomado, aferrándose a la nostalgia estéril que produce que nunca pase nada a nadie en ningún sitio.

“Pero señora, ¿qué dirán al ver a una mujer llevando a su antiguo chofer negro de pasajero al hospital?”. Recordaba haber dicho, revelando su machismo asintomático. “Dirán que ya hay igualdad: los dos somos simples viejos ayudándonos”.

Un claxon sonó. Miss Daisy venía a recogerlo.

Y después, hacia dónde

César Augusto Rodríguez Rodríguez (Colombia)

Para no despertar sospechas, Lucía guarda lo que considera indispensable, de sus escasas pertenencias, en el canasto del mercado, sale sin hacer ruido y avanza presurosa hasta la carretera. Al llegar a la curva, se da vuelta para observar la casa por última vez. Conoce bien esa parte, pues la ha repetido en su mente innumerables veces, lo que no sabe, es qué hacer después. El hervor de la olla la regresa a su realidad en la cocina, retira la tapa, prueba la sopa en medio de una nube de vapor y se queda mirando a través de la ventana, preguntándose, si más allá de esas montañas existirá eso que llaman 'igualdad', si habrá un lugar en el que una mujer como ella pueda decidir sobre su cuerpo y escoger la vida que quiere vivir.

—¿¡Ya está el almuerzo!?! —pregunta su marido.

Lucía asiente y comienza a servir.

Épica

Hernán Darío España Cruz (Colombia)

Su cuerpo temblaba. No había igualdad en este contexto: los dragones, eran gigantescos y su poder se había mantenido por milenios; mientras que ella no era una guerrera, solo le habían enseñado a tener miedo para poder sobrevivir. ¿Por qué había decidido arriesgarse? Uno de los monstruos percibió la presencia de la intrusa y clavó su mirada vidriosa en la figura sobre la colina; dejó salir un bufido de humo y azufre, al tiempo que los afilados dientes se dejaban ver entre una sonrisa desdeñosa.

Entonces ella recordó por qué lo hacía, por qué valía la pena hacerle frente a este mundo de sombras. Dejó de temblar. Apretó los puños y comenzó a bajar por el verde terreno. Los dragones la vieron venir y se movieron intranquilos. Ella sonreía. Lo hacía porque sabía que no era una guerrera. Era algo más. Era una extraordinaria fuerza arrolladora.

Era una mujer.

Trascendencia

Maria Paula Bedoya Castillo (Perú)

Solo vale el cuerpo, una afirmación que rondaba mi pensar; fuertes declaraciones como diría mi madre. Nadie creía en mí, hasta podría decir que yo misma era mi enemiga.

Tenía que entregarlo, demostrar mi habilidad y no esconderme en un capullo de conformismo, mi trabajo, mi primer orgullo y lo verá todo el mundo.

Esta soy yo, una chica con un sueño de terminar mi carrera, ser Doctora y reconocida por mis aportes científicos, lo único que me detiene es algo conocido como conciencia. Mi sobre pensar me juega malas pasadas, pérdida de oportunidades y desaprovecho esa igualdad que se está haciendo sonar en el siglo.

Sí, soy una mujer que quiere aportar a la ciencia; en algunos países ni se lo plantearían, pero si no damos el primer paso, ¿Quién lo hará por nosotras? Autosuficientes e inteligentes, me encanta ser mujer, lo que me impide brotar es mi cabeza.

La primera

Ronald Anderson (México)

Miraba a los estudiantes caminar por los pasillos de la facultad, prolijos y elegantes en sus batas blancas, con zapatos de charol resonando en el mármol de aquel edificio. Los miraba siempre desde su banca, alegres después de presentar sus exámenes profesionales.

Sus sinodales habían sido claros, ella era mujer y por cortesía habían permitido que cursara las materias junto a sus –consternados y ofendidos– compañeros masculinos, pero hasta ahí llegaban aquellos delirios de igualdad. Presentar el examen profesional era impensable, insinuar su presentación un pecado en sí mismo.

Aquello la frustraba y enfurecía a partes iguales. ¿Cómo era posible que un cuerpo definiera la capacidad de su mente ante los ojos de aquellos que se creían superiores?

Ella no permitiría que las minúsculas mentalidades de sus profesores la detuvieran. Comenzó a escribir:

“Honorable General Porfirio Díaz; Presidente de México: ...”

Teoría vs realidad

Leonor N. Camacho Sillero (Andalucía)

Dos caminos se abren ante tus ojos. Te puedes hundir en la desesperación, su dejadez y su pereza o elegir el camino difícil. Eso haces. Atrás quedaron las dos rayas que anunciaban el comienzo de una vida y las conversaciones de igualdad: “yo no tengo que ayudarte, eso es machismo, los dos colaboramos en una tarea que compartimos”. La teoría es buena, la práctica resultó ser la misma de siempre.

Por suerte, no pesan las ojeras. No te asustan esos cambios sufridos en tu cuerpo. No te importa ver la mujer en la que te has convertido. Los amaneceres que viste de fiesta ahora son una mínima fracción en comparación con los que ves para convertir tus horas en días, tus problemas en oportunidades y su pereza en tu chispa de avance. Total, esas dos líneas del test ahora te miran convertidas en ojos de admiración. Solo eso cuenta.

Ocupar espacio

María Lourdes Blas Cepeda (Andalucía)

Nadia se había pasado toda la vida intentando ser nadie. Destacar, o simplemente ser visible, era algo que había aprendido a evitar. Ni siquiera, en sus pensamientos más íntimos, era la protagonista. Solo vivía para hacer más sencilla la vida de los demás. Se acostumbró a sentirse menos que una mujer, día a día su cuerpo habitaba una extensión más pequeña.

Un día descubrió que su reflejo había desaparecido del espejo y que no se oía su voz. Con espanto, intentó hacerse ver y escuchar, pero no lo conseguía, había sido tanto el tiempo que había estado ausente de su propia vida, que no sabía cómo volver. ¿Cómo podía ser tan fácil ser nadie?

Sabía la respuesta, las bases patriarcales de nuestra sociedad la habían reducido a ese papel. Sabía que solo el feminismo y la lucha por la igualdad podrían hacerla visible, ocupar su espacio.

Quimera

Aïda Romynd (Barcelona)

El pánico me susurra en el cuello cuando el ocaso muerde la claridad. Sé que tengo que apretar el paso, aunque de día soy invisible entre la muchedumbre. Puedo pasar desapercibida por ser mujer, ya que a nadie le interesa mi opinión.

Excepto cuando os volteáis y reseguís mi cuerpo con ojos de halcón. Tengo que soportar las miradas perversas y las palabras que creéis que son amables, como bonita y cariño, aunque no lo son en absoluto.

Una falda no es una invitación. Una sonrisa no significa que quiera nadar entre vuestras piernas. Y mi carácter no determina mi actitud en la cama.

La igualdad muere en la penumbra de la noche. Las ratas se convierten en lobos feroces, y no me queda otro remedio que vigilar mi espalda. Estoy cansada de sentirme indefensa y de que se me nombre solo cuando sucede una tragedia.

¿Hasta cuándo?

Vivir un sueño

Sara Jiménez Jiménez (Alicante)

La vida así lo había querido. El destino había decidido por mí antes de nacer y las cartas estaban echadas. Mi sentencia de muerte se firmó el día de mi nacimiento, cuando mi madre alumbró a un bebé con las peores características: tener el cabello del color del fuego y estar en el cuerpo de una mujer.

Siempre supe que moriría antes de tiempo, así que cuando mi madre enfermó y decidí ayudar con plantas medicinales, no me sorprendió la muchedumbre que esperaba fuera de mi casa buscando a la bruja. Hui más por instinto que por una verdadera creencia de que podía escapar. Cuando llegué al bosque y tropecé, comprendí que todo había acabado. La única esperanza que me quedaba era que la muerte me permitiese volver a nacer en una época donde la igualdad fuera una verdad y no solo un sueño.

De la tierra al cielo

Juan Carlos Somoza García (Vizcaya)

Mi mujer dice que quiere ser un pájaro. Tengo la rama en que se posa apretada entre los dedos. Soy un tipo al que le atraen las serpientes por sus manzanas, pero... no sé qué hacer. Ella no tiene dudas, adivina a ese ser invisible que reptaba por la negrura, agazapado en las tinieblas y moviéndose sigiloso por su cuerpo; el mismo que respira su aliento y procesa su inquietud, mientras esa lengua regurgitando fuego lame sus temblores; el mismo que trata de obligarle a renunciar a la igualdad y todo lo que convierte su existencia en placer, curiosidad y crecimiento. Colonizada y conquistada, ella sueña con el señuelo que salpica el viento, y sus alas me tocan fugazmente en su abandono. Escucho con nitidez el grito mudo de la lágrima anunciando su ausencia porque... yo miro a la tierra, pero ella... se pierde por el cielo.

Entiendo

Ricardo Eugenio Fuentes Elizondo (Madrid)

Siendo un tío heterosexual, me flipaba la idea de salir de un cole solo de chavales, a uno con más chicas; esperaba muchas cosas, pero fui azotado con otras diferentes. Me fui haciendo amigas y entonces descubrí una realidad que ignoraba desde mi nacer. Sin importar su origen o anhelos, cada mujer tiene sus silencios y miedos debido a la sociedad, misma que ignora sus llamados de auxilio y se apodera de su cuerpo. Merecen igualdad y respeto, sin embargo, se les ignora. Es por eso que ahora entiendo su unión y escucho su rugir; ahora comprendo que no salen a destruir, sino a liberar su coraje y a combatir por aquello que se les debería dar desde un principio. Las escucho y apoyo.

Preparada

Raúl Peñalba Gómez (Madrid)

— ¿Qué tal mi amor, estás preparada? —

La miró de soslayo, la ternura de la pregunta, banal en aquel momento, la hizo sonreír y recordar.

Se vio años atrás corriendo a refugiarse de la lluvia, —“mal día para una boda” — se susurraron, riendo y agarrando con fuerza el ramo de violetas que las convertía en matrimonio.

Escuchó aquel grito que aún retumba en el despacho — “nosotras cerraremos la brecha, nosotras vamos a hacerlo” —, cuando decidieron defender sólo casos de desigualdad, sin saber muy bien adonde les llevaría la decisión, pero teniendo la certeza de que era la correcta.

Se ajustó la chaqueta al cuerpo, peino su corto flequillo azul, recorrió con determinación los nueve metros que la separaban del atril, miró a la platea con seguridad y comenzó a hablar:

—Como nueva comisaria europea para la Igualdad de la Mujer, lo primero que quiero decirles:

— Es que estoy preparada. —

Comida familiar

Diego Carretero Román (Las Palmas de Gran Canaria)

“Como si fuera sonámbula, sin ser consciente de ello, su cuerpo se levantó y se puso a recoger la mesa. Los hombres y los niños seguían sentados, riendo y charlando. “Pero déjalo, mujer, que ahora recogemos”. Luego nunca recogían. Su hijo, tan feminista, tampoco: menuda igualdad la que defendía. Hacía rato que todos habían terminado, y tocaba servir el postre y el café; cuando se dio cuenta, ya lo estaba llevando a la mesa.

Se quedó parada a mitad de camino, con la mirada perdida. Estaba otra vez haciendo de camarera, ella sola, sintiéndose estúpida por no quedarse sentada como los demás. Se imaginó pasándoles la cuenta: son 200€, ¿efectivo o tarjeta? Daba igual, no lo podrían pagar.

“¿Hermana, el digestivo?” gritaron desde el salón. “Voy”

Una decisión, un cambio

Tania Vázquez Pereiro (A Coruña)

“Carla tenía 16 años y esperaba con tristeza el día de su boda. Su prometido era un hombre al que no conocía y al cual no había visto nunca. Todos los días miraba por su ventana a las chicas dirigirse a la escuela y lloraba porque quería ser médica. En su mundo no había igualdad y una mujer no podía decidir lo que quería ser.

Un hombre mayor llegó a su casa y la examinó con sus manos ásperas. Le tocó todo el cuerpo alegando que lo hacía para saber si era una mujer fértil. Su madre vio sus ojos vidriosos y le dio dinero diciéndole que se marchase lejos de aquel lugar ya que podría tener una mejor oportunidad.

Años después la vi sonriendo, había formado una familia y era médica, había conseguido todo lo que tanto anhelaba y fue gracias su madre y a su valentía.”

“Ser o no ser... empresaria”

Laura Cervantes Tellez (Madrid)

Catalina se para frente al espejo. Pasa las manos por su silueta, mientras sopesa si este es el mejor vestido para su primer día de vuelta al trabajo. Nueve meses de embarazo y unos escasos tres de baja no le han permitido trabajar mucho en su figura; pero sabe que ser mujer en un mundo de hombres le exige mostrarse intachable e impoluta. Se acerca al espejo para aplicarse el lápiz labial y detesta lo mucho que se preocupa por su aspecto. ¿Cómo es posible alcanzar la igualdad mientras ella se inquieta por haber ganado unas libras, consecuencia de haber traído una vida al mundo, camino a reunirse con un grupúsculo de gordos con corbata? Toma un trozo de papel higiénico, lo dobla a la mitad, lo apoya sobre los labios y boquea. Un último vistazo a cuerpo completo guarda el maquillaje y sus inseguridades en el bolso, a trabajar.

Erupción

Elena Sanz Revuelta (Madrid)

Habita en un cuerpo de mujer sepultada bajo una montaña de cenizas, polvo de brujas, hechiceras, adúlteras o sabias. El latido de su vulva despierta y palpita con fuerza titánica. Una idea emerge, crece, se ramifica y busca el oxígeno prohibido para florecer. El deseo utópico eleva la temperatura de su magma interior. El calor es insoportable, quema hasta que logra la primera fisura en las cárceles que encierran su poder. Por fin estalla. Vomita gases libertarios y un río de lava imparable que disemina por laderas y valles minúsculas semillas de igualdad.

Futuro visible

Edina (León)

No le parece, querido Watson, que a veces los casos más sencillos son los que ocultan un lado más oscuro.

Cuando llegó el matrimonio, a contarnos la historia del robo del anillo de diamante, ya vi algo extraño.

El comportamiento del marido hacia la mujer, como si fuera invisible. Vi en su cuerpo, gestos sospechosos, cuidando mucho sus palabras y por supuesto sus expresiones. Evidentemente era un experto jugador de carta. Reparé como tenía gastados la parte que roza la chaqueta con la mesa de juego.

La igualdad con otro caso que lleve hace años, me llevó a sospechar que dicho robo no había existido.

Había apostado el anillo en la partida de cartas y por supuesto, lo había perdido.

Amigo Watson, la mirada de esa esposa encerraba todas las palabras que no podía pronunciar. Y usted ya sabe cuál es mi método: observar, recordar y la intuición.

Melancólicos anónimos

Ana Isabel Rodríguez Vázquez (Ourense)

Me llamo Lucía y estoy aquí porque no me quiero. En realidad, creo que nadie me quiere.

No me gusta mi vida, ni mi cuerpo, ni ver el vaso medio vacío. Estoy harta de oír hablar de igualdad, mientras un invisible techo de cristal aplasta mis derechos como mujer.

- Tú vales mucho. Eres una pieza fundamental en la empresa. El próximo ascenso será para ti... - Suena bien, pero después de diez años, mi jefe sigue llamándome Laura.

Por eso estoy aquí. Este grupo de apoyo es mi última oportunidad. Necesito encontrar el amor. Ese de verdad, para toda la vida. Que me quiera mucho y bien. Un amor propio que nunca he tenido. Que me haga reír, sentirme feliz.

¿Pueden ayudarme?, Prometo cooperar, mirarme sin miedo en el espejo. ¿Ya he dicho que me llamo Lucía?

El legado

Tebori (Jaén)

Mientras agarra con fuerza el pequeño búho de madera tallado a mano, el zumbido de la máquina la distrae del dolor. Su mente se evade al día en que su abuela le dejó esa figura, junto con algo aún más valioso: una historia. Su historia.

Al parecer, por sus venas corre sangre de onna-musha. Este dato la marcó tanto como el hecho de haber ignorado hasta entonces que una mujer podía ser samurái. Sabe que, en su país, el concepto de igualdad dista mucho de otros, pero se juró a sí misma que, antes o después, su linaje formaría parte de su cuerpo.

A través de los espejos enfrentados, observa su espalda, ya casi entera cubierta por una exquisita guerrera al bello estilo ukiyo-e. Por un momento, se pregunta si su abuela la está viendo. Cierra los ojos, y una calidez familiar le dice que así es.

Me llevó tiempo comprenderla...

Angie Paredes (La Rioja)

“Te ha sucedido lo peor que le puede pasar a una niña”, desde que escuché esa frase aquella tarde de febrero, quise comprender por qué a mis 7 años la vida me cambiaba trascendentalmente. Al crecer, tratando de hallar respuestas sobre el deceso de mi madre, me encontré con que todo partía de una decisión que ella conscientemente tomó. Una rabia se apoderó de mí y fue inevitable no preguntarme “¿Por qué ella no podía ponerse en nuestro lugar?, ¿Acaso no le bastaba con dos niños?, ¿Tenía que traer al tercero, aunque eso implicase dejarnos huérfanos?”

La respuesta vino a mí años después, cuando me vi envuelta en la misma situación, en esa, donde las palabras cuerpo y mujer toman un significado más profundo. Ese día comprendí que, independientemente de que la decisión tuviese razones y consecuencias distintas, ambas teníamos igualdad de derecho de ejercerla sin ser juzgadas.

Sequía

Lola Lasala Benavides (Zaragoza)

De niña sentías tu cuerpo dividido en dos mitades. Una parte de ti, una mujer sabia, fuerte, decidida. Otra, un niño cohibido, solitario, débil. De pequeño creías que la forma de las nubes la dibujabas tú con la fuerza de tu mente, de pequeña, que los jardines crecían solo durante la noche. Anoche enterraron a tu mamá en un pueblo donde te llevaron un verano seco. Tu papá vino a buscarte al jardín y tuvo que subir a las nubes para arrastrarte al coche. En el espejo del asiento derecho, no te reconociste.

Cerca del pueblo, viste un arroyo sin agua, un pozo sin estrellas, una sombra de sed que se te metió dentro de la boca y se instaló para siempre. Cuando llegaste al cementerio, notaste una lágrima entre tus dedos, luego dos, tres, las suficientes para empañar la pintada de la tapia:

“8M, queremos la igualdad, somos iguales”

El presente y el futuro

Juan Luis Moreno Peñaloza (Chile)

La niña, entusiasmada, tiene su cuerpo apoyado en la vitrina de la juguetería. Hay una enorme y hermosa muñeca, bien peinada y vestida de sedas, y también una pequeña carretilla, con su pala. La madre le observa tan entusiasmada y piensa que tiene el presente perfecto para su cumpleaños. Convencida, la mujer otro día va a la misma tienda, y compra el obsequio. Pide que lo envuelvan con papel color púrpura. El día de la fiesta, después de la torta y la piñata, es el turno de abrir los regalos. Vestidos, libros y hasta zapatos recibe de sus invitados, pero el misterioso paquete amoratado aún permanece cerrado. Expectante, la niña le abre. Aunque algunos de los asistentes parecen confundidos, ella sonríe feliz, pues al fin podrá hacer la fosa más grande que el mundo haya visto, donde quizás pueda hallar ese lugar maravilloso que sueña, donde la igualdad reina.

María

Montison (Zaragoza)

María era lo que nuestra sociedad podría considerar una mujer de éxito. A sus 50 años, estaba casada y tenía dos hijos adolescentes. Se sentía querida por su familia y valorada en su trabajo como directora de recursos humanos en una gran empresa. ¡Qué más podía pedir!

De repente, todo esto se truncó cuando en una revisión rutinaria le diagnosticaron un cáncer que podría dejarle alguna secuela en su cuerpo.

Afortunadamente, lo cogieron a tiempo. Los tratamientos médicos y sobre todo el apoyo familiar de sus seres queridos y laboral de sus colegas consiguieron que se recuperase pronto.

El paso del tiempo le ayudó a profundizar en el concepto de igualdad que le había transmitido su madre. Todos debemos tener los mismos derechos y oportunidades, incluso a la hora de afrontar una enfermedad. A pesar de lo que había pasado, ella se seguía sintiendo agraciada.

La activista

Justo de la Cruz Palacios (Perú)

Ella es una mujer valiente e inteligente que lucha por la igualdad. Su cuerpo no es un objeto para ser juzgado y evaluado, sino un templo sagrado para ser respetado y admirado. Sus cicatrices no son marcas de debilidad, sino de fuerza y resistencia. Las cicatrices en su alma y cuerpo son producto del duro trabajo realizado.

Ella solo pide igualdad, nunca se detendrá en la lucha. Su voz es como una sinfonía que inspira a otras a unirse a la causa, su determinación vigorosa es inagotable cual océano extenso.

Ella está armada con el poder de su mente y la pasión por la justicia. Es una activista feminista que escribe verdades en todas las redes sociales. Su lucha no solo es por ella, sino por todas las mujeres que son subestimadas. Ella no se rendiría hasta que la igualdad sea una realidad para toda la humanidad.

Samuel Jesús Suárez Herrera (Las Palmas de Gran Canaria)

En un recoveco olvidado del mundo, una mujer coloca una piedra. No es muy grande, pero tiene la esperanza de que se convierta, algún día, en un cimiento de algo mayor, en una piedra angular en el camino hacia la igualdad. Sabe perfectamente las consecuencias de su acto, pero no siente miedo, sino orgullo y libertad.

Tiempo después, una sociedad ciega vuelve a cometer un error. Otro más en una lista infinita. Su tiempo se ha acabado. No, se lo han arrebatado. El metal afilado cae, y la joven abandona su cuerpo. Alza el vuelo alto, en el cielo, y mira desde arriba. Ahora forma parte del todo de que venimos y al que un día volvemos. Un lugar donde todos somos uno. Algo eterno y perfecto.

Yo la conocí

Sandra Gutiérrez Sigueiro (Sevilla)

Yo la conocí.

Conocí su cuerpo como se conocen los lunares de un amante. Al detalle, pero ajenos.

No transitaba sendas, solo piedras sobre las que brincaba.

Llevaba la igualdad por bandera, con el alma forjada a fuego, haciendo arder hasta el aire que respiraba.

Una niña complicada para su madre.

Una mujer difícil para aquellos otros que le dejaron grabados sus nombres en la piel.

No se conformaba. Respiraba vida, era luz.

No llevaba el desierto en sus ojos, ni la roca en su vientre, ni el cuchillo en sus labios.

No se había ahogado, aún, en su propio llanto, ni latía en mil pedazos, ni llevaba cicatrices en los sentidos.

Y aunque hoy solo queda de ella una sombra al mirarme en el espejo.

Yo la conocí.

Nunca suficiente lista.

Nunca suficiente guapa.

Nunca suficiente buena.

Nunca suficiente atenta.

Nunca suficiente.

Nunca la tierra yerma entendió al lirio.

Límite de roles

Amanda Ruiz Rivas (Cantabria)

Ana contemplaba su diploma con satisfacción, gozando del fruto de su esfuerzo. Había logrado terminar su grado con honores, desafiando las expectativas, derribando prejuicios.

El teléfono sonó, interrumpiendo sus pensamientos. Era el rector, felicitándola y ofreciéndole una beca de prácticas en la universidad. Su cuerpo tembló de emoción, era consciente de la oportunidad que eso significaba.

Todavía eufórica, la joven mujer le expresó su alegría. El esfuerzo de cada examen, cada trabajo, suponía un orgullo para ella. Había sido todo un reto entrelazado con la crianza de su hija.

El silencio se apoderó de la conversación. El tono del hombre cambió, y la oferta que había brillado como un faro de esperanza desapareció en la oscuridad del prejuicio.

La igualdad aún tenía un largo camino por recorrer.

Anarquía interseccional

Inés Hinojo Moulin (Madrid)

El capitalismo me permite luchar hoy por un feminismo marketing. Me anima a glorificar un sistema en el cual mujeres, como hombres, son sacrificadas, y su sangre derramada sobre el altar dedicado al lucro. Una igualdad de fachada en la cual todos los cuerpos se venden y se explotan, sin importar el género. Pero el dinero siempre ha sido mala divinidad. Sus sacerdotes son crueles, y quieren enriquecerse a toda costa. Se aprovechan de la ignorancia de fieles, quienes solo saben rezar. Rezan para que les den pan, y también para que les den rosas. Pero al final, nunca cosechan el fruto de sus esperanzas, y su salvación jamás llega. En un mundo en el cual la religión estatal envenena la tierra, maltrata los animales y deja las personas en la miseria, nos tenemos que preparar para levantarnos, y llevar a la práctica la anarquía interseccional.

Personas que dijeron amarlas...

Juan Pablo Arredondo Reyes Retana (México)

En 89 de cada 100 casos, “la violencia”, ese ente amorfo y sin rostro, es masculina en sus autores, pero no en sus víctimas.

A ellos, “la violencia” los mata en la calle.

A ellas: dentro de sus casas.

A ellos, “la violencia” los mata con arma de fuego.

A ellas: estranguladas, acuchilladas, golpeadas.

A ellos, “la violencia” los mata para robarles la cartera o el coche.

A ellas: porque “se les quemó la comida”, porque “traían escote” o porque “terminaron al novio”.

A ellos, “la violencia” los mata a través de desconocidos y sus “enemigos”.

A ellas: mediante novios, esposos, familiares, amigos, exparejas.

Personas que dijeron amarlas...

Y los desconocidos también.

Reconocer que “la violencia” no es un monstruo con pasamontañas guarecido por la oscuridad de un callejón, permite actuar en conciencia para que la igualdad adquiriera cuerpo.

Y que, para pedir #NiUnaMenos, mujer y hombre trabajemos por #NiUnMachoMás.

La Décima Musa

Ana Andreina Paz

Un lánguido rayo de sol se filtraba por la ventana de la biblioteca, al tiempo que la niña Juana Inés se paseaba entre los viejos estantes repletos de manuscritos de aquel laberinto. Sondeaba el lomo de cada libro en un intento fallido de elegir uno para estudiar.

Por un hábito furtivo la pequeña aprendió a leer y escribir desde los tres años de edad, maravilloso prodigio huérfano de elogios, pues no es bien visto en 1650, en toda la extensión de Nueva España, México, que una mujer se eduque, aprenda y sienta afán por cultivar su intelecto en igualdad.

—¿Dónde te has metido Juana Inés? —le instaba una voz maternal desde el jardín.

Así pues, con prisa infantil de su pequeño cuerpo, Juana Inés, la décima musa abandona por ahora el Parnaso.

Ella

Jesús Paz

Ella duerme escasas horas, después de atender a los hijos y las labores en casa. Ignora cualquier malestar y salta de la cama. Su esposo es un hombre al que nada le satisface y cualquier cosa lo enfurece. A pesar de los años no se acostumbra a los malos, él se burla de su anhelo de igualdad, busca un pretexto para provocarla. Ella lleva a cuesta las marcas de los golpes, no sólo en su cuerpo, también en el alma.

Él le grita y levanta su mano, ella sabe lo que sigue. Con una fuerza insospechada detiene el puño del abusador y le devuelve otro tendiéndolo en el suelo. Ya no será más una mujer indefensa.

La mayor igualdad debe ser intelectual...

Isidoro Guidobros (Argentina)

Es difícil igualar las diferencias de cuerpos. Las mujeres son contorneadas, cóncavas y convexas. Los hombres, más planos. La mujer puede procrear, dar vida. El hombre, no.

Su diseño fisiológico lleva una matriz de anclaje, dónde cobija en su cuerpo a un nuevo ser, durante nueve meses. Tarea difícil el parto. El hombre, solo puede partir de su hogar, y “parir”, mayores dificultades.

Por contextura física el hombre es más rudo. Tradicionalmente, ha realizado tareas de brutalidad y fuerza. Labor que lo ha alejado de los libros de lectura.

Si las mujeres se superan profesionalmente, convierten ventajas a favor.

Generalmente, la mujer inteligente, supera al hombre, no por audacia, sino por eficacia directa. Si bien la mujer, ganó terreno, en la parte laboral, todavía ganan menores sueldos.

La razón iguala.

Superando barreras del desencuentro, falta amor. Para procrear nuevas oportunidades...

Luchando por vivir

Darío Lorente Hollingworth (Valencia)

Desde que nací me enseñaron a luchar. A luchar por los derechos y la igualdad de hombres y mujeres, como Clara Zetkin y Clara Campoamor; contra las injusticias sociales, como Virginia Woolf y Simone de Beauvoir; contra la sociedad machista y clasista, como Marie Curie y Concepción Arenal; por mis ideales, como Ruth Bader Ginsburg o María Telo; por mis sueños, como Amelia Earhart o Frida Kahlo... pero, sobre todo, me enseñaron a ser yo, a tener pensamiento crítico, a no dejarme influir y a creer en mí.

Ojalá llegue a ver el día en el que todas y todos lancemos piedras para romper el techo de cristal y se valore a la persona, independientemente de su cuerpo, acabando con el patriarcado y con los comentarios machistas que he oído por defender mis ideales de igualdad y coeducación. No puedo imaginar lo que habría tenido que escuchar si fuese mujer.

El día a día

Darío Lorente Hollingworth (Valencia)

Despertó y vistió a las niñas. Mientras desayunaban, se afeitó, se puso crema en la cara y se engominó el pelo. Su mujer le inquirió dónde iba tan provocativo. Después de llevar a las pequeñas al colegio, tenía una presentación para una importante marca deportiva.

En su spot, un hombre y una mujer llegaban juntos a la meta. Su jefa le dijo que las tonterías de igualdad no vendían y que aprendiera de su compañera. Ella cobraba casi el doble. Le miró burlona. En su anuncio, unos hombres con zapatillas y cuerpo semidesnudo intentaban alcanzar a una ejecutiva.

Camino a casa, unas mujeres le siguieron, profiriéndole groserías. Incómodo, cruzó de acera. Aún tenía que comprar, recoger a sus hijas, duchas, lavadora, cena...

Despertó de aquella pesadilla al mismo tiempo que millones de mujeres espabilaban para vivirla. Dio un beso a su mujer, preparó el desayuno y levantó a las niñas.

Ojalá

Darío Lorente Hollingworth (Valencia)

Quedaban pocas horas para que terminasen los referéndums. En algunos países, independientemente de los votos más rezagados, el resultado estaba claro: Malala, en Pakistán; la mexicana Frida Kahlo; Noushin Ahmadi, en Irán; Chimamanda Ngozi Adichie, en Nigeria; la neozelandesa Jacinda Ardern o Kavita Ramdas, en India.

Europa optaba por figuras históricas como Marie Curie, Simone de Beauvoir, Virginia Woolf o Clara Zetkin. Mientras en Estados Unidos había empate técnico entre Ruth Bader Ginsburg, Amelia Earhart y Angela Davis, en España se debatían entre Clara Campoamor o Concepción Arenal.

En cada país grabarían en una piedra el nombre de la mujer más votada y el día 8, en un acto mundial sin precedentes, se lanzarían al aire. Con este acto simbólico, los iconos de la lucha feminista, en cuerpo y alma, derribarían el techo de cristal, dando fin al machismo y al patriarcado e inicio a la Era de la Igualdad.

Mi extraño y pequeño mundo

María Maceira Pereira (Pontevedra)

Desde mi habitación, a través de mi ventana, puedo ver un mundo diferente o por lo menos distinto al que existe a este lado de ella.

Con una sola mirada puede que veas un montón de niños jugando e incluso podrás escuchar sus risas, tan alegres como inconscientes de la injusticia que les rodea. Si vuelves a mirar, quizá llegues a ver lo mismo que yo. Un mundo redondo al que unos cuantos pies le dan patadas sin ser conscientes de lo afortunados que son de que se les permita hacerlo sin decepciones y reproches paternos. Sé lo que merezco como persona, pero dejo de saberlo cuando me recuerdan que tengo cuerpo de mujer y que la igualdad entre mi hermano y yo desaparece. Ahí es cuando también dejo de entenderlo y tengo que volver a esa mágica ventana para poder ver más allá de ella y de mí.

El tango del encuentro

María Isabel Lemos Navarro (Madrid)

Era de noche. La pista de baile no estaba llena, pero había suficientes personas para caldear el ambiente. Ella, sentada sola en una esquina mientras escuchaba los tangos que iban sucediéndose, pensaba en todo aquello que se había quedado sin decir. Observaba el lugar, y en el ruido de los zapatos que danzaban encontraba una paz consigo misma.

La música punteaba, la luz destelleaba, pero él no la miraba. No obstante, se sentía libre. La música iba dibujando en ella una melodía que hacía que su cuerpo deseara irremediablemente bailar. Y nadie podía quitarle eso.

Ser mujer en el tango no ha sido fácil. Ni entrar ni permanecer en él. Una lucha constante por la igualdad. Pero al mismo tiempo, un viaje hacia su parte más profunda. Y gracias a esto, ahora es poderosa.

Puede que sus ojos no la miren, pero ella ya no los necesita para brillar.

Con la colaboración de:



La Rioja



**UNIVERSIDAD
DE LA RIOJA**

Vicerrectorado de Investigación
Vicerrectorado de Responsabilidad Social Corporativa
Unidad de Igualdad e Inclusión